

# EL COJO ILUSTRADO

AÑO XII

15 DE JULIO DE 1903

Nº 278

## PRECIO

SUSCRIPCIÓN MENSUAL.....B. 4  
UN NUMERO SUELTO.....B. 2

## DIRECTOR:

J. M. HERRERA IRIGOYEN

EMPRESA EL COJO — CARACAS — VENEZUELA

## EDICION QUINCENAL

DIRECCIÓN: J. M. HERRERA IRIGOYEN & CA.

Este 4 — Número 14

CARACAS — VENEZUELA

NO SE DEVUELVEN ORIGINALES



FLORENCIA: La Venus de Canova. —Galería Pitti

## ¡PIEDAD, SEÑORA!

¡Estoy enamorado de tus ojos!

Líricos, turbadores y arcanos,  
abrasan y fulguran con los rojos  
incendios de los soles africanos.

A tu santuario acércome de hinojos  
con anhelos divinos y humanos.

¡Ten piedad de mis fúvidos antojos!  
¡Estoy enamorado de tus manos!

Ya no hay para mis pies ruta de abrojos,  
ni para mi pasión duelos tiranos.

Ya se fueron del alma los enojos;  
ya sueño con los mártires cristianos.

¡Acércame á la hoguera de tus ojos  
con el suave contacto de tus manos!

ANDRÉS MATA.



## ANTÍFONA

El amor es triste!  
las dulzuras que produce son de abrojos;  
—tú lo sabes—  
fuí desgarrado entre los zarzales de tus ojos.

La pasión es frágil!  
no triunfa del pesar de los agravios;  
—tú lo sabes—  
mi boca fue torturada por tus labios.

El deseo es llama!  
consume sin tregua los amores livianos;  
—tú lo sabes—  
mi sangre ardía en la hoguera de tus manos.

El odio es noble!  
y ruge á veces como un león de Numidia;  
—tú lo sabes—  
mi alma sirvió de holocausto á tu perfidia!

J. I. VARGAS VILA.

## VARSOVIA

Es de noche: los pájaros duermen  
en su albergue de selvas y frondas  
y del aire las diáfanos ondas  
sin ruido se agitan, se pierden, se van.

Un puñado de bravos espera  
que la aurora sonría en oriente,  
como espera la lava candente  
que rompa su cráter el muerto volcán.

Amanece: el motín, implacable  
en sus iras, frenético estalla;  
se confunden en recia batalla  
los hijos del pueblo, los siervos del rey;  
de alaridos se llena el espacio;  
roja sangre en las calles humea;  
¿quién saldrá victorioso, la idea  
ó el hombre que á tiros impone su ley?

En la patria inmortal de Kosciuszko,  
en la ilustre Varsovia, se escucha  
el rumor de titánica lucha:

los héroes polacos defienden su honor.

Y entre ruinas y escombros de un pueblo  
que el cosaco furioso desquicia,  
nos presenta la eterna justicia  
vencido al patriota, triunfante al señor.

II

Cuando un día solemne y terrible  
el reloj del destino señale,  
en que á todos los hombres iguale  
un mismo derecho, un sólo nivel;  
cuando caigan los ídolos, rotos,  
de la nada en el lóbrego abismo,  
y sucumba el audaz despotismo,  
y el déspota hirsuto sucumba con él;

Los que busquen sucesos que expliquen  
de una *causa inmortal* la existencia;  
los que dejen su libre conciencia  
vagar, de ideales supremos en pos;  
contemplando del bien la victoria,  
viendo el mal arrastrarse impotente,  
rendirán homenaje ferviente  
á Dios, á la eterna justicia de Dios.

Pero en tanto que César exista,  
y el poder en su nombre se ejerza,  
y á la bárbara ley de la fuerza  
inclinen los hombres su altiva cerviz,  
turbarán el humano cerebro  
sombras negras, tormentas sin calma,  
y la duda en el fondo del alma  
tendrá su profunda y amarga raíz.

LUIS MUÑOZ RIVERA.

## CLARO-OSCURO

Siempre estuvo pensativa,  
siempre muda,  
la mirada siempre fija  
en un punto de la bruma.  
La mirada que tenía  
languideces de la luna,  
la mirada que soñaba  
cosas tristes y confusas  
en las grises lejanías...  
la mirada siempre oscura,  
nunca alegre,  
nunca, nunca.

Dulce símbolo de ensueño,  
oh! gitana vagabunda  
del país de las mezcitas.

En lo vago de la angustia  
que te alumbraba como un cirio,  
eres una  
virgen pálida entrevista,  
entre un soplo de penumbra.  
Suave, suave, tan suave  
como el beso de dos plumas,  
silenciosa, la nostalgia  
melancólica te inunda:  
tú no olvidas oh! gitana  
tu mirada siempre oscura,  
nunca olvida,  
nunca, nunca.

Eres busto de la Ausencia,  
y eres Musa.  
Mármol pálido y doliente  
de ignoradas esculturas.  
Tus ojeras me leyendan  
las fragancias moribundas  
y tus silabas son notas  
apagadas, errabundas,  
muy lejanas, muy lejanas,  
muy lejanas, de una música.

Vara mágica que abriste  
como un templo, mi ternura.  
No supiste mis anhelos  
de romántica dulzura.  
ni escuchaste mis palabras  
de amargura,  
porque siempre pensativa,  
siempre muda,  
fija estuvo tu mirada  
en un punto de la bruma,  
tu mirada que no olvida,  
tu mirada siempre oscura,  
nunca alegre,  
nunca, nunca.

E. HERNANDEZ H.

Maracaibo—1902.

## LA OLA

Sobre el trémulo mar dulce resbala  
y á la gracia triunfal conque aparece,  
el céfiro errabundo un canto exhala  
y el palmeral distante se estremece.

Avanza, y un momento resplandece  
al sol que se hunde en la insondable sala:  
túrgido seno virginal parece,  
su espuma, el ampo de la nieve iguala.

Luégo en purpúrea claridad se tiñe  
bajo el raro crepúsculo, que ciñe  
la comba azul de palmas llaméantes:

y en beso atronador dando la vida,  
rueda sobre la playa convertida  
en lluvia de zafiro y diamantes.

## LA NOSTALGIA DEL MARINO

Junto al piélago glauco, que refleja  
la tristeza infinita del Poniente,  
ve el lobo adusto de curtida frente  
el pez que salta, la ola que se aleja.

¿Qué arcano duelo, qué pesar le aqueja?...  
El nauta inhábil la nostalgia siente  
del tiempo aquel en que surcó valiente  
la mar convulsa que á sus pies se queja.

Nubla su rostro la melancolía:  
y al contemplar la austera lejanía  
donde calca un esquife su figura,

Llora, llora, y el hilo de su lloro  
se pierde en el oleaje que murmura  
su psalmo eterno en las riberas de oro...

AUGUSTO MENDEZ-LOYNAZ.

## INMORTALIDAD

(EN LA MUERTE DE UN PADRE)

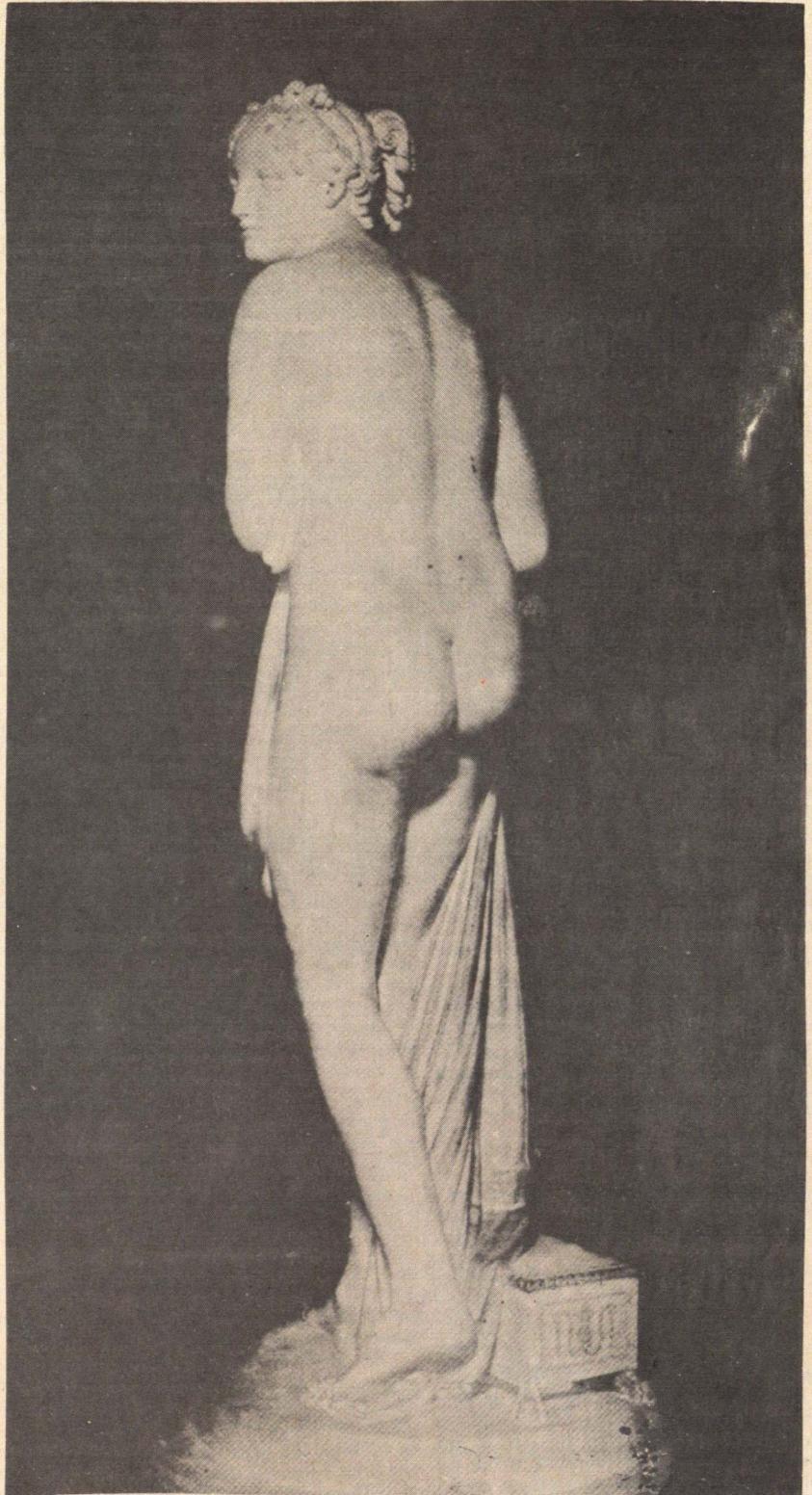
Ya terminó la lucha! La postrera  
batalla de tu vida la has peleado  
y bajas al sepulcro, coronado  
de inmarcesible, brillador laurel!  
Cerca tu lecho de titán rendido  
de larga prole el grupo plañidero,  
como en torno al marchito bananero  
los renuevos se agrupan en tropel!

El tiempo en tardo, interminable giro  
regará por la tierra tu simiente,  
como la brisa, en el desierto ardiente,  
de la palmera el polen genitor!  
Se infiltrará tu aliento en otros pechos  
y correrá tu sangre extrañas venas,  
cual, filtrando á través de las arenas,  
el manantial ignoto al mar corrió!

Penetrará tu nombre en las edades  
de tu proge en el destino vario,  
cual río caudaloso que en su estuario  
se abre en mil brazos y penetra al mar!  
Y en chispas incontables tu alma extinta  
ha de brillar en la postera gente,  
como el sol que se extingue en el poniente  
en miríadas de estrellas brillará!

Con esos luminosos eslabones  
atas lo ayer á lo futuro arcano!  
Generar es vivir! La muerte en vano  
troncha una vida de que brotan mil!  
Hay inmortalidad! Todo perdura,  
alma y materia, crimen y virtudes!  
¡Desde sus carcomidos ataúdes  
cuántos muertos rigiendo el porvenir!

ALEJANDRO ROMERO GARCIA.



FLORENCIA : Venus de Canova.—Galería Pitti

## POR LOS DIFUNTOS

Dicen que entre las tumbas del camposanto  
Suelen incorporarse los pobres muertos,  
Y á través de las grietas del calicanto,  
Ver con los ojos turbios, tristes y yertos,  
Si alguien llega á sus tumbas vertiendo llanto.

¡Ay, cuántos esqueletos sus cuencas frías  
Pondrán tras de las grietas que hay en sus fosas,  
Y esperarán en vano, días y días,  
Que alguien llegue y mitigue sus espantosas,  
Sus eternas y amargas melancolías!

Bogotá.

JULIO FLORES.

## AMOR!

( EN UNA TARJETA POSTAL )

A Gloria Figueredo y Calcaño,  
Nueva York.

I

En la monotonía del destino malógrase como un delirio de poeta el turbador misterio del porvenir; y la vulgaridad de la igualdad en la vida común é inalterable, afea y asombra la triunfal primavera de la mujer en nuestras sociedades idiotizantes.

II

En el duelo del amor y los intereses el gran dios fue sojuzgado; y en los cielos del mundo apagáronse desde entonces los soles maravillosos, la belleza, la alegría, la libertad, la ventura.

III

Amor corre como un río sin creciente, en un cauce sin rocas, improfundo, insonoro, insuperbo; y en la faz somnolienta del organismo satisfecho, en la mediocridad asfixiante del vivir cotidiano, la pasión domesticada evangeliza la virtud de la nueva felicidad.

IV

El fondo rojo de esta carta paréceme un símbolo de futuras tragedias por la liberación del amor. Paréceme también que escribo sobre sangre. Los negros caracteres de la letra finjenme un alba roja tras esta noche lúgubre. Y soñando, soñando, el gran color incendiario que es pompa en el crepúsculo y majestad en la púrpura, fija en mi espíritu la sensación embriagadora de los labios rojos...

V

Que la gloria de tu nombre sea provocación de la gloria de tu vida en la gloria del amor ¡oh virgen!

Que en tu camino vibre siempre ¡oh flor! la gran voz providente: amar, amar, amar!

JACINTO LOPEZ.

Curacao: Junio 1903.

## ANTIRRIPIOS DE ULTRAMAR

I

Cuando le oí decir al escritorzuelo que á él no le hacían gracia las críticas de don Antonio de Valbuena, me sentí tentado á gritarle: idiota embustero; mas ya á mi edad se va volviendo el hombre prudente y resolví callar, pero conste que en mi interior no lo llamo de otro modo.

Imitando lo que dijo el rey aquel de un individuo que, sentado al pie de un árbol, se reía sin causa conocida: «O está loco, ó leyendo El Quijote,» se podría, quitando lo de loco, decir hoy así: «Está leyendo á Cervantes ó á Valbuena.»

¡Qué lástima que tan grande ingenio no trille siempre la senda de la justicia y que, á veces, descienda á reñir á literatos insignificantes, conocidos apenas en el seno de los suyos! ¡El águila caudal cazando moscas!

Así he pensado leyendo los «Ripios ultramarinos», en los cuales don Antonio se encruelice contra algunas personalidades tan raquílicas, que el lector se acuerda al momento de aquel cuadro jocosos en que figuran á Hércules pinchando ratones, con una de esas espadas que tienen escrito en la hoja: «No me saques sin razón ni me envalnes sin honor»; y otras veces, sin pizca de razón, maltrata á escritores americanos de primer orden, con tal saña é injusticia tanta, que en ocasiones he llegado á imaginar que en el alma de don Antonio arde todavía el odio que, en otro tiempo, se profesaron padres é hijos, y que no tiene ya razón de ser, porque se acabó, como se acababan los reñeos en las familias después que los hijos, contra el querer de sus progenitores, han puesto casa aparte.

Hoy los americanos no tenemos para la noble Madre Patria sino frases de cariño, y la generalidad dice, con el inclito Juan de Dios Peza:

«Entre tus dones heredé tu lengua  
Y nunca la usaré para insultarte.»

Entro ya á demostrar, á la ligera, las sinrazones de don Antonio:

«Y dejando sus nidos.....»

«¡Huy! ¡Qué verso! ..... Como que no lo es.  
«Para que lo fuera, habría que acentuarle y pronunciarle así:

«Y *dejan-do* sus nidos.....»

«Porque ha de saber el señor Puga y Acal que, para hacer un verso heptasílabo, no basta reunir siete sílabas, sino que es preciso combinarlas de modo que resulten acentuadas la *segunda* y la *sexta*».

¡Huy! ¡Qué sabiduría!.....

Esta regla debe de ser de alguna métrica novecita é inédita, porque ha de saber el señor don Antonio de Valbuena, que las publicadas hasta ahora, estatuyen que en los versos trocaicos y yámbicos, hasta de ocho sílabas, no destinados al canto, el poeta no está obligado á otro acento que el de la *cláusula final* y *acentúa las demás como quiere*:

Pobre barquilla mía,  
Vuelve, vuelve la proa  
Que presumir de nave  
Fortunas ocasiona ..

(LOPE DE VEGA).

De los versos precedentes, sólo el cuarto está acentuado en la segunda sílaba. Léase toda la composición y se verá que, en los restantes, los acentos no ocupan lugar fijo.

«Y dejando sus nidos  
Allá sobre el alero,  
Las pardas golondrinas  
Se empiezan á reunir.»

«Este verso no es heptasílabo, sino octosílabo, porque *reunir* tiene tres sílabas».

Esa sinéresis la usan en España, á cada paso, los más notables maestros. El celebrísimo duque de Rivas, en «El Moro Expósito», la emplea tres veces, que yo recuerde:

«Y al través de confusa muchedumbre,  
Sin esperar respuesta lo arrebató  
A un risueño verjel, donde *reunido*  
Lo más selecto de la corte estaba ..

«Todo *reunido* en Córdoba enriquece  
De tan nobles legiones la alianza ..

«De la ciudad de Córdoba *reunido* ..

Y en don Alberto Lista, no menos célebre, encuentro:

«Padre del venturoso pueblo ibero  
Aun más que de tus hijos, tu *reuniste*  
Virtudes de hombre y rey, y á un tiempo fuiste  
Sabio, legislador, justo y guerrero ..

Que esta diptongación debe ser comúnísima por allá, lo está probando el hecho

de que ambos autores, que eran hombres que sabían lo que tenían entre manos, pudieron evitarla fácilmente, diciendo, el primero:

«A un risueño verjel *do reunido* ..

y Lista:

«Aun más que de tus hijos, *reuniste* ..»

y no lo hicieron así. Esto me parece concluyente.

Los hispanoamericanos, en materia de lengüaje, no tenemos más guía que los maestros españoles. ¡Por qué censurarnos, pues, cuando practicamos lo que nos enseñan!

«Adios dicen *piando* ..»

«Bueno, le advierto al señor Puga que *piando* no necesita la diéresis para tener tres sílabas, porque en tres tiempos se pronuncia siempre: *pi-an-do*. Y aunque no tuviera esos dos puntos que superfluamente le pone el señor Puga, nadie pronunciaría *piando*».

Como entre las licencias concedidas al poeta, en ciertas palabras, está la llamada *sinéresis* ó sea la contracción de dos sílabas en *una*, sería muy conveniente, para facilitar la lectura de los versos, que cuando el bardo, pudiendo, no hace uso de tal facultad, pusiera siempre la crema para indicarlo. Ojalá se inventaran signos indicativos de la sinalefa y del hiato para conocer, sin vacilaciones, al primer golpe de vista, cómo debe leerse un verso dado. Por no haberse inventado todavía, no supo el señor Valbuena leer el verso de Gutiérrez Nájera, que se verá.

Si *piar* no necesita los puntos, porque todo el mundo pronuncia *pi-an-do* (cosa que dudo mucho) porque son pocos los que saben prosodia) deberían suprimirse todos los acentos castellanos, ya que nadie (y esto sí es un hecho) dice, por ejemplo, *majaderia*, por *majadería*.

A un alemán habitante de estas regiones, le echaba una mujer del pueblo mil pestes; y, á cada improprio preguntaba el tudesco: «*¿Ya usté acabó señoja?*» «*¿Ya usté acabó señoja?*» Cuando la mujer hubo terminado, le dijo el ofendido: «Pues yo diga á usted todo geso é vieja fea más encima».

Pues yo digo á usted, don Antonio, todo lo apuntado sobre el asunto en cuestión, é *más encima*, entro á probarle, con el testimonio de uno de los literatos más sabios, no diré de España, sino de Europa, que la diéresis que usted llama *superflua*, se usa siempre:

«No halla el hombre *criatura*  
Que á su cetro no resista:  
Dios le da la investidura  
Y él el poder se conquista ..»  
(HARTZENBUSCH).

«Así el hombre delira y se atormenta  
Luchando con idea tan *criel*:  
Insecto que de flores se alimenta  
Y labra acíbar en lugar de miel ..»  
(EL MISMO).

¿Quiere más? Pues allá le va el testimonio de otro maestro:

«En las ondas del limpio riachuelo ..»  
(RAIMUNDO DE MIGUEL).

Como usted lo ve, las palabras *criatura*, *tetrasílabo*; *cruel*, *disílabo* y *riachuelo*, *tetrasílabo*, están empleadas en toda su extensión silábica y, sin embargo, *llecan diéresis*.

En Espronceda, Selgas y en Larmig, encuentro el primero y el último como *tetrasílabos*, y el segundo, como *trisílabo*.

Pero ¿á qué seguir hablando? Abro el diccionario de Zerolo, el mejor de todos los diccionarios castellanos, y leo: *Piador*, así, con *diéresis*, y lo mismo sucede en el de Roque Barcia y en el extenso Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano, ese que consta de veinticinco tomos, en que colaboraron los más notables escritores de España.

«Así de ébano negro ..»

«Pero ¡hay ébano blanco!»



AVENIDA ESTE: Villa de Cura. — Fotografía de Avril

Puede ser.....aunque francamente, no lo conozco ».

No, no existe, pero tampoco hay *miel amarga*, ni *nieve negra*, ni *mármol* que no sea *duro*, ni *silencio* que no sea *mudo* y, sin embargo, los libros de los maestros españoles están atestados (cosa que no es defecto en manera alguna, porque lo hacen en virtud de la figura llamada *epíteto*), de *blanca nieve*, *dulce miel*; y no ya de *duro mármol* y de *mudo silencio*, sino de *mármol duro* y de *silencio mudo*, que dijeron Moratín y Rioja ó Caro :

«Estos que levantó de *mármol duro*  
Sacros altares la ciudad famosa ».

(MORATÍN).

« Todo desapareció, cambió la suerte  
Voces alegres en *silencio mudo* ».

(RIOJA Ó CARO).

Lo que no constituye error, porque aun- que «lo más común en castellano es ante- poner al sustantivo los epítetos cortos y po- ponerle los adjetivos especificantes, como se ve en *mansas ovejas* y *animales mansos*, este orden se invierte á menudo, *principalmente en verso* ».

Pero como lo tengo dicho en otro escri- to, sí sería muy acertado desterrar de las letras los epítetos permanentes (si así pue- den llamarse), pues no agregan nada al concepto. Cuando pensamos en la *nieve* y en la *miel*, lo primero que viene á la men- te es la *blancura* de la *una* y lo *dulce* de la *otra*. Mejor dicho, es lo único que nos ha-

cen recordar. El solo caso en que hallo acep- tables los tales epítetos, es cuando señalan un contraste.

En resumen, de los epítetos, permanentes, opino como opina el célebre Valbuena de los versos sáficos adónicos que, cuando son muy buenos, resultan una solemne pampiro- lada.

«Allí todo es tranquilo.....  
Homero nació *allí*;  
Morada de los Dioses  
Asilo de ventura.

« Donde parece que el señor Puga llama á Homero *morada de los Dioses* y *asilo de ven- tura*, por llamárselo á Grecia ».

No es posible hallar una expresión más clara que la censurada por usted. *Allí*, ad- verbio de lugar, después de haberse habla- do de la patria de Pericles, no significa ni puede significar, sino *en Grecia*, tanto más que *allí*, en este caso, está haciendo veces de pronombre.

Si después de haber hablado de España se dijera: el señor de Valbuena vive *allí* (en España) *morada de varones ilustres* y *patria del honor y de las flores* ¿Significaría esto que es usted *morada de varones ilustres* y *patria del honor y de las flores*? No, señor, de ninguna manera, eso no sería sino una declaratoria de lo que es la noble España.

Criticando á un bardo llamado Martinto :

« El poeta ha caído  
El viejo *condor* desertando El Ande ».

Dice el insigne Valbuena :

« *Condor*, porque *condor* no encajaba bien en el verso ».

Si, señor, *condor*, porque es así como se dice y debe decirse. Las palabras de una lengua cuando pasan á otra, conservan la acentuación que les es peculiar, la que á veces es el único indicio para rastrear su origen; y este vocablo viene del idioma peruano, con la primera sílaba acentuada: *cántur*.

Pero con quien ha sido el crítico injusto hasta donde no es decible, es con el gran literato mejicano Gutiérrez Nájera. Ha lle- vado su inquina á tal grado que muchos, al ver los despropósitos en que lo hace in- currir la pasión, se han preguntado si real- mente tendrá don Antonio de Valbuena los conocimientos que deben poseer los que se dedican á la crítica.

« Y dice Gutiérrez Nájera á Díaz :

« Tienes en tu laúd cuerdas de oro ».

« Es un endecasílabo.....Se lo advierto á us- tedes para que no hagan sinalefa entre las dos últimas palabras, pues haciéndola, ya el endecasílabo no consta ».

¿Es un hombre de letras el que habla así? ¿Cuánta insipiente, señor!

Sí, es un endecasílabo de los más hermo- sos que se han escrito en castellano.

¿Ignora acaso don Antonio que hay una figura de dición llamada *hiato*, contraria á la *sinalefa*, por la cual quedan separadas

las sílabas que terminan y las que principian palabra?

¿Y no sabe el crítico que el hiato, al fin de verso, sobre todo cuando acaba en preposición y término, como en el caso de que se trata, es una de las bellezas del metro español y se le emplea, además, para la armonía imitativa?

Siguiendo el criterio de don Antonio, no constan los versos que copio en seguida, donde existen, en cada uno, dos hiatos á la vez.

« Cuasi los paso y cuento | uno á | uno ».

(GARCILASO).

« Deja al pobre que honrado | hilo á | hilo  
Llore de la fortuna los desaires ».

(SELGAS).

Según el sentir de don Antonio, deberían pronunciarse :

« Cuasi los paso y cuento *unoáuno* ».

« Deja al pobre que honrado *hiloáhilo* ».

O de la manera que quiere el crítico, en el verso de Gutiérrez Nájera :

« Cuasi los paso y cuento *juno á juno* ».

« Deja al pobre que honrado *jhilo á jhilo* ».

Sería curioso saber como pronuncia el crítico el verso de Selgas, idéntico en la parte final, al de Gutiérrez Nájera:

« Campos son ya de púrpura y *de oro* ».

¿ « Campos son ya de púrpura y *de joro* » ?

Así ¿ No es verdad ?

¿ Quién se lo hubiera dicho á Selgas, uno de los versificadores y poetas más exquisitos que ha tenido la lengua castellana !.....

¿ Se ha lucido el señor de Valbuena !

« Adelante.

« Tienes en tu laúd cuerdas *de joro* ».

Que el soplo del espíritu estremece.....»

« Buena mecánica espiritual. Sigamos.

« Y tu genio como alto sicomoro ».

¿ Adiós ! ¿ Ya se ha pasado á la botánica !

« Este Manolín es así. Tan pronto va como viene, sin hacer asiento en ninguna parte.»

« Y tu genio como alto sicomoro

Entre borrascas y huracanes crece ».

« Compagnen estos dos versos con los dos anteriores de la misma estrofa ».

« Allí era el soplo *del espíritu* el que *estremece* las cuerdas de oro ó de *joro*, del laúd de Salvador ; y aquí son *los huracanes* y *las borrascas* los que, sin entenderse para nada con el laúd, hacen crecer el genio de Salvador *como alto sicomoro*, ó cuando menos, asisten á su crecimiento ».

¿ En qué de extravagancias incurren los hombres de talento cuando se dejan llevar por las pasiones !

Compagnense los versos, como lo quiere el crítico, para que se vea una estrofa admirablemente bella, un primor poético:

« Tienes en tu laúd cuerdas de oro

Que el soplo del espíritu estremece ;

Y tu genio, como alto sicomoro,

Entre borrascas y huracanes crece ».

¿ Conque á usted le parece mecánica intelectual el verso :

« Que el soplo del espíritu estremece » ?

Pues es usted el único en pensar así, porque todo el que tenga gusto literario encontrará que esa expresión es, no solamente propia, sino hermosa y nueva. Es imposible decir nada más poético para idealizar lo material. ¿ Un laúd de cuerdas de oro movido por el genio !

Y quien esté al tanto de la asendereada vida y de la altivez de Díaz Mirón, no

podrá menos que encontrar propio y bellísimo el símil de su existencia azarosa, con la del alto sicomoro que entre borrascas y huracanes crece.

Debo hacerle una advertencia, don Antonio: no se repite el determinativo cuando los sustantivos tienen afinidad entre sí. *Borrascas* y *huracanes* la tienen estrechísima, como que son casi y sin casi, una misma cosa ; y, sin embargo, al reproducir usted anteriormente lo que el poeta dice con toda corrección, repite usted el artículo, sin necesidad, delante del segundo término : *los huracanes* y *las borrascas*. Los que se meten á corregir obras ajenas deberían no ignorar estas trivialidades.

No he terminado.

FRANCISCO PIMENTEL.

(De la Real Academia Española.)

## CITA

Á MAXIMILIANO GUEVARA.

Brilla la luna doliente—  
pálida como un jazmin—  
y va la bella impaciente  
paseando lentamente  
por un claro del jardín.

Espera al amante. Y una  
vaga tristeza su faz  
vela de sombra importuna...  
(la tristeza de la luna  
solloza en la inmensidad).

Espera nerviosa: espera,  
con una sorda emoción,  
la hora de ser hechicera,  
tras la dulce enredadera,  
y á la sombra del balcón.

Sueña en tanto, poseída  
de una indecisa inquietud,  
¿ cómo la luna dormida  
los mirará sonreída  
desde el fondo del Azul !

Verá sus gracias sumisas  
al deseo del varón:  
los perfumarán las brisas  
y despertaran las risas  
al dormido ruiseñor.

Está contemplando impreso  
dentro de sí el rostro de él,  
y sumida en su embeleso  
siente el ala de su beso  
palpar sobre su sien.

--Qué tarda!...  
la luna vino  
y él no viene... ¿ no vendrá?...

A la vera del camino  
el esposo, el asesino  
dejó tendido al galán...

J. SEMPRUM.

Maracaibo.

## CREPUSCULO

La tarde, dulce y ligera  
en mis tristezas evoca  
los claveles de tu boca  
y las lilas de tu ojera.

Pasas, muda y altanera,  
y en mi tu visión provoca  
esta pena árida y loca  
que en mis ojos reverbera.

Pasas; la oportuna brisa  
riega en los aires tu risa  
de cristalino temblor ;

y en la hora decadente  
tiembla tu paso indolente  
sobre mi amargo dolor.

J. SEMPRUM.

Maracaibo.

GUADALUPE

(VERSOS NACIONALES.)

Con su escolta de rancheros,  
diez fornidos guerrilleros, y en su *cuaco* retozón  
que la rienda mal aplaca,  
Guadalupe la *chinaca* va á buscar á Pantaleón.

Pantaleón es su marido,  
el gañán más atrevido con las bestias y en la lid:  
faz trigueña, ojos de moro  
y unos músculos de toro y unos ímpetus de Cid.

Cuando mozo fue vaquero  
con remedios aprendidos en el rancho en que nació  
para todos los reveses,  
y odia mucho á los franceses y cien veces lo probó.

Con su silla plateada,  
su chaqueta alhamarada, su vistoso *cachirul*  
y su lanza de *cañutos*,  
cabalgando *penos* brutos, ¿ qué gentil se vé el gandul !

Guadalupe está orgullosa  
de su *prieto*, ser su esposa le parece una ilusión,  
y al mirar que en la pelea  
Pantaleón no se *pandea*, grita : ¡ viva Pantaleón !

Ella cura á los heridos  
con remedios aprendidos en el rancho en que nació,  
y los venda en los combates  
con los rojos *paliacates* que la pólvora impregnó.

En aquella madrugada todo halaga su mirada,  
finge pálido el nopal  
y los *órganos* parecen candelabros que se mecen  
con la brisa matinal.

En los planes y en las peñas, el ganado entre las *breñas*  
rumia y trisca mugidor  
azotándose los flancos, y en los húmedos barrancos  
busca tunas el pastor.

A lo lejos, en lo alto, bajo un cielo de cobalto  
que desgarran su capuz,  
van tiñéndose las brumas, como un piélago de plumas  
irizadas por la luz.

Y en las fértiles llanadas, entre milpas retostadas  
de calor, pringan el plan  
amapolas, *maravillas*, *zempoalxochitls* amarillas  
y azucenas de San Juan.

Guadalupe va de prisa, de retorno de la misa,  
que en las fiestas de guardar  
nunca faltan las rancheras  
con sus flores y sus ceras á la iglesia del lugar.

Con su gorra galoneada, su camisa respunteada,  
su gran paño para el sol,  
su rebozo de *bolita*  
y una saya nuevecita y unos *bajos* de charol ;

Con su faz encantadora más hermosa que la aurora  
que colora la extensión,  
con sus labios de carmines  
que parecen *colorinet* y su cutis de piñón ;

Se dirije al campamento donde reina el movimiento  
y hay *mitote* y hay licor ;  
porque ayer fue bueno el día,  
pues cayó en la serranía un convoy del invasor.

Qué mañana tan hermosa ! cuanto verde, cuánta rosa  
y qué linda, en la extensión  
rosa y verde, se destaca  
con su escolta la *chinaca* que va á ver á Pantaleón.

AMADO NERVO.

México : mayo 1903.



LA RIVAL.—Cuadro de E. de Grimberghe

## POESIA FILOSÓFICO-SOCIAL (1)

GASPAR NÚÑEZ DE ARCE (2)

POR FELIPE TEJERA

Cuando la revolución de setiembre (1868) avanzaba con el sordo rumor de la marea, y era palenque de acaloradas discusiones el libro, campo de tempestad el parlamento, de blasfemias el periódico, de iras populares la calle y la plaza pública; cuando *el sol de la patria se ponía*, la musa profética de Núñez de

Arce, como la de Ezequiel, anunciaba la catástrofe. El había dicho:

Que cuando un pueblo la virtud olvida  
Lleva en sus propios vicios su tirano.

Y este tirano, insaciable devorador de pueblos decaídos, abrazó como pulpo la poderosa nación que antes había extendido del uno al otro mar

Su cetro de oro y su blasón divino.

(*Quintana*).

Y Núñez de Arce, con la osadía de Juvenal y la arrogancia y entonación de él solo, arrojó de su templada lira, como de una bocina trágica, aquel tremendo clamor que resonó por el mundo en las estrofas de sus *Gritos de Combate*.

*Vox clamantis in deserto.*

A la Libertad con quien había soñado

el poeta en sus quiméricas imaginaciones; á esa Diosa á quien todos, cuando son revolución aclaman, y todos, cuando son poder, abofetean; él, al mirarla por los suelos arrastrada por el populacho, le grita:

«¡ No eres la Libertad; disfraces fué ra;  
Licencia desgrefiada, vil ramera  
Del motín, te conozco y te maldigo!»

Porque, en resumidas:

No es la Revolución raudal de plata  
Que fertiliza la extendida vega;  
Es sorda inundación que se desata:  
No es viva luz que se difunde grata,  
Sino confuso resplandor que ciega  
Y tormentoso vértigo que mata.»

Por los anteriores ejemplos vése que la musa castellana toma con el poeta que nos ocupa, un rumbo enteramente nuevo, como que se entra campante por los senderos de la filosofía social y viene á rayar con luz de estrella en los oscuros horizontes de la sociología.

Para don Juan Valera la obra de Núñez de Arce procede más de la imaginación acalorada del poeta que de la realidad de los hechos; para él «son de todos los tiempos el materialismo del presente, y las blasfemias de los sabios cosa para divertirse más que para llorar».

¡Buena cosa para divertirse son los estragos de la dinamita, el puñal de Caserio, el espectáculo del cadáver de Cánovas del Castillo, chorreando sangre por las heridas homicidas... engendros mayormente de las «blasfemias de los sabios y del materialismo y la impiedad del presente»!

Ese materialismo es el propio que blasona de descubrir cada día las eternas leyes que rigen la obra de la Creación; y es el mismo también que desconoce, ó no quiere admitir, que la existencia de esas leyes implica necesariamente la existencia del Legislador; en una palabra: no quiere convenir, no quiere reconocer que la existencia de la Creación implica necesariamente la existencia del Creador. Porque al reconocer la existencia de la Primera Causa, hay que reconocer también, con las leyes que rigen el universo físico, las leyes que rigen el universo moral; y este solo reconocimiento echaría por tierra aquel fabuloso imperio levantado por el ateísmo, donde el hombre deja de ser el único ente moral que existe sobre la tierra para convertirse en una bestia irresponsable, atada por la cadena de infames atavismos á los protoplasmas que aparentan arañas primitivas, células que conservan latente el pensamiento y la vida; es decir, cosas que dan de sí lo que en sí no tienen; materia que sin ser vida da la vida, que sin ser pensante, emite el pensamiento, que sin tener energía, engendra las energías todas; génesis extraña que comienza en una célula sin madre, y llega á culminar en un Newton, verbigracia.

Pues contra los funestos estragos que ha acarreado y acarrear pueden tan vitandas y desapoderadas teorías, movió Núñez de Arce, como certero sagitario, su penetrante vira; bien así como asolaba Apolo los campos de Troya con sus vividas saetas...

Valladolid puede ufanarse de haber visto nacer á dos de los más calificados poetas españoles de la pasada centuria: Zorrilla, (1817) el príncipe de los vates

(1) Este artículo está tomado de la *Historia de la Literatura Española, Tercera Epoca*, obra que sirve de texto en la Universidad Central, y de la que se ha publicado la *Primera* y la *Segunda Epoca*.

(2) Murió en Madrid el 13 de junio de 1903.

legendarios del romanticismo; y Núñez de Arce, (1831) el príncipe de los líricos modernos.

Admiró éste en sus mocedades las glorias arquitectónicas de la imperial Toledo, inmortalizadas en las páginas de piedra de su alcázar y en las caladas torres y góticas arcadas de su soberbia catedral. Y de estas revelaciones de piedra hay señalados y magníficos vestigios en sus poesías. Núñez de Arce militó con el General O'Donnel en la guerra de Africa; como antes había militado también con Andrés Leiva, en *Pavía*, el donoso Garcilaso; y como habían militado Lope de Vega, en la *Invencible*, y Cervantes en *Lepanto*.

Después de los *Gritos del Combate* y de la alegoría *Raimundo Lulio* y de la elegía a *Herculano*, abandona el poeta valisoletano la trompa para tañer el caramillo, y produce el *Idilio*: bellissimo poema en sextillas líricas que no tiene nada de común con las bucólicas de Virgilio, ni con las églogas de Garcilaso; mas sí mucho con la *Evangelina* de Longfellow, la *Mireya* de Mistral y la *María* de Jorge Isaacs.

*La última lamentación* de Lord Byron (1878) es un cuadro épico que sería fiel alegoría del siglo XIX, si á las excelencias que lo exornan se les hubiesen añadido los vicios, el excepticismo, las bajezas y contradicciones de Byron, que es el héroe del poema: pues, en efecto, el inclito poeta inglés, con sus virtudes y defectos, es la más genuina personificación de aquel gran siglo.

*El Vértigo* (1879) es la eterna historia de Caín y Abel. Juan de Tabares mata á Luis sin oír la querrela del hermano suplicante, ni acordarse siquiera

« De aquellas noches de invierno  
En que, al amparo de Dios,  
Juntos oraban los dos,  
En el regazo materno.»

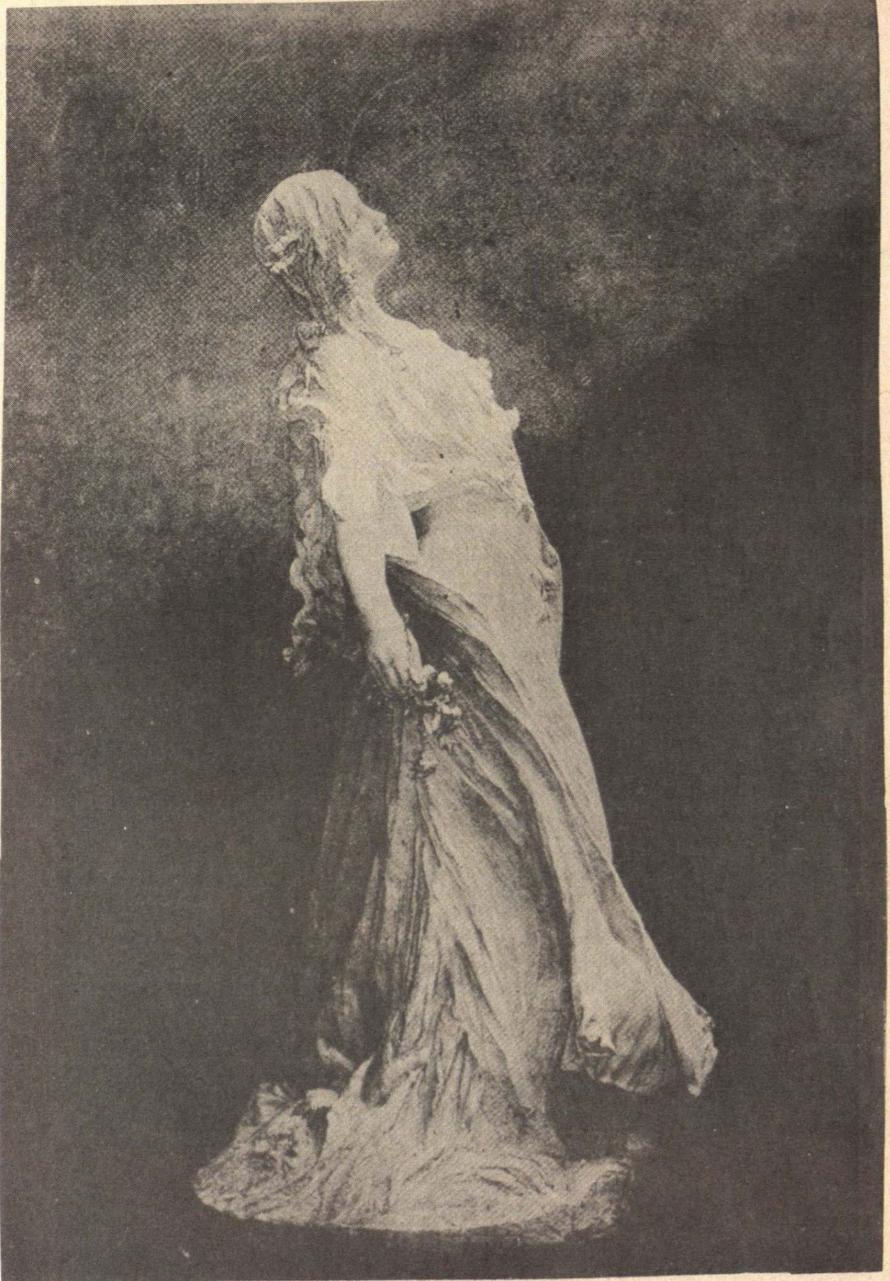
Empero cuando falta en la tierra la sanción de la vindicta humana; se levanta la justicia divina con todo su formidable rigor en la conciencia: y por eso Juan de Tabares huye de sí mismo; mas huye en vano, porque por doquiera lo persiguen:

Los ojos del nuevo Abel  
De eterna sombra cubiertos,  
Siempre fijos, siempre abiertos;  
Siempre clavados en él.

Porque para contradecir la insana hipótesis de la brutalidad del hombre sin albedrío y por tanto irresponsable de sus actos, de esa bestia lombrosiana eternamente enferma ó loca, está la suprema, la indefectible ley de la conciencia que se levanta en el hombre normal y le grita su delito.

Esta suntuosa concepción de Núñez de Arce está como constelada de primores: cada décima parece una columna de pórfido sobre la cual corre la atrevida arcada y se remata luego con la cúpula de oro, para que la obra resplandezca como un astro suspendido en los cielos de la Poesía.

En *La Selva Oscura* va llevado de la mano por el Dante, como iba este gigantesco noctámbulo en el *Purgatorio* y en el *Inferno* conducido por Virgilio, y, en el *Paraiso*, por Beatriz. La Musa corre en los tercetos resonantes, como el carro imperial de Apolo sobre melódicos carriles.



OFELIA.—Escultura de D. Püsch

Ni son de menos sonoridad y maravillosa factura los versos blancos de *La Visión de Fray Martín*. En este sordo ritmo, no se habían dicho antes cosas grandes: Moratín oyó hablar á don Hermeguncio y se despidió de las musas; Jovellanoshizo sonar con él los chasquidos de su látigo; pero sólo Núñez de Arce ha podido hacer vibrar este verso como un exámetro, con el beso frío de la duda y el sonoro tropel de las naciones que pasan delante del Fraile lujurioso, como una visión de gloria.

*La Pesca* huele á marisco y tiene el acre sabor de la ola, es el *Idilio* trágico del mar: se oye el rumor de la marea y el bramido de la tempestad. Y para cerrar con broche de oro el collar de maravillas poéticas del esclarecido ingenio que acaba de fenecer en la Coronada Villa, ofrecemos en seguida la magnífica evocación de su último poema

#### SURSUM CORDA

Ruinas de una cartuja en el sitio más agreste  
y fragoso de la sierra

#### EL PEREGRINO

Va cayendo la tarde y la infinita tristeza de esta soledad adusta, como sueño maléfico gravita sobre todo mi sér. Hasta el más quedo murmullo de los árboles me asusta y oigo, al pasar, la voz con que me nombra entre las ruinas escondido, el miedo que es hijo del silencio y de la sombra.

Como un Titán que en su furor sublime ha sacudido sus hercúleos hombros y derribado el peso que le oprime, escondiendo su planta en los escombros alza ante mí fantásticos y escuetos sus incendiados muros el convento, con sus enormes y rasgadas grietas por donde cruza rebramando el viento.

Sólo contemplo en torno las señales  
del rencor de los hombres. La pilastra  
volcada entre los recios matorrales  
por donde, llena de pavor, se arrastra  
rápida y ondulosa la culebra ;  
el siniestro perfil del muro hendido  
cuya negrura impenetrable quiebra  
de trecho en trecho, la argentada luna  
con sus pálidos rayos ; el graznido  
de agorera corneja que en alguna  
desquiciada corniza tiene el nido,  
sola como el pesar ; la cruz de piedra  
por cuyos brazos trepa y se entrelaza  
con mortífero amor lasciva hiedra,  
y cual recuerdo de extinguida raza,  
allá en el fondo, en su mármoleo lecho  
la escultura de noble castellano,  
con su heráldico escudo sobre el pecho,  
y en la espada feudal puesta la mano,  
todo en desorden trágico se ostenta  
causando horror, como padrón de afrenta  
á la barbarie del linaje humano.

¡ Oh monjes, que en la celda solitaria  
en tan agrios lugares escondida,  
rompisteis con el dón de la plegaria  
todas las servidumbres de la vida,  
menos la del dolor, y que sin ruido  
en ignorada sepultura, abierta  
por vuestras manos en el santo ejido,  
dormís en el regazo del olvido  
el sueño de que nunca se despierta !  
¡ A qué asomáis la descarnada frente ?  
No escucharéis como en aquellos días  
llenos de vuestro espíritu creyente,  
los sacros himnos del salterio de oro  
que estallando en solemnes melodías,  
desbordaban vibrantes desde el coro.  
Ni veréis ya por el espacio inmenso  
de la atrevida y portentosa nave,  
ascender la oración serena y suave,  
vestida con su túnica de incienso.  
El claustro en que vivisteis olvidados,  
como la flor silvestre que en la grieta  
del nativo peñón su aroma exhala ;  
la torre que á los tristes y cansados  
con la sencilla cruz de su veleta,  
todos los rumbos místicos señala ;  
la campana que aun antes de la aurora  
turbaba la quietud de este desierto,  
con esa voz en que se queja y ora  
la humanidad que vive y la que ha muerto ;  
el ara excelsa donde tantas veces  
en vuestras lentas horas de amargura,  
cual náufrago bajel que busca el puerto,  
los sollozos mezclados con las preces  
alzábais á región más santa y pura ;  
hasta la clara fuente que en el huerto  
os brindaba sus ondas cristalinas,  
¿ en dónde están ? Con ímpetu y fracaso,  
como una inundación, de las vecinas  
cumbres bajó la turbulencia humana,  
y el sol que iluminó desde el ocaso  
vuestro tranquilo hogar, á la mañana  
alumbró sólo calcinadas ruinas.

¡ Ya es más firme y segura vuestra fosa  
cubierta de zarzales ! Para ejemplo  
de la futura edad, la fe grandiosa  
que alzó tanta basilica asombrosa,  
desplomándose va como ese templo.  
Aquel árbol de espléndido follaje  
que dilataba en tiempos más felices  
por encima del mundo su ramaje  
y en todas las conciencias sus raíces,  
so cuyo pabellón, siempre frondoso,  
la estirpe humana, en su espiral viaje,  
hallaba, sin cesar, sombra y reposo,  
del huracán, azote de la selva,  
aun sin romperse, el ímpetu resiste ;  
mas ¡ cuán herido, y deshojado, y triste  
hasta que Dios á renovar le vuelva !

Hundid, hundid, ¡ oh monjes ! en la tumba  
la amarillenta faz. Podéis acaso  
restaurar nuestra fe que se derrumba ?  
Lograréis que renazca á vuestro paso ?



MARGARITA LABADY—Artista del Teatro del Vaudeville.—París

¡ Hacedlo si podéis ! Calmad la ardiente,  
la inextinguible sed que nos devora,  
aun cuando mane de la oculta fuente  
el agua cenagosa y corrompida,  
y sepa, al fin, el hombre que lo ignora,  
el tremendo misterio de la vida.  
Dónde el término está de la jornada ?  
Será verdad que el hombre sólo sea  
una mísera bestia alucinada  
por los vanos engendros de su idea ?  
La fe que manda, la razón que crea,  
la voluntad que mueve, las pasiones  
rebeldes, los anhelos infinitos  
á otra mansión de perdurable calma,  
los simbólicos dogmas y los ritos  
en cuyas inefables oraciones,  
como un perfume se evapora el alma,  
¡ son la burla brutal y el sueño insano  
á que perpetuamente nos condena  
un caprichoso azar ó un Dios tirano ?  
Y no sólo la tierra ingrata y dura,  
sino todos los orbes que encadena  
con su atracción la inmensidad oscura,  
lugares ¡ ay ! de irredimible pena ?  
Y en el mundo, en la mente y en la altura,  
todo para el mortal será mentira,  
menos su perdurable desventura !

La creación que en el espacio gira  
y con cadencia rítmica eslabona  
astros que el hombre á penetrar no alcanza,  
¡ no es más, ¡ oh espanto ! que la eterna lira  
en que la vida universal entona  
triste canto á un dolor sin esperanza ?  
Envueltos en el ciego torbellino  
de la cósmica masa que nos crea  
y nos absorbe, indiferente y fría,  
¡ cuál es, si lo sabéis, nuestro destino ?  
Y en tan continua y trágica pelea,  
qué somos ? Dónde vamos ? Quién nos guía ?

¡ No respondéis ! Atónitas y mudas  
fantasmas de otra edad, veis nuestro duelo  
sin disipar las tenebrosas dudas  
que en horas de amarguísimo desvelo  
cubren las almas de mortal congoja,  
cual tropel desmandado y asesino  
que á traición nos asalta en el camino  
y hasta de la esperanza nos despoja.  
¡ Calláis !... ¡ No importa que calléis ! Si á veces  
la duda con sus densas lobregueces  
nuestro abatido espíritu cautiva,  
pronto del yugo le redime y salva  
la fe que surge luminosa y viva  
como del seno de la noche el alba.

Mas no la fe, que semejante al ave entre dorados hierros prisionera, entumecida y tímida, no sabe ni el vuelo inútil ensayar siquiera; no la medrosa fe que cuando escucha la voz del trueno, sin vigor se postra, sino la fe que el huracán arrostra, sonda el abismo y con los monstruos lucha. ¡La fe en la Humanidad, á quien Dios guía! siempre á la cumbre, siempre hacia adelante y siempre en busca de la luz!

No es cierto que una divinidad ciega, sombría, irónica y cruel rija el concierto armónico del mundo. Aunque distante, boga la nave hacia el celeste puerto, combatida, es verdad, pero no errante. Cuando el hombre en la selva enmarañada de su primera edad despertó preso, al volver por doquiera la mirada debió sentir sobre su frente el peso de la Naturaleza desbordada. Si desde el árbol en que estaba oculto, con su conciencia aletargada á solas, en medio del fragor y del tumulto de tempestades, cataratas y olas, miró al través de la espesura, informe y como el caos revuelta, al pie del tronco la bestia hirsuta y el reptil enorme; si creyó percibir su grito bronco hasta en el són monótono y confuso de la selva agitada por la racha, de seguro tembló, mas se repuso, y Adán caído ó transformada fiera, (¿quién su origen conoce?) inventó el hacha, derribó el árbol, encendió la hoguera, arrancó al bosque sazonados frutos, alzó la choza, desgarró el misterio, mató los monstruos y domó los brutos tras prolongada y formidable guerra, erigió la ciudad, fundó su imperio, surcó la mar y dominó la tierra. Cuando por fin la indócil y salvaje Naturaleza, á su valor rendida, templó su furia y le prestó homenaje, el hombre en la pujanza de su vida, cada vez más resuelto, más potente y más ansioso de extender sus huellas, clavó en el cielo la pupila ardiente y el rumbo sorprendió de las estrellas. Quién contuvo sus ímpetus? Qué valla se resistió á su empuje soberano? ¿En qué indeciso campo de batalla no logró la victoria por su mano? Incansable y tenaz en su tarea, siempre conquistador y siempre activo, dió vida y forma á su impalpable verbo que volaba incorpóreo y fugitivo, alas resplandecientes á su idea, ánimo al triste, libertad al siervo. Y sin tener un punto de desmayo arrebató, creciendo en osadía, á las entrañas de la nube el rayo y el cetro á la infecunda tiranía.

Larga es la senda recorrida, y larga la penosa labor á que se entrega. ¿Qué importa que el eterno peregrino á quien el polvo de las ruinas ciega, dejando á trechos su pesada carga se siente en el ribazo del camino? ¿Es ¡ay! extraño que vacile y dude, cuando sus miembros la fatiga embarga y mientras, lleno de zozobra, enjuga el sudor de su frente en donde deja cada jornada el surco de una arruga y una punzante espina cada queja? Pero luego de súbito sacude su momentánea postración y marcha con redoblado afán. No le detiene ni el calor, ni la lluvia, ni la escarcha, ni el riesgo, ni la herida. Intima y sorda oye una voz que de los cielos viene y sin cesar le dice:—*Sursum corda!* ¡*Sursum corda!* ¡Elevad los corazones, hijos nacidos de mujer! La senda es escabrosa, pero no infinita. Cuando os deslumbró el sol, cuando os ofendía el furor de los recios aquilones,

cuando sintáis la voluntad marchita, alzad el alma á Dios. Su seno abierto para todos está, como la tienda que el árabe levanta en el desierto. ¡Alzad el alma á Dios, tres veces santo, que sin fijarse en condición ni en raza, con su cerúleo y estrellado manto á todos nos cobija y nos abraza! El los humanos derroteros traza, y cuando con la vida transitoria nuestra angustiosa incertidumbre cesa, para elevarnos á mejor estado y ceñirnos el lauro de su gloria, en su justa balanza sólo pesa lo que hemos padecido y trabajado. ¡Nadie en estéril ocio se consuma! Para que fructifique la simiente, abramos con la reja y con la pluma los surcos de la tierra y de la mente, pues cuando á la labor que nos señala hora por hora el cielo, damos cima, subimos un peldaño de la escala que á la ciudad de Dios nos aproxima. Y si del pedernal, que es infecundo, saca el golpe la luz, ¿no alcanzaremos con esfuerzos constantes y supremos la prometida redención del mundo? Todo trabajo es oración. Oremos!

No faltarán á tan activas preces templo ni altar. Las sordas tempestades asolarán quizás como otras veces, campos y monumentos y ciudades. Podrán caer las religiones todas del tiempo en la rugiente catarata y los claustros, mezcuitas y pagodas hundirse, como esquife que arrebatada deshecho temporal hacia el abismo. Pero aun cuando el tremendo cataclismo la superficie del planeta arrase, entregado á sus iras sin defensa, no hará temblar la inmovible base de la admirable catedral inmensa, como el espacio transparente y clara, que tiene por sostén el hondo anhelo de las conciencias, la piedad por ara y por nave la bóveda del cielo.

GASPAR NUÑEZ DE ARCE.

Caracas: 8 de junio de 1903.

Señor D. J. M. Herrera Irigoyen.

Presente.

Mi estimado amigo:

Como en EL COJO ILUSTRADO hay siempre espacio para todo lo útil y todo lo bello, me he permitido traducir el hermoso artículo que acaba de publicar en *La Revue* el doctor J. L. Faure, *L'ame du Chirurgien*, cuyos originales le acompaño.

El doctor Faure no es conocido de nuestro público en general y es bueno que se sepa quien es.

Faure es un joven cirujano francés que apenas contará hoy cuarenta años. En 1891 y 92 cuando aún no había recibido el grado de doctor, era Prosector del Anfiteatro anatómico de Clamart y por tal motivo fue maestro de anatomía y medicina operatoria de muchos médicos venezolanos, entre los cuales se cuentan: Acosta Ortiz, Dominici, Seco, Rodríguez, Conde Flores, Pérez, Prato, Semidey, Ochoa, Baldó, Borjas León, Garbiras, su servidor y otros.

Más tarde, cuando todos volvimos á la patria, Faure obtuvo sucesivamente los títulos de cirujano de los hospitales de París y Profesor agregado de la Facultad de Medicina, cargos que desempeña en la actualidad con todo el brillo que le dan su talento y su ilustración.

En este artículo aparece Faure bajo una faz desconocida para nosotros, y se

presenta como literato y filósofo observador de primer orden. Su artículo es la expresión de la verdad: eso lo sabemos todos los que hemos consagrado nuestra vida á la práctica de la cirugía, esa ciencia maravillosa que asombra al mundo con el ruido de sus triunfos cada vez más brillantes y cada día más beneficios para la humanidad.

Anticipo á usted las gracias por su generosa hospitalidad y me repito

Su servidor y amigo,

L. RAZETTI.

## EL ALMA DEL CIRUJANO

Traducido de *La Revue* (antigua *Revue des Revues*) para EL COJO ILUSTRADO, por L. RAZETTI

El siglo que acaba de fenecer ha acumulado tantas maravillas y realizado tantos milagros, que ya no pueden asombrarnos nuevos milagros y maravillas desconocidas. Nada nos parece imposible, y hoy aceptamos con cierta indiferencia descubrimientos que, hace cien años, hubieran asombrado el mundo. En estos últimos años, quizás lo único que nos ha sacado de nuestro estupor, ha sido el descubrimiento de Röntgen. Y esa admirable y misteriosa luz, invisible á nuestros ojos, pero que atraviesa los cuerpos impenetrables á nuestra mirada, nos ha conmovido especialmente, no tanto porque nos haya abierto un mundo desconocido, como porque no la esperábamos y porque se aleja de todo lo que nuestra imaginación está acostumbrada á concebir.

Sin embargo, hay una ciencia—la Cirugía—que en medio de la universal indiferencia, conserva el privilegio de no ser indiferente á nadie, sobre la cual todos disertan con aplomo, interrogan con curiosidad, y á menudo hasta se informan con una emoción que tiene el mérito de ser sincera.

Es porque la cirugía nos interesa muy de cerca, y hoy no existe nadie que no la haya visto, en un día de zozobra, entrar en casa de sus amigos, sus parientes, ó en su propio hogar.

Sus éxitos alcanzan á menudo fisonomía de triunfo. Como los dioses antiguos, hace resurrecciones. Tiene sus creyentes, sus entusiastas y sus adoradores. A veces tiene sus fracasos,—tanto más dolorosos cuanto mayores han sido las esperanzas que ha hecho concebir,—y que provocan á su alrededor algo como una especie de terror instintivo y profundo. Y la cirugía es hoy en verdad la *res sacra* de los tiempos antiguos, la cosa sagrada á la cual es necesario aproximarse con temor y hablar de ella con respeto, como de una diosa que tiene en su mano soberana la vida y la muerte de los que sacrifican en sus altares.

Todos sabemos que en un día de sufrimiento tendremos necesidad de pedirle su socorro, y esto basta para que inspire en torno suyo un universal interés.

Gracias á las doctrinas pastorianas, la cirugía ha realizado en veinte años más progresos que en todo el largo período de los tiempos históricos, hasta el punto de que hoy le están permitidos todos los ensayos y todas las ambiciones. Ha ensanchado los límites de operacio-

nes, en las que apenas hace medio siglo, hubiera sido una locura soñar; y si uno tiene el derecho de temer sus ataques, no puede impedirse de admirar todas sus audacias é inclinarse ante sus triunfos.

Pero, si nadie ignora el poder de la cirugía, en contra hay un orden de sentimientos que nadie puede conocer fuera de aquellos que los han experimentado: el entusiasmo, la pasión que inspira á quienes le han consagrado su vida. El alma del cirujano es una alma desconocida y las profundas emociones que la llenan y la agitan no pueden ser analizadas sino por aquel que las ha sentido.

Es fácil para los escritores y los artistas ejercitar su verbo y su talento á expensas de la cirugía y de los que la sirven. Esta es una materia inacabable para hacer disertaciones emocionantes y pinturas espirituales. Nada es más sencillo que acusar ó ridiculizar el cirujano provocando la indignación ó la hilaridad de aquellos que no tienen necesidad de él. Yo considero un acto de justicia asumir en parte su defensa y demostrar que á veces lleva en el fondo del corazón algo distinto de la sed de oro ó del deseo del ruido que se haga alrededor de su nombre.

Vivimos en cierta atmósfera de leyenda que han contribuido á sostener las referencias y las descripciones de las operaciones de otras épocas.

Se representan fácilmente el cirujano como un sér brutal, insensible y cruel. Al menos se le atribuye cierto endurecimiento del corazón.

Es evidente que nuestros padres necesitaban una singular energía para recomenzar diariamente aquella lucha salvaje con un enfermo ensangrentado y amarrado, que entonces exornaban con el nombre de operación. Es posible que el espectáculo renovado sin cesar de esas escenas crüeles tuviera al fin como resultado hacer que los antiguos cirujanos fueran aparentemente insensibles á los sufrimientos de sus enfermos. Pero, me inclino á creer que aquella insensibilidad no era sino exterior, y que más de uno, bajo la máscara de una inquebrantable energía, ocultaba una emoción dolorosa, que sólo su fuerza de alma le permitía sepultar en el fondo del corazón.

Hoy las condiciones no son las mismas. Sin duda que es una cualidad necesaria cierta indiferencia física á la vista de los espectáculos sangrientos. Pero es necesario no exagerar su importancia. La cirugía actual no se acompaña sino muy rara vez de los horribles cuadros de antes. La anestesia, al suprimir el dolor, la conciencia y el terror, ha suprimido del acto operatorio todo lo que, en épocas pasadas, le daba un carácter de horror y de espanto. El espectáculo del dolor, los gritos del paciente que aulla bajo el cuchillo ó la sierra, nosotros no lo conocemos; es sólo en casos muy graves que consentimos en prescindir de la soberana y benéfica colaboración del omnipotente cloroformo.

Están en el error y nos conocen mal aquellos que no quieren ver en nuestra aparente frialdad sino un soberano desprecio por la vida humana, y creen que

la práctica de la cirugía mata fatalmente en el alma del que la ejerce toda ternura y toda sensibilidad. Muy por el contrario, estoy convencido de que nada cultiva mejor esas nobles cualidades humanas y que nada inspira más la piedad por los que sufren, como el espectáculo diario de sus sufrimientos.

En todo caso, la insensibilidad no es hoy la «virtud necesaria» al cirujano. No tiene ninguna necesidad, como muchos creen, de tenerle amor á la sangre. Basta que no le tenga miedo. Tienen aún menos necesidad de ser crüeles, y los que asientan tranquilamente que no se llega á cirujano sino para «satisfacer instintos de verdugo,» no hacen sino hablar con demasiada ligereza de cosas que conocen mal. Otra es la verdad, y creo que no existe en el mundo situación en la cual sea más necesario ser suave y complaciente con los que sufren, afable y persuasivo con los que se horrorizan por las operaciones, paciente con los que no lo son. Desde luego la dulzura no excluye la energía, la persuasión puede marchar á la par con la autoridad, una inquebrantable firmeza puede aliarse con la más sufrida paciencia, y hay cirujanos de aspecto agrio y regañón que saben hablar á los niños con una dulzura infinita y que tienen el dón de acompañar los cuidados que prodigan con palabras de aliento y de consuelo, de esas que son tan gratas á los pobres pacientes.

Lo que sí es cierto es que el ejercicio de la cirugía exige una indiscutible solidez moral.

No existe en el mundo hombre alguno que reciba más á menudo que el cirujano la impresión de emociones poderosas, á veces muy gratas, á veces trágicas y dolorosas, pero de una variedad infinita y cuya diversidad es posible que sea lo único que le permita soportar sin decaer su incesante repetición.

En las batallas que libra á diario y en las cuales se juega una vida humana, conoce la angustia del peligro inminente y la satisfacción de la dificultad vencida. Bruscamente y sin transición, pasa de la tranquilidad de alma en que lo deja una operación regular, á la inquietud súbita que surge de un accidente imprevisto. El alma se acostumbra pronto á esas luchas constantes y á esos sacudimientos inesperados.

No hay un solo acto de la vida profesional del cirujano que no le acarree tremendas responsabilidades. De cada una de sus decisiones, de cada uno de sus pensamientos, de cada uno de sus actos y á veces hasta de sus gestos, pueden surgir los más felices acontecimientos ó derivarse por el contrario las más trágicas consecuencias. Es, pues, una función seria y temible la de un hombre que tiene á cada instante la vida y la muerte en su mano; y el papel del cirujano es á menudo de una singular grandeza.

La responsabilidad del cirujano y las angustias que trae consigo no principian tan sólo con la operación; nacen en el mismo momento en que toma la resolución de hacerla.

Es en esa hora suprema, cuando faz á faz con su sola conciencia, el cirujano se decide á operar, que se juega la gran partida y que se fija el destino. Y la salud ó la enfermedad, la curación ó el acha-

que, la vida ó la muerte están suspendidos de esa decisión reflexionada, pero irreparable.

Sin duda que hay numerosos casos, situaciones graves, en los cuales no está permitida la vacilación. A menudo la operación se impone con una especie de evidencia, y si puede ser fecunda en sorpresas y emociones, al menos es con toda tranquilidad de espíritu y con plena conciencia de su deber que el cirujano se prepara á ejecutarla.

Tal es el caso tan común, pero al mismo tiempo tan grave, de toda hernia estrangulada. La operación no sólo es necesaria, sino que debe ser inmediata. Una vacilación, un retardo de pocas horas, y la muerte es segura. La vacilación no está pues permitida y el retardo no tiene excusa. El cirujano no tiene el derecho de abstenerse. Yo, hasta creo que está en el deber de operar siempre, aun contra la voluntad del enfermo. Lo creo y lo he hecho. En esas circunstancias la voluntad del cirujano debe prevalecer sobre la de un enfermo ignorante y que no puede apreciar la gravedad de su negativa. Basta operar en pleno día y ante testigos. Dos veces en el hospital he hecho dormir contra su gusto enfermos sostenidos por la fuerza por sus vecinos hábiles. Los he operado y salvado á su pesar. Más tarde han sido los primeros en agradecerme mi violencia; y si el caso se presenta, á la misma negativa obstinada, opondré una violencia semejante.

La decisión no es menos fácil de tomar en presencia de una hemorragia grave ó de una asfixia amenazante. Cuando corre la sangre, es necesario detenerla cueste lo que costare, y cuando un obstáculo invencible estrecha las vías aéreas, es necesario, por una traqueotomía inmediata, llevar con el aire la vida próxima á apagarse.

## II

Pero no siempre la situación es tan clara, y si razones de peso pueden inclinarnos hacia la operación, existen á menudo otras, y no menos serias, que tienden á desviarnos de ella, hasta el punto de que todas las vacilaciones están permitidas. Hay, por ejemplo, ciertas afecciones internas, en particular en las mujeres, que suelen comprometer gravemente la salud, á causa de complicaciones imprevistas y frecuentes, y hasta determinar la muerte rápida. Y sin embargo, estas afecciones pueden á veces curar espontáneamente ó por medio de un tratamiento puramente médico, á veces eficaz, siempre inofensivo. Una operación, que tiene las mayores probabilidades de ser seguida de una curación rápida, corre e riesgo sin embargo, por poco grave que sea el caso, de terminarse por la muerte. Y tal enferma que sucumbirá á las consecuencias de la operación, podría ser precisamente una de aquellas que hubieran quizás podido con el tiempo obtener una curación espontánea. En estos casos dolorosos, al decidirse á operar, el cirujano habrá en realidad dictado una sentencia de muerte. Y es así como hay enfermos que pagan con su vida la salud que se dá á los otros. Esa es la inevitable y cruel ración del éxito! Y en esos casos inciertos, en el momento en que el cirujano se decide, tiene perfecto derecho, aun aceptando con calma la res-

ponsabilidad de una operación que emprende porque lo cree de su deber, de experimentar una emoción profunda, y toda la inexplicable angustia de una decisión que él sabe que es irreparable.

¿Qué hacer pues, en esos casos difíciles? ¿Vacilar? ¿Ganar tiempo? ¿Retroceder ante la responsabilidad de una decisión sin apelación? El cirujano digno de este nombre no debe nunca retroceder. Después de haber examinado su enfermo con toda la atención y toda la acuciosidad de que es capaz; después de haber, en caso necesario, si alguna duda persiste en su espíritu, apelado á los consejos y á la experiencia de uno ó varios de sus colegas; después de haber concienzudamente pesado el pro y el contra, comparado las razones que lo inclinan á operar y las que lo desvían de la operación; después de haber calculado las probabilidades de vida y de muerte que pueden dar el abandono del enfermo y las que tenemos el derecho de esperar de una operación, debe, en su alma y conciencia, tomar su decisión; y cuando la haya tomado, con firmeza; con calma, apartando en su alma todo sentimiento distinto del cumplimiento de lo que su conciencia le dice que es su deber, debe proceder sin vacilación ni debilidad.

La decisión operatoria exige pues una alma firme; pero es en la operación misma en donde se mide el cirujano. Bajo este respecto también es necesario distinguir entre las operaciones. Hay un gran número, simples, fáciles, sin sorpresas posibles, en regiones poca peligrosas en donde es cómoda la ejecución y que para terminar bien, no exigen sino un poco de hábito y no son capaces de producir la menor emoción en el que las ejecuta. Hay otras, al contrario, y es á estas á que me refiero, que acumulan todas las sorpresas y todas las dificultades, en las que la menor falta puede ser origen de accidentes mortales, hemorragias formidables, síncope, perturbaciones asfíxicas, y en las cuales el cirujano necesita toda su sangre fría y toda su presencia de ánimo para salir airoso. Entre estas operaciones, las más graves, las más conmovedoras, no son como podrá creerse las operaciones que se practican en las vísceras del abdomen; son las grandes intervenciones que se ejecutan en la cara y en el cuello. La abundancia y el volumen de los vasos cuya herida por pequeña que sea puede producir una formidable hemorragia; el paso de nervios cuya simple hincada puede detener de un golpe los movimientos del corazón ó de la respiración; la presencia de las vías aéreas por donde se introduce la sangre con exteiores de asfíxia; todo hace, en efecto, de la extirpación de los grandes tumores de la cara y del cuello, operaciones graves, temibles, fértiles en accidentes de toda suerte, y que, más que todas las otras, someten á prueba, al mismo tiempo que la habilidad del cirujano, su calma y la firmeza de su espíritu.

Si se quieren llevar á término feliz estas operaciones difíciles y en las que el error más ligero en apariencia puede determinar la muerte, y á veces la muerte inmediata, es necesario, ante todo, emprenderlas con tranquilidad y con una mano que ninguna emoción tenga el derecho de hacer temblar.

Es necesario confesar que todos no tienen el alma serena y la mano firme en el momento de tomar el cuchillo para librar al mal incurable la única batalla capaz de triunfar de él, y de todas las cualidades del cirujano, la calma es quizás la menos exparcida. Ella es también la más preciosa. Después de la limpieza,—esa limpieza rigurosa, absoluta, esa asepsia quirúrgica, que en la práctica de la cirugía debe prevalecer sobre todo,—es la primera garantía del éxito. En el curso de una operación difícil, el cirujano trabaja más con su cerebro que con su mano. Esta no hace sino obedecer, el cerebro es el que manda y desde el principio hasta el fin, debe tener la idea precisa de la misión que es necesario cumplir.

La más perfecta calma, la más completa posesión de sí mismo, el dominio más absoluto sobre las emociones de su alma y sobre los impulsos de sus nervios, son pues, cualidades necesarias y hacen que en los momentos más críticos, el cirujano no tiemble, que no se precipite ninguno de sus actos y que nunca parezca más tranquilo que cuando las circunstancias parece que lo debían forzar á serlo menos.

Después de la calma, no hay cualidad mejor, ni más útil, que la paciencia, y las ocasiones en que es necesario ejercerla son numerosas. Pero, durante una operación larga y difícil, es cuando es necesario someterla á prueba. Es frecuente, en el curso de los accidentes, y sobre todo de los incidentes que complican una operación, ver el cirujano impacientarse. La torpeza ó el descuido de un ayudante, el mal funcionamiento de un instrumento, la fragilidad de un hilo que se rompe en el mismo momento en que se cree haber terminado, la imposibilidad de agarrar un vasito que se empeña en dar sangre, otros mil menudos incidentes, tienen á menudo el dón de excitar al cirujano más paciente y á veces, cuando se repiten, hasta de exasperar el carácter más tranquilo. Es una cualidad preciosísima en el operador permanecer impassible y conservar la misma calma ante esas ligeras contrariedades, que ante los accidentes y las complicaciones más temibles. Nada es más desconcertante para sus ayudantes y para los que lo rodean, como la impaciencia del operador. Los gritos, la cólera, son medios detestables para traer la calma á los espíritus y el orden en una operación que va mal, y no hay mejor medio de quitar á sus ayudantes turbados la poca sangre fría que les quede, como hacerles notar con dureza sus faltas ó su ignorancia.

Es necesario, pues, tener tanta más calma, ser tanto más impassible, tanto más suave con sus ayudantes, cuanto la partida está más comprometida, y más se complica la situación. A menudo no es sino á costa de la sangre fría y de la buena voluntad de todos, que el cirujano sale airoso de situaciones difícilísimas, y la mejor manera de devolver su sangre fría, su calma y su presencia de ánimo á aquellos que las han perdido, es conservar uno las suyas.

Diversos elementos pueden concurrir á dar á una operación un sello de verdadera belleza: el cuidado, la precisión, la delicadeza con la cual se ejecuta, la ele-

gancia y la originalidad de los procedimientos empleados, el sentimiento de seguridad que da una ejecución perfecta, la habilidad del cirujano y la rapidez con que opera, la gravedad misma de la operación y el sentimiento de que en cualquier momento puede terminarse por una repentina catástrofe, todo, hasta el horror de ciertas intervenciones en la cara y en los maxilares, da á estas operaciones sangrientas una especie de grandeza trágica.

Cuando se reúnen varias de estas condiciones y un cirujano ejecuta con tranquilidad y sin emoción aparente, al mismo tiempo que con precisión, elegancia y rapidez, una de esas operaciones graves, que hacen temblar á los que la presencian, y en el curso de la cual á cada instante, puede el cirujano ser sorprendido por un accidente fulminante, la operación produce en el que la ejecuta y en los que á ella asisten, poderosísimas emociones, y en verdad merece que uno se incline ante su belleza.

A veces ciertas operaciones adquieren para el cirujano una importancia excepcional. La rareza del caso, la dificultad de la operación, la gravedad de los accidentes que pueden sobrevenir y hasta convertirse en catástrofe, el sentimiento de la responsabilidad que asume y el cuidado de su reputación, cuando opera ante un público numeroso, como se practica y es indispensable que se practique en los servicios de hospital, todas estas circunstancias reunidas bastan para provocar en él esa excitación cerebral que exalta su potencia y multiplica sus facultades. Son á veces bastantes para tener su pensamiento en vigilia por mucho tiempo en el curso de la noche precedente. No hay ninguno de nosotros que no haya pensado durante una gran parte de la noche en la operación del día siguiente, á veces confusamente, á veces, al contrario, representándose con una maravillosa precisión las diferentes peripecias y todos los incidentes posibles. Se sabe con cuánta actividad trabaja el cerebro durante el silencio y la obscuridad de la noche y qué intensidad pueden adquirir las imágenes que elabora. Y es á veces en estas condiciones que el cirujano combina el plan operatorio que le dará el éxito!

Y en la mañana, cuando se dirige al hospital, una vaga inquietud y á veces hasta una especie de malestar indefinido, vienen á recordar al cirujano que cada segundo lo acerca al grande acto que va á principiar.

III

Ha llegado la hora. El enfermo, sumido en ese sueño divino que lo convierte en el único indiferente al espectáculo que se va á desarrollar, está allí, acostado, bajo la vigilancia del ayudante á quien incumbe la responsabilidad del sueño. Todo está listo.

Es entonces, en el momento de emprender una de esas operaciones verdaderamente hermosas, cuando el cirujano siente pasar por él como un calofrío que le exalta y lo eleva y da á todo su sér como una potencia nueva. Siente su pensamiento más claro, sus movimientos más seguros, y sus músculos más listos. Pero si á veces su corazón precipita sus latidos, su mano debe permanecer



VERSAILLES. Carruaje de gala de Napoleón I

firme y su frente debe conservar su calma y su tranquilidad!

En general, después que la operación ha principiado, se produce una especie de detención, como sucede de ordinario en el instante en que se realiza un acontecimiento por largo tiempo esperado, y á la ansiedad febril que provoca el temor de posibles dificultades, sucede la calma que surge de la visión clara de esas mismas dificultades.

Pero si la emoción desaparece para reaparecer sólo ante alguna complicación inesperada, hay otras impresiones que vienen á apoderarse del alma del cirujano. El sentimiento de la dificultad vencida, la conciencia de la ejecución brillante y segura de una maniobra delicada, la facilidad misma de una operación cuya simplicidad no impide que sea grave y de la cual depende la salud de su enfermo, se acompañan muy naturalmente de un sentimiento de dulce y pacífica satisfacción, que nace de la certidumbre que tiene el cirujano de triunfar del mal y de devolverle á aquel que le ha confiado su vida, la salud que ha venido á solicitar de él. Esas son emociones gratas y llenas de encanto, semejantes á las que experimenta todo hombre cuya alma se expande y se reposa en la conciencia de una obra útil, ó simplemente en el recuerdo de una buena acción.

Pero sucede que á veces esas emociones apacibles tienen crüeles revanchas,

y éstas no vienen siempre del accidente grave, de la complicación súbita, que en el curso de una operación, pueden poner en inmediato peligro la vida del enfermo. Cuando, por ejemplo, una hemorragia repentina inunda de sangre al operado y al operador, éste, cuya sangre fría no debe abandonarlo y cuya calma no debe traicionarlo, no dispone de su actividad física y cerebral sino para buscar de dónde viene la sangre y emplear los medios más adecuados para detener el derrame. En tanto que corre la sangre, el cirujano no puede pensar sino en cohibirla. Todos sus esfuerzos, todos sus pensamientos se dirigen hacia ese solo y único objeto, y no hay, por decir así, en esas graves coyunturas, ni tiempo ni medios para ocuparse en otra cosa. La actividad ahoga la emoción.

Peró hay casos que, aunque no son ni tan dramáticos, ni tan impresionantes para los espectadores, provocan en el cirujano una ansiedad mucho mayor y son el origen de muchas emociones dolorosas. En efecto, hay complicaciones operatorias que pasan inadvertidas para todos, menos para el cirujano y sus ayudantes, y á veces sólo para el cirujano que las siente sin verlas. Estas complicaciones pueden ser sumamente serias y origen, no inmediatamente, sino en los días subsiguientes, de accidentes graves, á veces de consecuencias mortales. Se concibe cuán profun-

damente doloroso debe ser para el cirujano la percepción clara de que el enfermo que tiene entre las manos está en peligro de muerte, cuando quizás con un poco más de fortuna, ó ay! un poco más de atención, hubiera obtenido la curación, la salud, la vida!

Porque es así que en este oficio tremendo, á veces de un segundo de distracción, ó al contrario de atención demasiado sostenida hacia otro lado, de un movimiento demasiado lento ó demasiado rápido, de un esfuerzo un poco brusco ó demasiado sostenido, es que dependerá el resultado fatal. Así es y no puede ser sino así, porque la cirugía no es una ciencia matemática y porque los cirujanos no son infalibles.

Estas circunstancias no son de las más crüeles, y si á veces, sin temblar su mano, ni abandonarlo la calma, la frente del cirujano se oscurece un tanto, su mirada se llena de amargura y su alegría desaparece, es porque él se acusa interiormente de una desgracia de cuya fatalidad es á menudo responsable, y aquella alma de acero que debería endurecer el incesante espectáculo del dolor y de la muerte, cuando se agita en si misma ese terrible problema de la responsabilidad, es presa de tempestades muy dolorosas.

IV

Es necesario decirlo, los éxitos maravillosos de la cirugía contemporánea

nos han hecho exigentes. En la mayor parte de las enfermedades,—me refiero aquí á aquellas que se resuelven por medio de operaciones,—la curación es la regla, la muerte es la excepción. Tanto más cuanto que los operados cuya convalescencia sigue su curso normal y curan sin incidentes dignos de ser notados, no hacen sino seguir la ley común, y la costumbre ha reducido más y más en el cirujano la legítima satisfacción que parece deberia resultar de ese grande acto que consiste en devolver á su semejante la salud ó la vida. Al contrario, la muerte viene á sorprenderlo tanto más dolorosamente cuanto más rara se hace. Hace apenas treinta años, cuando la veían aparecer, los cirujanos con toda la sinceridad de su alma y la paz de su conciencia, se decían que era fatal. Maldecían la naturaleza por haber creado la infección purulenta y la septicemia; ofrecían una «Estatua de oro» á aquel que desterrara de las salas de hospital esos poderosos azotes. Pero su alma quedaba tranquila, porque no podían achacarse desgracias de las cuales no se creían responsables.

Hoy conocemos las causas de la muerte. Las conocemos tan bien que casi siempre llegamos á suprimirlas. Y es por esto que, cuando á pesar de todos nuestros cuidados, todas nuestras precauciones, todos nuestros esfuerzos, vemos sucumbir uno de nuestros operados, nos sentimos invenciblemente inclinados á proponernos el doloroso problema de nuestra responsabilidad directa en aquella catástrofe. Y es un examen de conciencia lleno de verdadera angustia aquel en el cual, sólo en presencia de sí mismo, uno se pregunta si no tiene nada que echarse en cara, si ha obrado bien como debía obrar, y si ha sido en realidad el «buen cirujano» que ejecuta con plena conciencia aquello que cree ser su deber.

Sin embargo, todos los fracasos no nos afectan con igual importancia, y la intensidad de nuestras impresiones dolorosas varía infinitamente con las enfermedades y también, es necesario decirlo, con los enfermos.

En este respecto hay una diferencia absoluta entre el agonizante que sucumbe á consecuencias de una operación dirigida contra una enfermedad mortal á breve plazo, y el enfermo que muere después de una intervención destinada á remediar una afección no mortal y compatible con la vida ó al menos con una salud general satisfactoria.

Un ejemplo explicará mejor mi pensamiento. Una mujer está atacada de peritonitis difusa. El diagnóstico es cierto, y desde luego ese es un caso bastante común para que al primer golpe un cirujano experimentado pueda no engañarse. La situación es desesperada, es evidente que en las primeras veinte y cuatro ó cuarenta y ocho horas, la muerte vendrá sin que ningún tratamiento pueda ni siquiera dar esperanza de retardarla algunos momentos más. Solamente una operación, una abertura externa del vientre inundado de pus, ofrece algunas débiles probabilidades de detener el mal y de hacer retroceder la muerte, y no son tan raros los enfermos que deben su salud á una de estas operaciones supremas que resucitan quizás uno de cada diez.

En este caso uno tiene el derecho de decir que el enfermo que sucumbe muere, no de la operación, sino á pesar de la operación, y ciertas burlas de los que creen que deben sonreír de esta manera de hablar, nada pueden contra la verdad.

El cirujano opera y pocas horas después el enfermo sucumbe. Es evidente que en estas condiciones, cuando su conciencia no le reprocha nada, cuando puede además en el fondo del corazón sentir la íntima satisfacción de haber cumplido su deber hasta el fin y de haber esperado contra toda esperanza, la impresión de esa muerte no podrá tener el carácter de agudeza dolorosa que sigue fatalmente después de una operación menos urgente, una catástrofe inesperada, y en la que, por la decisión que él ha tomado, el cirujano ha sido involuntario pero indiscutible actor.

En los numerosos casos desesperados de la cirugía de urgencia en los cuales la salud del enfermo impone una intervención inmediata, como sucede, por ejemplo, en ciertas hemorragias internas, bastante comunes en las mujeres, y que pueden producir la muerte en pocas horas, no es muy raro ver sucumbir el enfermo en el curso mismo de la operación! En verdad, es una emoción muy aguda la que nos oprime el corazón en el momento mismo en que uno ve que la vida abandona aquel cuerpo aún palpitante bajo el cuchillo y que acaba de acostar sobre la mesa sangrienta con la esperanza de arrancarlo á la muerte. Nada produce una impresión más fuerte de la fragilidad de la vida que esas catástrofes repentinas. Casi siempre esos enfermos, cuya vida está pronta á escaparse, han conservado hasta el fin una perfecta lucidez, una integridad cerebral absoluta, tanto que se le han dirigido palabras suaves y persuasivas que le han hecho aceptar el último recurso de salud pocos minutos apenas antes del momento supremo en que pasan insensiblemente del tranquilo sueño de la anestesia al sueño profundo de la muerte. Y ese contraste entre ese cuerpo todavía caliente que no es ya sino un cadáver de ojos apagados, y aquel cuerpo vivo cuya mirada pocos instantes antes brillaba aún con inteligencia, es quizás el espectáculo que nos demuestra, bajo su más conmovedora forma, pero sin duda también la más tranquila, toda la sencillez de ese grande acto de la Muerte, que no perturba sino á los espíritus débiles y no tiene misterio y obscuridad sino para los cerebros nebulosos de los teólogos y el espíritu sutil de los filósofos enfermos de metafísica.

Esas muertes rápidas ó inmediatas de enfermos agonizantes no son pues, ni con mucho, las que imponen al cirujano las más dolorosas emociones. El libra hasta el fin el buen combate, feliz cuando puede arrebatar á la muerte una víctima ya condenada, pero también satisfecho, si no ha podido vencer el destino, por haber cumplido su deber.

Las impresiones del cirujano son del todo semejantes cuando el enfermo que viene á confiarse á él, sin estar amenazado de una muerte inminente, está sin embargo atacado de un mal que no perdona. Tales son los desgraciados, y el número es grande, que son víctimas del abominable cáncer. Esta odiosa afección jamás cura espontáneamente. Mata siem-

pre y mata lentamente. Las víctimas, á las que á veces nos vemos reducidos á desearles una muerte rápida, sufren y agonizan á menudo durante largos meses, á veces hasta durante interminables años, antes de ver llegar la muerte libertadora.

Y bien! yo creo, con toda sinceridad, que es imposible sentir el haber intervenido cuando uno de estos desgraciados sucumbe á consecuencia de una operación destinada á curarlo ó á aliviarlo. Digo á curarlo, por audaz que aparezca esta palabra á los que pretenden que no se cura el cáncer, porque tengo la convicción que operaciones extensas, grandes extirpaciones pueden triunfar de este mal implacable, siempre que en el momento en que se le ataque no haya echado raíces demasiado profundas. Desgraciadamente no es posible poder siempre reconocer sus límites y por extensas que sean las intervenciones dirigidas contra él, sucede con frecuencia, que todavía son insuficientes y que algún germen del mal inaccesible escapa al cuchillo que lo busca. Pero sucede también que cuando el foco canceroso no es de fecha demasiado antigua y no ha llevado demasiado lejos sus raíces invasoras, operaciones audaces, extensas, aun desmesuradas, pueden circunscribirlo, extirparlo en totalidad, y vencer este mal que muchos médicos, y ay! hasta muchos cirujanos, consideran como invencible.

He ahí por qué tengo esa convicción profunda de que todo cáncer que no sea manifiestamente imposible de extirpar debe extirparse! No tenemos el derecho de retroceder ante el cáncer, si queremos obligarlo á retroceder ante nosotros. Es cierto que las operaciones dirigidas contra él son de las más graves y temibles, pero cuando se trata de luchar contra un mal como éste, no hay operación demasiado grave, ni operación demasiado terrible, y ante esos condenados á muerte, la cuestión que debemos proponernos en nuestra alma y conciencia, no es la de saber si podemos matarlos, sino la de saber si podemos curarlos. Y si nosotros comprendemos la posibilidad, si siquiera entrevemos únicamente la esperanza, es necesario tener el valor de elevar nuestros actos á la altura de nuestros principios, y en tanto que venga el día, quizás próximo, y que yo deseo de todo corazón, en que tengamos contra el cáncer otras armas que no sean el cuchillo, es al cuchillo al que debemos pedir la victoria!

Y si ésta se compra cara en ocasiones, ¿qué importa? En puridad de verdad, no puedo resolverme á deplorar la muerte de un canceroso que no ha podido resistir á una de estas terribles operaciones que hace á veces necesaria la extensión del mal que le roe. Inquieto antes de la operación, á veces hasta desesperado cuando puede ver los progresos de su mal, la operación terminada, está como todo operado que lleva en el fondo del corazón la esperanza de la curación. Y cuando la muerte viene á sorprenderlo, es rápida y dulce comparada á aquella que, en el enfermo abandonado, viene á terminar demasiado lentamente una sombra de agonía, de miseria y de desesperación.

v

La naturaleza de las enfermedades que combatimos determina pues, en gran



VENECIA : St. Marcigigante. Arquitectura Rizzo

parte, las impresiones que hace surgir en nosotros el término de la lucha contra ellas empeñada. Pero si las enfermedades tienen á este respecto una gran influencia, hay otro elemento que es necesario también tener en cuenta, y que no vale menos : los enfermos mismos.

A pesar de la triple coraza de acero con que, para cumplir sin debilidad su terrible oficio, debe cubrirse el corazón, el cirujano sigue siendo hombre, y como tal, más dolorosamente impresionado por el sufrimiento y por la muerte cuando se refiere á la juventud, á la ternura, á la belleza. La enfermedad, la muerte de un anciano son cosas naturales. Se presentan con un carácter de fatalidad que las hace aceptar sin discusión, porque no se discute contra la fatalidad. La muerte es natural, tiene su grandeza y su poesía, cuando arrebatada al hombre que ha cumplido su destino, y que llegado á la tarde de la vida, se duerme como el trabajador fatigado por la labor de un día de largo afán. No hay motivo para temerla ni para maldecirla, sino para aquellos para quienes abre el problema de las eternidades desconocidas y que no ven en ella sino la entrada en una noche de espanto; para aquellos en fin, para quienes la impresión de las supersticiones ancestrales ó el fardo de dogmas pueriles con que mecieron su cuna, hacen de la muerte una eterna y aterradora vida, en vez del supremo reposo.

Pero la muerte es crüel, es estúpida, es odiosa, cuando se refiere al niño, que está hecho para vivir, cuando abate al hombre fuerte y robusto, que no ha terminado su misión, cuando mata la mujer y hace huérfanos.

La muerte más desoladora, la que graba en nuestro corazón la más durable y más dolorosa impresión, es la muerte de la mujer joven, por poco grata y simpática que sea, por poco que se haya abandonado á su cirujano con esa confianza amistosa, mezclada de respeto y de ternura, que los enfermos tienen á menudo para él, por poco que á esas cualidades encantadoras una la más visible y la más notable, la Belleza. Y no seríamos hombres si resistiéramos á las magnificencias de la belleza. Porque en nuestro siglo de ciencia y de luz, como entre los héroes de la Grecia antigua, como entre los soldados de la Roma imperial, como en los divinos artistas de la Edad media y del Renacimiento, como en todas partes, como siempre, la Belleza conserva su esplendor y su omnipotencia. Y cuando nada queda en pié, ella permanece la eterna soberana y el idolo sublime ante el cual el género humano se inclina y se prosterna, y que antes los dioses mismos adoraban de rodillas. Hasta en el lecho del hospital, hasta en la mesa de operaciones, hasta en el frío mármol del anfiteatro, ella conserva su poder y su imperio —y es por eso que el espectáculo

de la Belleza herida por la muerte, nos llena el corazón de no sé qué secreta y dolorosa angustia, y de infinita amargura.

La proximidad de la muerte provoca con frecuencia en los enfermos una especie de calma y pacífica serenidad que explican la falta de sufrimientos y el estado de semi-inconsciencia que sucede á las intoxicaciones profundas. Así es que los rasgos fisonómicos se afinan, que la nariz se adelgaza un poco, que los ojos se hunden suavemente bajo los arcos frontales y se rodean de una ligera sombra, que una palidez de marfil se esparce por el rostro. ¡Qué pureza, qué suavidad, á veces hasta cuánta nobleza en el rostro pálido de los moribundos ! ¡Qué llama misteriosa y perturbadora en esos ojos de mirada profunda, ya flotante como un ensueño, y que van á apagarse por toda la eternidad !

Una noche vinieron á buscarme de prisa para una joven que acababan de llevar moribunda al hospital. En la mañana había sido atacada de accidentes terribles de apendicitis que hacía inauditos progresos de hora en hora. Apenas tenía veinte años, un rostro admirable y puro, grandes ojos negros, dulces y seductores, fisonomía encantadora, pálida por el sufrimiento. Su gracia, su candor y su belleza, su dulce resignación, la tierna y delicada confianza con que se abandonó á nosotros, hacia surgir á su al-

rededor como una atmósfera de irresistible simpatía, de tranquila y fraternal amistad. Varios internos que habían permanecido en el hospital hasta aquella avanzada hora vinieron á ofrecerme su concurso. Todos estaban, como yo, admirados ante aquella belleza serena y pura, y en sus jóvenes rostros, ya endurecidos por el diario espectáculo de los sufrimientos humanos, y por la ruda, pero apasionadora vida del hospital, se leía una grave y dolorosa ansiedad. Mientras yo examinaba la enferma, ellos esperaban mi decisión como se espera la sentencia de un juez. Pensando que mi deber era tentar la fortuna incierta hasta el fin, resolví intervenir, y todos fuimos, silenciosos y graves, á la sala de operaciones. Pocos instantes después la enferma estaba dormida, acostada bajo una luz intensa. Su cuerpo de mujer, blanco como un mármol de estatua, era tan puro, tan noble, tan perfectamente hermoso, como era bello su rostro. Y me parecía que era casi un sacrilegio hundir el filo del cuchillo en aquel cuerpo escultural, aun para arrancarle el mal y para salvarlo de la muerte!

La operación nos demostró que los extragos de la enfermedad eran más crüeles de lo que suponíamos y que era necesario tener muy pocas esperanzas. Y yo sentí á mi alrededor la desolación de nuestra impotencia y toda la angustia sublevada de la inexorable condenación.

Pero la esperanza es tenaz y se exalta á los menores indicios. En la mañana siguiente la enferma parecía mejor. Estaba sonriente y casi alegre, porque los sufrimientos del día anterior habían desaparecido. Y fue con una suavidad infinita, con movimientos y precauciones de madre que duerme su hijo, que se le prodigaron aquella mañana los cuidados indispensables. Y todos estábamos animados y llenos de esperanza.

Al día siguiente el mal obtuvo la victoria. Nuestra pobre é interesante operada, más bella aún, si es posible, estaba moribunda. Sus hermosos ojos negros, que se engrandecían con la proximidad de la muerte, carecían ahora de luz; su pecho soberbio se levantaba dolorosamente con el estertor de la agonía; y todos estábamos á su alrededor, inmóviles, callados, con un nudo en la garganta y quizás una lágrima temblorosa entre los párpados.

Esos son crüeles momentos, y si, en el curso mismo de la operación el cirujano se ve con frecuencia asaltado por emociones violentas, la rapidez con la cual se suceden, el estado de actividad física en que se encuentra, á veces la misma gravedad de las circunstancias que bastan para absorber toda su energía cerebral y le quitan toda preocupación distinta de la del momento, esas emociones violentas y á veces hasta terribles, no tienen ese carácter de dolor y de angustia que adquieren fatalmente las más reflexivas impresiones que se manifiestan más tarde, cuando el cirujano, viendo morir una operada, descende al fondo de su propia conciencia preguntándose si tiene en aquella desgracia una parte de responsabilidad, ó si no se debe acusar sino á la fatalidad de las circunstancias que ningún hombre en esta tierra tiene el poder de dirigir.

Así, las más agudas emociones son las que se experimentan después de la ope-

ración, sobre todo durante los dos ó tres primeros días, cuando se decide la suerte de la operada.

Una inexplicable angustia nos cierra la garganta y nos aprieta el corazón, cuando nos aproximamos durante los primeros días al cuarto de una operada, cuando se comprende que dentro de pocos minutos, algunos segundos, se conocerá la buena ó la mala noticia, se verá delinearse el triunfo ó acentuarse la catástrofe! Cuando todo va bien, el alivio es inmediato; pero cuánta inquietud, qué ansiedad tan aguda, en los casos felizmente raros, en que el signo precursor de una grave complicación viene á lanzar en el espíritu una horrible duda sobre el porvenir! La evidencia de una terminación fatal es quizás menos dolorosa, porque nosotros estamos hechos de modo que la duda y la incertidumbre respecto de una catástrofe son más crüeles aún que la catástrofe misma!

En un servicio de hospital en donde se ejecutan todos los días grandes intervenciones, esas rudas emociones vienen sin tregua á agitar nuestra alma oprimida. Pero no todas tienen esa dolorosa acritud, y las hay también tiernas y conmovedoras, aunque de una tristeza infinita.

Hace pocos meses apenas, una pobre mujer entró á mi servicio. Sucumbía lentamente á una afección grave. Creí de mi deber, para salvarla, intentar el recurso supremo. Pero la operación me demostró que la batalla que libraba era superior á las fuerzas humanas. En la tarde fui á ver mi enferma. En la semi oscuridad de su cuartito, estaba pálida, con una hermosa sonrisa, una expresión pura y suave de confianza, de esperanza y de reconocimiento, casi feliz, como lo están con frecuencia las operadas que han franqueado el paso temible: «Sigo bien, me dijo, tengo confianza y siento que me voy á curar. Y puesto que usted me ha salvado, si usted quiere ahora hacerme feliz, le suplico que me permita abrazar á mi salvador.» Aquella confianza, aquel reconocimiento de una tierna y encantadora mujer que creía renacer á la vida en el momento mismo en que yo veía la muerte descender lentamente sobre ella, me turbaron profundamente. Me incliné hacia ella y besé suavemente su frente ardiente por la fiebre. Su mano tomó débilmente la mía, su mirada límpida se llenó de alegría y de esperanza, y yo me alejé bruscamente para no dejar ver la emoción que me oprimía el corazón.

Al siguiente día me diriji apresurado hacia su cuarto con esa angustia instintiva que nos atrae cuando presentimos una desgracia.

Mi tierna y encantadora operada acababa de morir. Allí estaba, completamente blanca, pero todavía sonriente con su hermosa sonrisa de confianza y de esperanza. Yo estaba solo; sentí en mi pecho una repentina opresión, y mis ojos se llenaron de lágrimas. Del fondo de mi corazón se elevó una oración por ella, y sobre su frente ya helada, coloqué de nuevo mis labios, pidiéndole perdón por no haber podido curarla. Y desde entonces, en las horas de tristeza, vuelvo á ver muy á menudo la sonrisa de la pobre muerta.

Mas, qué inquietud, qué ansiedad, qué agonía, si se trata de un amigo querido, y si la desgracia quiere que la enfermedad sea mortal y que la operación no pueda salvarlo! En esas crüeles situaciones hay horas de desolación que no se pueden concebir bien sino cuando se las ha experimentado, y que no pueden encontrar su consuelo sino en la conciencia del deber cumplido.

Nuestra vida es apasionadora é intranquila, y no conocemos ni un instante de absoluta quietud moral. Tiene horas espléndidas y horas trágicas, horas de triunfo y de delirio, horas de amargura y de desolación.

Y sin embargo, todos la amamos, á pesar de sus fatigas, sus emociones y sus angustias; la amamos porque la cirugía es hermosa, porque es grande, porque es noble. Porque si para los que la sirven es una causa de emociones violentas y á veces terribles, es también para ellos una fuente de satisfacciones profundas y de nobles fruiciones. La amamos porque es infinitamente variada, siempre nueva y siempre renaciente. La amamos como el marino ama la mar que lo fascina, que lo mece y que lo devora; como el viajero ama el desierto infinito, los montes inaccesibles y los bosques profundos, en los cuales se pierde, en los cuales sufre, y en los cuales muere; en fin, la amamos, como el soldado ama la guerra y la batalla, con sus terrores y sus delirios, con sus triunfos y sus catástrofes.

Si, la cirugía es bella, es noble, es apasionadora! He hablado de sus amarguras y sus dolores, pero, ¿qué placer puede concebirse que sea más grande y más profundo que vencer la enfermedad, triunfar sobre la naturaleza y ser más fuerte que la muerte? Y si un día de felicidad ó de inspiración, se llega por un descubrimiento fecundo á contribuir á forjar nuevas armas contra el sufrimiento y contra la muerte, que íntima y suprema felicidad la que da la conciencia de sobrevivirse y de contribuir en la sucesión de los tiempos, aunque sea como el más humilde de los obreros, á esa obra magnífica y fecunda, que consiste en el alivio de los sufrimientos de la humanidad!

No hablemos, pues, sino con respeto de esa magnífica y santa cirugía. Amémosla como ella merece ser amada, porque ella nos hace mejores, y porque en verdad es una grande y sublime inspiradora de trabajo, de energía moral, de bondad, de piedad para los débiles y para los desgraciados.

La vida del cirujano es una hermosa vida! Y cuando llega la hora de la muerte, nadie puede con más calma y tranquilidad dormirse en la noche suprema. Bástale oír la voz de su conciencia murmurar en su alma tranquila que ha hecho en este mundo más bien que mal, y que en esta tierra de placeres y de miserias, sus manos ensangrentadas han aliviado muchos dolores y causado muy pocos males.

J. L. FAURE.

Profesor agregado de la Facultad de Medicina de París.—Cirujano de los hospitales.



SUIZA: Fribourg

## CRONICAS DE POETA

A las seis de la tarde, en invierno.

VIII

EL vago cielo gris, cae una lluvia fina, lánguida, monótona... Es una lluvia finísima, imperceptible, sutil. Cada gotilla de agua levisima toma en el aire un brillo de seda. Es una lluvia funambulesca á la vez que triste. Diríase que las once mil vírgenes han arrojado sobre el

mundo, por desojadas y viejas, todas sus inverosímiles agujas de plata...

El sol está enfermo. Los crepúsculos se han ido á veranear al Africa, sin duda. Y yo, mirando caer la lluvia, me he puesto á pensar en los desesperados, en los tristes, en todos los sin techo y sin pan. Y sobre todo me he puesto á pensar en los mendigos, en los viejos mendigos de Caracas que recorrieron la ciudad todo el día, los labios y las piernas temblorosas, el hambre en el estómago, y las manos y los ojos tendidos, en actitud suplicante, hacia una pobre limosna: *Hermano, por el amor de Dios.*

Ahora, mientras cae la lluvia ¿dónde estarán? Acurrucados en algún portal muerden con voracidad algún viejo mendrugo, duro como el hierro? ¿Cuentan acaso su caudal?

Pero estos son los mendigos que todos conocemos, desde Caracas hasta Egipto, los mendigos que todos hemos visto en los Museos, el tipo tradicional y clásico del mendigo, vestido de andrajos extravagantes, de gran barba de apóstol enmarañada y sucia, de pómulos salientes y amarillos y ojos hundidos en las oscuras cuencas en cuyo fondo la mirada lanza un opaco fulgor como el del agua muerta en la hondura de las pozos.

Los mendigos de que me acuerdo ahora son otros mendigos. Son los infelices de cuerpos retorcidos, de músculos deformados, de nervios encogidos—verdaderas flores de pesadilla, verdaderos sueños de opio—tales, en su caprichosa deformidad, á monstruosas orquideas de carne. Condenados en sus horribles contorsiones á una eterna mueca trágica, dan la idea de singulares obras maestras, escapadas del taller de algún raro escultor de cómico cincel.

A menudo nuestra mirada los sorprende al doblar de una esquina, en el atrio de una iglesia, en una plaza pública.

Ya es uno á quien el tifus enredó las piernas en un haz de sarmientos, que se arrastra trabajosamente como

una ramosa. Ya es otro hidrópico, de abdomen fantástico, á cuyos lados penden inertes los brazos, escualidos y lividos como dos hilos. Ya es aquel condenado á andar de rodillas como en un suplicio dantesco; y en fin, ya es toda una larga serie de mancos, tullidos, jorobados, cuyos huesos y músculos han comprendido un largo, diabólico, misterioso ajedrez...

A propósito de estos infelices monstruos he oído referir, no sé cuando, este cuento:

—El pobre sér deforme atravesaba la ciudad todos los días, del alba á la noche, en pos de un mendrugo de pan, ó á la caza de la más humilde moneda, perseguido por una turba de crueles granujas, bajo el implacable cielo indiferente.

A las veces el infeliz, acosado por los crueles chiquillos, huía hacia los barrios silenciosos de la ciudad, envuelto en una nube de polvo. Y desde lejos, escuchando el loco vuelo armonioso de las campanas, volvía de nuevo á la ciudad, atraído, como una araña, por la música, á emprender otra vez su ruta dolorosa. Agarrotadas las piernas, siempre en cuclillas, marchaba por las aceras dando nerviosos saltos. Y viéndolo marchar por las aceras, dando saltos, á la manera de una rana, cualquiera se lo imaginaba nacido al borde de una de esas verdes lagunas del Tuy, en compañía de las garzas color de ópa-





SUIZA: Muelle de Lucerna

lo, ó á la margen de los claros jagüeyes del llano, en el triste morichal romántico, bajo la luna.

Implorando la piedad de las gentes, el infeliz recorría las calles y las plazas, bajo la rechifla de la multitud. De noche, refugiado en algún escondrijo, litaba de frío y de hambre. Su figura era por demás ridícula. Y el ridículo no inspira nunca la compasión. Así se moría de hambre el desdichado.

Pero sucedió que un día, un artista, enamorado de todo lo raro, paseando á la ventura por la ciudad, sorprendió, perseguido por una turba de chiquillos, al desgraciado mendigo de aspecto de rana fabulosa. Entusiasmado por su hallazgo extravagante, el raro artista logró llevárselo, para decorar su jardín. Allí comenzó una nueva vida para el infeliz mendigo. Vestido con un traje especial de seda verde, tenía que cuidar el jardín, y permanecer por largas horas al borde de los estanques, obligado á imitar con su débil garganta el ronco crotozar de los batracios.

Era la maravilla del jardín el infeliz mendigo. No se le veía sino dando saltos, con su brillante vestido de seda verde, bajo el reflejo sutil de los pétalos de las flores. Y era á la verdad, una enorme rana, una rana monstruosa y verde de grandes ojos bondadosos y dulces....

En la casa del extravagante artista padeció martirios indecibles. Apenas ren-

dido de cansancio, se dormía en algún rincón del jardín, era despertado de súbito por el golpe brusco de un guijarro lanzado con fuerza sobre sus espaldas, sólo por el placer de verlo saltar de improviso, como el ruin animalucho á quien se parecía. Y cuando no era el dueño de la casa, eran sus huéspedes quienes causaban su tortura.

Una noche, cansado de sufrir, se escapó el mendigo del jardín del artista. Volvió de nuevo á la ciudad, y por varios días reanudó su antigua vida pasada, vagabunda y bohemia. Pero entonces para colmo de su desdicha, cayó otro día en manos de un titiritero que, en compañía de varios animales sabios, se lo llevó de ciudad en ciudad, formando parte de su circo ambulante. Entonces comenzó para él otra ruta dolorosa, sembrada de espinas.

Con una argolla de hierro ceñida al cuello, su antiguo y espejeante vestido de seda verde, destrozado por los caminos, lavado y desteñido por las lluvias y los soles, en su inacabable romería, tenía que saltar por todas las calles polvorientas, por todas las plazas públicas de las aldeas, bajo el látigo y bajo el sol.

Pero el cruel titiritero no podía hacer otra cosa. Era necesario, absolutamente necesario, que el pobre mendigo deforme saltara bajo su látigo y crotozar como una auténtica rana monstruosa, para que á aquella chiquilla morena, de

grandes pupilas profundas orladas de moradas violetas,—su hija, no le faltara el pan.... Era necesario arrastrar sobre la tierra una vida trashumante y bandolera, viviendo de los más débiles, de los que deben ser devorados.... Era necesario vivir. ¿Qué importa de quién? Y el mendigo se resignaba á los bárbaros azotes y á su vida de hambriento, sólo por la chiquilla, linda como una flor, nacida, como Nello Zeggano, bajo la tienda gitanesca, una noche de primavera en que temblaba bajo el gran cielo azul el oro impalpable de las estrellas.

Pero sucedió un día que el mendigo no pudo más. Se moría....

Era la una de la noche. Mil gotas de agua, sutiles y punzantes como espinas bajaban del cielo sombrío. En la tienda del titiritero un velón de petróleo, derramaba una vaga claridad amarillenta: el humo negro se difundía por el aire pesado y torpe.

Pétalo á pétalo, deshojaban las horas, con sus dedos invisibles, la muda flor del silencio....

El mendigo agonizaba de hambre, de frío, de ingratitud, de desesperación. En el jergón la chiquilla morena, linda como una flor, dormía. El oso roncaba más lejos en su caserna. De cuando en cuando, entre sus poderosos molares estridía algo como hierro.

Y en la gran desolación de la hora sucedió algo extraordinario. La barra-



SUIZA: Lausane — Vista tomada de la "Ponthaise"

ca se llenó de pronto de luz maravillosa; despertó la chiquilla; roncó más poderosamente el oso; un perfume sutil, penetrante, dulcísimo se difundió por el aire. Cuando el titiritero despertó, había desaparecido el mendigo deforme. Asombrado y colérico se dirigió á la puerta de la barraca, y miró... Del cielo tedioso y gris caía una lluvia fina, lánguida, monótona. Era una lluvia finísima, imperceptible, sutil. Cada gotilla de agua levisima era un minúsculo diamante efímero. Era una lluvia funambulesca á la vez que triste. Diríase que las once mil vírgenes habían arrojado sobre el mundo, por desojadas y viejas, todas sus inverosímiles agujas de plata.

A lo lejos, por los campos silenciosos, bajo la lluvia fina y lenta, dejando tras de sus pasos una estela luminosa, una figura, larga y triste como una lágrima, se perdía entre la niebla, caminando lentamente, arrastrando su vestido immaculado del color de los lirios del monte.

Y entonces, el titiritero comprendió, que aquel mendigo deforme, que aquella rana monstruosa, vestida de brillante seda verde, que había arrastrado por ciudades y aldeas, atado por el cuello con una argolla de hierro, bajo el látigo y bajo el sol, no podía ser otro que *Nuestro Señor Jesucristo*.

A. FERNANDEZ GARCIA.

### LOS MODERNISTAS (\*)

FRIEDRICH NIETZSCHE

Era muy niño aún: acababa de cumplir seis años. Una noche llamó á la puerta de su casa, en Roken, una mujer toda vestida de negro. Largo manto le cubría la cabeza, velando con su sombra toda la faz. Por lo tanto, sólo se veían bien, en la cara dura y huesosa, aquellos dos grandes ojos negros y profundos como un abismo, cuya mirada fría y penetrante le persiguió después toda su vida.

—¿Quién eres tú?—le preguntó la madre.  
—Soy una viuda, señora; soy una viuda.

Quedó un instante en silencio, como si se recogiera en profundas meditaciones, y luego, tal vez inconscientemente, repitió:

—Soy una viuda.

Y lanzó una carcajada estridente.

La buena señora, sobrecogida y presintiendo algún peligro horrible, le cerró el paso murmurando con espanto:

—Es de noche. Mi marido duerme. Seguid vuestro camino.

(\*) El capítulo que va á leerse es uno de los más celebrados de la obra que con el título «Los Modernistas» acaba de publicar el distinguido escritor uruguayo Víctor Pérez Petit.

También corresponde á la misma obra el capítulo intitulado «Gerhart Hauptmann», que publicamos en nuestro número del 15 de junio del presente año.—N. E.

—Os he dicho que soy una viuda, ¿no habéis oído?

Y riendo con más ganas que antes, agregó:

—Soy viuda de la Razón..... Ahora vengo á desposarme con vuestro marido.

Entonces, aprovechándose del desmayo que acometió á la buena mujer, entró resueltamente en la casa. El pastor estaba sentado en su amplio sillón. Hacía muchos días que la alegría no iluminaba de fiesta á su espíritu. Los negros cuervos de la desesperación batían sus alas en torno de su frente.

—¡Amado mío! ¡Amado mío! —aulló aquella mujer entrando en la habitación y arrojándose en los brazos del pastor.

—¡Tú! ¡Tú! —exclamó éste.

—Sí, yo soy. He venido á buscarte.

Le besó con sus labios de mármol sobre la frente. Después, con aire de salvaje triunfo, gritó por repetidas veces:

—¡Ya eres mío, mío, mío!.....

Muchos años más tarde dijeron á Friedrich Nietzsche que su padre había muerto loco. Entonces él se acordó de aquella mujer vestida de luto que entró una noche á su casa, y tembló.

Le enviaron á la escuela y fué á ella sin chistar, grave y reflexivo como una persona mayor. No hablaba con sus compañeros casi nunca; no jugaba; no se reía jamás. Se aislaba de todos para entregarse á pro-

fundas meditaciones, sombrío siempre y siempre huraño y rebelde. Desde muy niño, pues, Nietzsche se revela un alma sola, tétrica, fría. Lleva sobre su frente taciturna el ósculo helado con que una mujer misteriosa cautivó á su padre. Correrán los años, y siempre su espíritu temblará como la llama que oscila ante el soplo que viene de fuera. Por eso, en su corazón reina la soledad, y su alma es árida como una montaña, y su inteligencia se manifiesta en raptos de ira, de dureza, de inmenso desconsuelo. Lee por ese entonces á los trágicos griegos, y la impresión avasalladora que en su alma ocasionan, le inspiran una de las ideas más originales que sustentará su filosofía. También lee á Humboldt, á Shakespeare y á Tácito: aquéllos le enseñan que « cuando se es dueño de sí mismo, se es dueño del universo »; éste le da la inspiración de su estilo conciso, de sus máximas sueltas, de sus aforismos á las veces contradictorios, mas siempre originales, incisivos, fulgurantes. Pero, tanto en el célebre colegio de Schulpforta como en las universidades de Bonn y de Léipzig, Nietzsche se siente abrumado, lleno de contradicciones, preso por mil dudas y temores. En 1869 se dedica al estudio de la filología y es nombrado profesor de idiomas y literatura clásica en una universidad alemana. Poco tiempo después, en la tienda de un librero, hace un hallazgo que cambia los rumbos de su pensamiento. *El mundo como voluntad y como representación* está allí, ante su vista. Lo compra y va á estudiarlo detenidamente.

Schopenhauer le revela á Nietzsche cuál es su yo. Bruscamente, y como un chorro de luz que penetrara triunfante por una ventana entreabierta, las ideas del filósofo pesimista vienen á iluminar las soledades del alma torturada del mísero estudiante. Y ve cuál es la tristeza de su corazón, y sabe por qué la duda martiriza su pensamiento, y adivina el secreto de sus íntimos anhelos y de sus propios temores. Nietzsche ha encontrado, por fin, la esencia de su alma, su mismo yo. Pero, al encontrarlo, una visión horrible viene á cruzarse ante sus ojos:

— ¡Amado mío! ¡Amado mío! — grita á su oído una mujer toda vestida de luto, cuya mirada penetrante y honda le hiela el corazón. — ¡Ya eres mío, mío, mío!.....

Nietzsche se acuerda de su padre y tiene miedo. Entonces abandona sus estudios filológicos, arroja lejos de sí el libro del gran pensador y se entrega nuevamente á la filología. Pero al perder la compañía de Schopenhauer, Nietzsche encuentra la de Wagner. Con aquél estudió los arcanos de su pensamiento; con éste va á descubrir los tesoros de sus sentimientos. En medio de todo, Nietzsche tuvo la fortuna de hallar los únicos hombres que podían más legítimamente llamarse sus padres espirituales. ¡Cuántas inteligencias permanecen ignoradas por no encontrar la única brújula que puede guiarlas!

La amistad de Wagner con Nietzsche fué estrechísima. Tenían los mismos gustos, las mismas ideas. Sentían por igual la belleza; concebían lo mismo el mito y el héroe. Un trozo musical del maestro de Bayreuth conte-

nía un mundo de revelaciones personalísimas para el futuro autor de *Also sprach Zarathustra*. Sus sensorios vibraban al par. Y entonces la fiebre del trabajo domina á Nietzsche. Se encierra en su gabinete de estudio, y, sin tomar alientos, escribe esos cuatro folletos *Consideraciones extrañas á la época* (Unzeitgemässe Betrachtungen), que llevan por títulos: *I. David Straus, sectario y escritor*; *II. Ventajas é inconvenientes de la historia para la vida*; *III. Schopenhauer como profesor*, y *IV. Ricardo Wagner en Bayreuth*. Es imposible penetrar en estos cuatro extrañísimos folletos por las raras contradicciones que encierran y que desorientan al espíritu del lector. A veces caen en el misticismo; otras sustentan el pesimismo más negro y desconsolador. Tienen notas hirientes y mordaces, al lado de otras sentidísimas y llenas de infinita dulzura. Parecen hijas de un alma desesperada por el dolor; y de pronto se convierten en un himno de amor y de alegría, como el que cantara el sér más glorioso de la tierra. ¿Qué piensa el autor? ¿cuál es la idea que le mueve? ¿qué nos ha querido decir? La única verdad que se desprende de toda esta obra wagneriana de Nietzsche es su amor por el « sentido de lo trágico », que él descubre en los siglos griegos anteriores á Sócrates y que desearía ver dirigir la formación de la cultura alemana. Pero la Alemania que se formaba entonces era una Alemania utilitaria, ocupada únicamente en empresas comerciales y en especulaciones de capitalistas, é igualitaria, que admitía el sufragio universal y el imperio de los convencionalismos sociales; por lo que Nietzsche, admirador del hombre de genio, del artista por antonomasia, y sectario de la aristocracia del talento y de la representación de la fuerza como elemento romántico y trágico á la vez, se sintió escandalizado de la vulgaridad y tonterías de sus compatriotas y creyó necesario fulminarles con sus observaciones no conformes con su tiempo.

Pero he aquí que Wagner mismo, el único amigo del filósofo, le hace traición. El numen que iba á componer *Parsifal* abandona el culto de la Edad Media gótica y va á cruzar sus manos reverentes ante la Cruz del Sinaí. Nietzsche recibe este rudo golpe en medio del corazón y rompe con su maestro. Desde entonces hasta su muerte, el odio á Wagner no tiene tregua. Fulmina á su antiguo maestro; y así como antes dijera: « Wagner resume lo moderno: somos wagnerianos aun contra nuestra voluntad », ahora, al estudiar la partitura del *Parsifal*, escribe: « Para entender semejante música es necesario ser cínico ». ¡Oh, cuán solo y cuán triste quedó el corazón del pobre filósofo! ¡Y cómo se llenó su alma de dudas y de rencores!

El dolor es ahora la nota dominante en la obra de Friedrich Nietzsche. Había perdido las ilusiones que le hicieron soñar con un germanismo artístico, sentimental, y había roto con todo su pasado: con Schopenhauer y su organización metafísica del universo; con Ricardo Wagner y su arte inspirado en el mito y la leyenda.

Y la ironía de su espíritu parece acrecentarse entonces lanzando rayos terribles. ¿Qué inmenso desdén profesa á todas las manifestaciones del patriotismo y á las cuestiones políticas y económicas! En su nuevo volumen *La Aurora*, colección de pensamientos sobre los prejuicios morales (Die Morgenröte) escribe: « Esas ocupaciones son buenas para los espíritus mediocres. » No debe considerarse, sin embargo, como obra definitiva del espíritu de Nietzsche esta obra de aforismos, ni la que publicó bajo el título de *Cosas humanas, cosas demasiado humanas* (Menschliches, Allzumenschliches): es ella, más bien, obra de transición—aunque la forma alada, rápida, lírica, compuesta de fragmentos, á la manera de Pascal, sea la forma definitiva y culminante del filósofo.

Empieza á precisarse, también en este período, el altivo personalismo del gran escritor que hay en Nietzsche. Cada libro suyo, cada una de sus páginas, y todo y cualquier pensamiento de sus últimos trabajos, lleva un sello característico, el de su altivo individualismo. El hecho está bien de relieve para que cite ejemplos al caso. Por otra parte, este carácter individualista de la obra de Nietzsche, no es propio, exclusivamente, de este filósofo: todos los grandes escritores alemanes lo son también. Podría decirse con Börne, pues, que el individualismo es el carácter general de la literatura alemana (1).

La afirmación y el amor, que parecían ser las notas culminantes del alma de Nietzsche, se convierten ahora en negaciones terribles y odios fulminantes. La gran crisis cerebral del filósofo se aproxima. Los grandes problemas morales le atraen y fascinan. ¿Qué es el Estado? ¿qué son los hombres en sociedad? ¿Existe un principio único de ética? ¿El egoísmo es moral? ¿Existe Dios? ¿Existe la verdad? ¿Existe el mundo? El alma del filósofo, que había respirado en las más pesadas atmósferas pesimistas, parece buscar el idealismo; pero nuevas dudas le asaltan, y entonces tórname huraña é irónica. Y cuando escribe, es oscura, confusa, enmarañada, sutil, hiriente, negativa. Desea lo que antes desechó; ama lo que le repugnó antes; afirma lo que ha negado, y al contrario; y á veces sofística é incurre en círculos viciosos para explicarse la existencia de las cosas. Es esta época de transición la más nebulosa de la vida del filósofo.

(1) Es por esto, precisamente, que no hay en Alemania escuelas literarias. Todos los escritores han vivido para sí, con sus obras, sin cuidarse de los otros escritores ni de las demás obras. Encerrados en sus villas y aldeas, por desdén de la capital Goethe y Schiller vivían en Weimar, Uhland en Tübingen, Rückert en Neusses, Juan Pablo en Bayreuth, Taylor en Heidelberg, Heyse en Munich, Freytag en Wiesbaden, etc., etc.), todos poseen un talento original, personalísimo, y escriben sus obras sin cuidarse de imitaciones ó discípulos, *subjetivamente* y aun contra el gusto general y predominante. La llamada « escuela romántica alemana », « los poetas de Suabia », « la joven Alemania », no hacen prueba contra la tesis que sostengo y que algún día desarrollaré probablemente, pues no son sino influencias del momento llegadas del exterior y que no han obrado seriamente sobre los más claros ingenios de Alemania. Algo de esto mismo que sostengo quiso decir Mme. de Staël cuando escribió: « La superioridad de los alemanes consiste en la independencia de su espíritu, en el placer del retraimiento, en la originalidad individual. »



sofo. Sus gustos y lecturas nos confunden aún más. ¿Cómo se explica que el soñador y el lírico que alientan en Nietzsche se recreen con Maquiavelo, Stendhal y Spencer? ¿Cómo su alma, toda en ruinas, se alza de pronto rejuvenecida por la contemplación de las bellezas que la arruinaron? De pronto el filósofo se encuentra solo. Rompe con todas sus amistades y va á encerrarse en un rincón de la montaña. Allí le domina la fiebre del trabajo. Y escribe libros y libros, á cual más grande y más hermoso, sin notar que alguien anda rondando á su puerta.

La filosofía de Friedrich Nietzsche no se propone resolver, al entrar en el campo de la moral, qué acciones son morales y cuáles inmorales: examina solamente el valor de los diferentes sistemas de moral. Todos los sistemas morales son reducidos por el filósofo á dos tipos que nos muestran al hombre aceptando ó rechazando la existencia. El primer sistema ó tipo, lo representan las razas vigorosas y primitivas, las razas conquistadoras y dominantes que, antes que la propia conservación, buscan el goce del vivir en las manifestaciones de

su fuerza, en su agresividad y en su valor. Los Arios representan esta raza dominadora y aristocrática: son los pueblos libres y sanos, vigorosos y activos: son los hombres fuertes, de acción, en cuyas almas existe el amor de un ideal y el odio hacia la debilidad. Los primitivos Germanos también son de esta raza: hombres impetuosos y que tienen el derecho de sojuzgar al mundo: pueblos que conquistan la Europa, no para constituir Estados—los Estados empuñan al hombre—sino para hacer sociedades aristocráticas, dueñas de sí mismas, en las que cada hombre es amo y señor. Los conquistadores son voluntariosos y despóticos. Tienen el derecho de serlo. A veces incendian villas y degüellan poblaciones. Es también su derecho. Atila condujo sus legiones bárbaras á la conquista de un pueblo gastado por los refinamientos de la corrupción; y donde su caballo posó el casco, ya no volvió á brotar la hierba. Atila hizo bien en hacerlo. El conquistador es como el hado, como el destino: es inevitable y necesario. Y á pesar de todo ello no se le puede odiar: se le teme como á una divinidad, y nada más. Por otra parte, la nobleza y sinceridad

con que proceden dan nuevos tintes trágicos al tipo del conquistador: no combaten porque se les haya hecho una injuria ó para castigar á los perversos. Combaten á un enemigo, por necesidad de su propio temperamento y para manifestar su fuerza y su vida.

El segundo sistema ó tipo de que hablábamos más arriba, lo representan el «ganado humano», las medianías, los desventurados, los pobres de espíritu, los ricos burgueses y los esclavos. Son los pueblos comerciantes y usureros; son los hombres débiles y temerosos, los preocupados por los convencionalismos y fórmulas sociales. Las ideas morales de este sistema son la consecuencia necesaria del tipo anterior: los esclavos tratan de rebelarse contra el señor que los domina; y al par que tratan de envilecer á los conquistadores llamándolos orgullosos y perversos, ellos tratan de enaltecerse llamándose débiles y oprimidos.

El Cristianismo, según Nietzsche, representa todo este sistema de moral. El Cristianismo es la formidable reacción de los esclavos contra los amos. La igualdad es su lema, y no admite entre los hombres otra división que la de buenos y malos. Aquellos irán á sentarse á la diestra del Señor y á gozar de todas las dichas de los cielos; éstos sufrirán las horribles torturas del infierno. Y éstos son los conquistadores y aquéllos los débiles y oprimidos.

Los anarquistas son los herederos inmediatos de los cristianos, y Nietzsche los fustiga despiadadamente, con inmenso desprecio. Incapaces de energías creadoras, niegan la legitimidad de una aristocracia que se ha impuesto por su inteligencia y por su lealtad. De tales seres envidiosos y vengativos no puede surgir un héroe ni un artista. Son seres negativos. No son hombres. ¿Qué ironías sangrientas no emplea Nietzsche contra estos individuos «del Montón», «del rebaño»? Y en cambio, ¿qué himno laudatorio el suyo cuando vuelve los ojos á Zarathustra!

¡Zarathustra! Zarathustra es la Verdad, la Revelación, el Profeta. Es la voz del Héroe, de la Sinceridad, que viene á predicar la buena nueva y á revelar á los hombres las grandes mentiras convencionales que los esclavizan. Y desde su gruta observa «el rebaño humano» compuesto de reyes y de mendigos, y estudia sus caprichos y aberraciones, y adivina al super-hombre, el hombre ideal. ¿Queréis oír á Zarathustra el profeta?

Oíd.

ASI HABLABA ZARATHUSTRA :

«Entre nosotros existe el Estado. ¿El Estado? ¿Qué es esto? ¡Y bien! Abrid vuestras orejas, pues ahora os anuncio la muerte de los pueblos. El Estado: así se llama el más frío de todos los monstruos fríos. Miente también friamente, y he aquí la mentira que sale arrastrándose de su boca: «Yo, el Estado, soy el pueblo». ¡Mentira! Fueron creadores los que formaron los pueblos, cifñéndose las espadas de la fe y del amor: prestaron así un servicio á la vida; y son destructores los que tienden lazos á muchas gentes y llaman á esos lazos el Estado.»

Los hombres que viven en un Estado y que aceptan tan grande mentira son seres ruines, mezquinos y nacidos para la ergástula. No tienen conciencia de sus derechos, ni los merecen. Una futilidad les quita el sueño. Un capricho común es para ellos la ley revelada. Y así estos hombres de decadencia, llamados á desaparecer, se martirizan con los sueños más locos de su propia fantasía, y persiguen ideales de barro, y se enorgullecen de lamer las botas que los pisotean.—El hombre es la pulga de la tierra. Y está satisfecho de ser pulga y nada más que eso. Se ha hecho ideas originalísimas acerca del amor, del deber, de la felicidad, del honor, de la desgracia; pero esas ideas hacen sonreír. ¡Son tan pobres, son tan chicas, son tan deleznable las ideas de las pulgas! Sin embargo, Zarathustra oye decir á los hombres: «Hemos inventado la dicha.» ¡Oh! ¡la dicha! Pero, ¿qué es la dicha para estos hombres-pulgas? Quién sabe..... Zarathustra mira á los hombres y ve que los hombres aman aún á sus vecinos y se rueñan contra ellos, porque tienen necesidad de calor. Los hombres son todos iguales: muy bien hecho. Los hombres tienen que ser todos iguales: así son los rebaños. ¡Hermoso ideal! Los que no quieren pertenecer al montón tienen que marcharse, ó los encierran en una casa de locos. Así se logra la felicidad. ¡Viva la medianía! Tener salud, cuidarse el estómago, trabajar un poco—porque el trabajo es un pasatiempo,—procurarse un placer por día, aunque sea breve, y una pequeña voluptuosidad por la noche: esa es la vida; esa es la felicidad.....

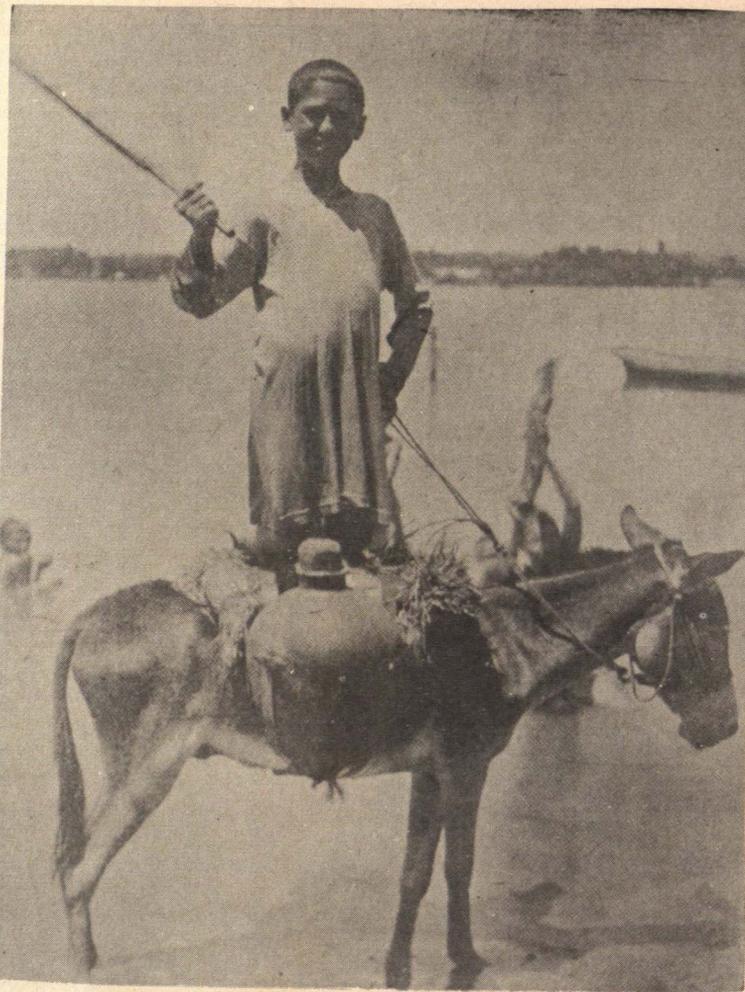
Cuando el profeta Zarathustra contempla este cuadro, sus ojos despiden rayos, su boca se contrae con una mueca de asco y de horror. ¡Eso es el hombre! Entonces su voz toma la inflexión atronadora de la voz de Isaías y cada palabra que cae de sus labios parece un rayo lívido de las negras nubes de tormenta. ¡Oid, pulgas miserables, la voz del profeta!

#### ASÍ HABLABA ZARATHUSTRA:

«.....Vosotros queréis más bien retornar al animal que crear el hombre superior al hombre.....El hombre es la razón de ser de la tierra. Vuestra voluntad debe decir: que el super-hombre sea la razón de ser de la tierra»!

Porque ha de saberse que el hombre pertenece á la tierra y que es una mentira abominable el paraíso prometido. La grandeza moral, la sinceridad y la inteligencia robusta hacen el hombre-dios, el rey de la tierra, el dichoso por excelencia. Y el hombre tiene que luchar para ser hombre y dejar de ser animal. No debe ya decirse: el hombre y la tierra: no hay dos entidades. El hombre es la tierra.—¡Yo os enseño el super-hombre!—exclama el profeta Zarathustra. Y el super-hombre no es medianía ni transición: es perfección y fin. Es fuerte y ha nacido para ser el amo. Tiene carácter personal y es porque es.

¡Libro admirable este libro que Nietzsche rotuló *Así hablaba Zarathustra* (Also sprach Zarathustra). Los extraños acentos que vibran en algunas de sus páginas—esos des-



AGUADOR: Muracibo

tellos de nueva esperanza que cruzan el corazón del filósofo—nos hacen presentir toda una nueva era intelectual. ¿Qué habría escrito el malogrado escritor si la luz de su inteligencia no hubiera sido apagada por la implacable locura hereditaria?

Hacía ya algún tiempo que alguien rondaba á su puerta. Por fin, llegó el instante supremo.

—¿Quién eres tú?,—preguntó el filósofo al ver delante de sí una mujer de cara dura y huesosa, con ojos negros y profundos, toda vestida de luto.

—¿Cómo? ¿no me reconoces? Soy tu madre, hijo mío.....

Nietzsche había perdido á su madre hacía ya bastante tiempo. ¿Cómo podría ser su madre aquella mujer vestida de luto que reía de un modo tan extraño?

—Soy tu madre, hijo mío.....—repetía la mujer del manto negro.—Soy la legítima esposa de tu padre. ¿Qué? ¿no recuerdas... en Roeken?.....

Nietzsche sentía que su conciencia se debilitaba poco á poco, que su inteligencia se extinguía por instantes. De pronto, en un minuto supremo de lucidez, se acordó de su pobre padre y de aquella extraña mujer, vestida de luto, que vino una noche á besarle en la frente con sus labios de mármol.

—¡Oh!—murmuró solamente al reconocerla.

—¡Ya eres mío, mío, mío!.....—aulló entonces con aire de salvaje triunfo la fatídica madre:—¡Ya eres mío, mío, mío!.....

Y como antes, en Roeken, había besado al padre, ahora se inclinó sobre el hijo y puso sus labios de mármol sobre la pálida frente pensativa:

—¡Ya eres mío, mío, mío!

VICTOR PEREZ PETIT.

#### LOS BESOS

¿Qué son las bocas? Son nidos.  
¿Y los besos? Aves locas.  
Por eso, apenas nacidos,  
De sus nidos aburridos  
Salen buscando otras bocas.

M. GUTIERREZ NAJERA.

#### VERSOS SENCILLOS

Yo pienso cuando me alegro,  
cual un escolar sencillito,  
en el canario amarillo  
que tiene el ojo tan negro.

Yo quiero cuando me muera,  
sin patria, pero sin amo,  
tener en mi losa un ramo  
de flores y una bandera.

JOSÉ MARTÍ.

## DON MANUEL PLANCHART ROJAS

Nació el 14 de diciembre de 1824  
Murió el 11 de junio de 1903.



Se distinguió siempre don Manuel Planchart Rojas, desde los primeros días de la República, de quien era contemporáneo, en delicados puestos de la Administración pública, dejando siempre en los diversos destinos que desempeñara la fama de su inmaculada honradez y de su pulcritud intachable.

Administrador de los tesoros públicos nunca lo tentó el oro con su reflejo incitador y amable. Pertenecía á una generación que no conoció el peculado, á una generación para quien la Patria, bautizada con la sangre de los Libertadores, surgida al mandoble luminoso de la espada de Bolívar, representaba la vinculación de todas las virtudes, y á quien debía servirle con alma honrada y manos limpias.

Fué un carácter. Severo y pulcro, su vida pública fué un reflejo de su vida privada. En ambas austero y rígido. No se prestaba su vida á esos desdoblamientos vergonzantes, á esas dualidades tristes en que, el hombre de la plaza pública es antípoda moral del hombre del hogar. Su vida fue una vida íntegra. Acaso pecó por demasiado estricto. Profesaba la creencia de muchos de sus contemporáneos, creyendo cándidamente, que nuestro doloroso conflicto social no podrá resolverse sino por el estricto cumplimiento de las leyes.

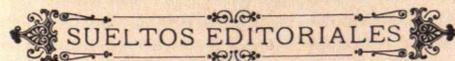
Espectador de todos los sucesos y actor más de una vez, en nuestra turbulenta vida republicana siempre tuvo la vista fija en su ideal y á su ideal sacrificó los más bellos años de su juventud.

Hoy ha muerto cargado de años y desilusiones, viendo la Patria que soñara, próspera y feliz, en hipótesis todavía! ¡Qué de dolores ha debido experimentar su sano y robusto corazón de patriota, ante los últimos dolorosos acontecimientos, ante el naufragio de todos los ideales, y con el horizonte trágico de nuestros pueblos incendiados por la tea de la guerra civil!

Hijo de Cumaná, madre de varones eminentes, es una pérdida irreparable para la Patria y para el viejo hogar venezolano, para el viejo, el austero, el puro hogar.

Para su tumba las coronas cívicas; para su honorable y distinguida familia estas breves notas, como un homenaje de justicia rendido á la memoria del distinguido difunto.

A. FERNANDEZ GARCIA.



MERCEDES GELHARDT

La sociedad de esta capital ha tenido que lamentar también en estos días el fallecimiento de esta gentil señorita, que ha muerto en plena juventud, cuando apenas conocía las primeras sonrisas de la ilusión y de la vida.

Nos asociamos al pesar que aflige á su familia y á sus deudos.

## DOCUMENTOS DEL GENERAL CIPRIANO CASTRO

Con este título acaba de editar y hacer circular el señor don Ramón Tello Mendoza, Gobernador del Distrito Federal, un libro que contiene la serie de documentos expedidos por el señor General Cipriano Castro, desde el año 1895 hasta el mes pasado.

El señor Tello dedica su obra al Presidente de la República, con motivo del día aniversario de la Independencia Nacional, en los términos de la siguiente carta:

Caracas: 5 de julio de 1903.

Señor General Cipriano Castro.

Presente.

Respetado General:

Un documento público es la responsabilidad del nombre que lo suscribe, y un dato para la Historia.

Usted, conductor de una Causa inmortal, comparece en sus proclamas, en su correspondencia y en sus decretos, con la estatura que conviene á los caudillos, y las solemnidades del patriotismo en el honor y de la heroicidad en el deber.

Y como todo lo que acredita su firma, será discutido por las opiniones y revisado por la posteridad, yo me acojo al resplandor de sus laureles, para dedicarle en esta fecha, de repercusión histórica, en un folleto, algunos de sus documentos imperecederos.

Hoy conmemoran los pueblos el nacimiento de un principio redentor, y el primer capítulo en la epopeya de la magna independencia.

Y como usted ha secundado las aspiraciones del pueblo y las virtudes de las doctrinas humanitarias y libérrimas, mi obsequio es un saludo de respeto y un homenaje de justicia.

Su afilmo. amigo,

R. TELLO MENDOZA.

En toda la serie de estos documentos resalta, como nota dominante, la que revela el carácter altivo y las grandes energías del actual mandatario, y la mayor parte de ellos son testimonios de las acciones notables que lo han hecho famoso en los sucesos de los últimos diez años.

Reciba la expresión de nuestro reconocimiento el señor Tello Mendoza por el ejemplar de su libro con que nos ha obsequiado.

ASILO DE HUERFANOS

El próximo día 24 del mes en curso será celebrado en esta benéfica institución, como correspondiente al 26º aniversario de su fundación.

Con este motivo se prepara una festividad digna del suceso y en la cual se cuenta la celebración de un Certamen literario, para el cual circularon oportunamente los avisos é invitaciones.

En esta oportunidad, renovamos nuestras congratulaciones muy sinceras al señor doctor Agustín Aveledo, fundador del Asilo, haciendo votos por la perdurabilidad de su laudable obra y el mayor brillo de su propósito.

## CARLOS YANES

No ha muchos días, el nombre que encabeza estas líneas hubiera sido escrito á propósito de alguna tarea recomendable por su digna actividad y habría sido pronunciado encomiando alguna buena intención de prosperidad y de labor.

Hoy aparece dentro de negra orla, sobre el campo desolado de una losa sepulcral, repitiendo, como el Predicador, la infinita vanidad de toda cosa humana; y fluye de labios que hace tremar un irremediable dolor, lustrado con lágrimas inagotables, diciéndonos que ha llegado la tregua definitiva para aquella actividad que desde sus primeros años no supo sino de nobles preocupaciones, que en la armada del trabajo queda abierta una nueva brecha, delatora de la ausencia de otra energía, que está ya rígida y sin su varonil calor de lealtad la mano de un viejo amigo y que también reposa por siempre, oprimido por el dedo inexorable, el corazón que contuvo los más tiernos sentimientos de padre y las más delicadas emociones de esposo.

Nuestros votos de pesar acompañan sinceramente á la apreciable familia de quien fue un buen ciudadano, un hombre útil y laborioso y un miembro distinguido de esta sociedad.

DE LANDAETA ROSALES

El infatigable recopilador acaba de publicar un nuevo libro, titulado *Banderas y Divisas usadas en Venezuela*.

Es una extensa é interesante noticia estadística é histórica acerca de las banderas, escarapelas y divisas usadas por los gobiernos ó los movimientos políticos habidos en Venezuela, desde los tiempos de la Colonia hasta el día de hoy.

Cierra el libro una nota y relación de los estandartes, pabellones y banderas históricas que se conservan en esta capital y en la República.

Quedamos agradecidos al general Landaeta Rosales.

NOTA TRISTE

Ya ni siquiera es sobre las cimas que ha hecho altas la vida, con la acumulación de sus fatigosos días, sobre las que cae el filo de la segur para abatirlas. Existencias como de niños, renuevos de otras, por cuyas fibras circulaban los jugos vigorizantes de tantas promesas dichosas y tantas esperanzas risueñas, al asomar apenas sus brotes por estos días y este campo de exterminio, son alcanzados por la hoz segadora. Adolescente, casi niño, ha caído en la sima profunda el joven JULIO ESCOBAR LLAMAZAS, á cuya familia y deudos enviamos la expresión de nuestra condolencia.

BRONCES Y FILIGRANAS

Con este título hemos recibido un folleto impreso en Ciudad Bolívar, contenido de algunas poesías del conocido vate nacional J. M. Agosto Méndez.

El autor nos envía sus versos con una deferente dedicatoria, por la cual le quedamos reconocidos, así como por la que especialmente nos hace en el libro de la serie de composiciones que traen por título general: *Del Quo vadis?* y por subtítulos: *En el triclinio, Ligia, Del Coliseo, Ave, Caesar!, Incendio de Roma y Muerte de Petronio.*

SEÑOR GODOFREDO MALLORY

A pesar de que se consuma por un decreto ineluctable—que alcanza desde el infusorio hasta el astro,—habrá siempre en la terrible sencillez de la muerte algo de inexpresablemente sombrío y pavoroso.

Una súbita impresión de estupor sobrecogió estos últimos días los ánimos mejor prevenidos,—por las disciplinas del análisis,—contra las sorpresas de esta otra función de la eterna Vida, al saberse el fallecimiento del señor GODOFREDO MALLORY.

Un asomo de las perpetuas cuestiones relativas á la justicia inexcrutable y al destino humano, se vino á la mente de los que, como el fenecido, pertenecen al grupo de los habituados á las altísimas zozobras del pensamiento y á los profundos arcanos del sér.

Difícilmente consolarían, las metafísicas más elevadas ni las invocaciones misteriosas más augustas, de que al cruzar por los espacios de la vida alguno de sus dardos enemigos, tropieze contra uno de estos corazones que la familia, la sociedad y la patria, el afecto, el honor y la justicia, reclamaban y necesitaban que continuase palpitando hasta un día más apartado de aquel en que tuvieron el encuentro siniestro con la veleidada homicida de la interminable batalla.

MALLORY era joven; jefe único de una familia numerosa, para quien él hallaba pocas las horas de su solicitud y la vigilia de todas sus horas; provisto de una bella cultura de espíritu y de inteligencia, escritor de fáciles recursos y de presta habilidad para la observación social y para los secretos prestigiosos del diario.

Como trabajador, una actividad incansable; como hombre, un gran corazón, sabio de bondad, ignorante de insanias.

Uno solo, formidable é invicto, fué su adversario tenáz: la pobreza. Con él riñó toda la infinita pelea; contra él no más esgrimió las armas, siempre egregias en el duelo, de su infatigable actividad, de su talento amable, de su hermosa resignación humana, sin un gesto de cansancio, sin un suspiro de desaliento, sin una queja de vencido: con él solo rodó abrazado á la sima....

¿Quién, ni qué, explicaría jamás por qué hombre semejante no mereció que su frente fuese hallada espaciosa y buena para que la circundasen coronas victoriosas que ostentan muchos de los que envilecen la vida y degradan su altitud?

La prensa venezolana ha vestido fúnebres crespones por esta muerte; y la familia y deudos de MALLORY pueden creer en la sinceridad de los sentimientos de condolencia con que participamos de su aflicción.

DOCTOR MANUEL MARIA PONTE

Repentinamente, en momentos en que recibía en sus salones á una parte de sus distinguidas y numerosas relaciones sociales, falleció en esta capital el reputado facultativo y apreciado caballero cuyo nombre fué ventajosamente conocido en el mundo científico durante largos años de brillante práctica profesional, de provechosos estudios y de benéfico ejercicio de su ciencia y su misión.

Pertenecía el DOCTOR PONTE á una de nuestras más honorables familias; había

empleado los mejores años de su vida en proveerse de un poderoso caudal de ilustración y de ciencia; y el resto de sus días lo ocupó en sabias investigaciones que le proporcionaron eficaces recursos terapéuticos para combatir y vencer dolencias especiales en cuyo tratamiento ganó una sólida é incontestable reputación; viajó por diversos países europeos y americanos, en provecho de sus vastos conocimientos y de la agena aflicción; su nombre figuró entre personalidades de nota de varias asociaciones científicas extranjeras y dejó enriquecida la ciencia de curar con eficaces productos de su labor y de sus estudios.

Ha bajado á la tumba como un benemérito de la ciencia, como un legionario del bien; nunca suficientemente llorado por el afecto de los suyos, lamentado en justicia por el aprecio social, y dejando en duelo á la patria que le tuvo entre sus hijos excelentes y entre sus ornatos de orgullo.

Acompañamos con toda sinceridad á la familia á quien hoy abate esta irreparable desgracia.

## NUESTROS GRABADOS

### Ofelia

ESCULTURA DE D. PUECH

Sería inútil y pretencioso hacer á nuestros lectores una recomendación del mármol que representa una nueva concepción de la infable Ofelia.

Cada quién lleva en el alma y en el pecho la leyenda, que rima melancólicas ternezas, de la eterna amada, fugitiva de la vida que la repugna en su rudeza, por dulce y suave, extranjera de los burdos apetitos, gemela de las estrellas, que coronada de flores, cae en el único sepulcro digno de sus hermanas: la luz de los cielos en amor y el aroma de las corolas arrulladas en la ribera.

### Carruaje de gala de Napoleón I

Aquel gran soldado nacido Majestad, fue el último vástago de la progenie casi mitológica cuyos primogénitos, Alejandro, César, pasaron por la tierra. Vino á recoger lo que de excelstitud habian ellos olvidado enseñar á las últimas generaciones de hombres, cuando comenzaba á erocer la actual población ciudadana, burguesa, del planeta.

En todos los detalles de su vida y de su imperio, él hace una reviviscencia esplendorosa de los detalles de la grandeza antigua. Los romanos inventaron el carro triunfal, para que en él entraran victoriosos á la ciudad cesárea aquellos generales, sin descendencia en los siglos y en los países, que, salidos procónsules de las provincias ya integradas al organismo imperial, regresaban *Imperatores* de los últimos confines de la tierra, después de haber vencido millones de soldados intrépidos, tomado millares de ciudades, sojuzgado centenares de naciones y esclavizado columnas enteras de adustos capitanes y poderosos reyes.

El Renacimiento quiso, en sus resurrecciones, restablecer la señorial costumbre triunfal de Roma soberbia, y destinó un carro especial para el héroe de las grandes solemnidades ó el principal personaje de las grandes fiestas, remediando el antiguo carro griego en el que los atenienses conducían al Partenón el *peplos* de Atena.

Los soberanos de la monarquía francesa tuvieron los suyos y la costumbre fue seguida por todas las cortes á donde alcanzó la influencia deslumbradora del Rey-Sol.

Napoleón hizo constar el fastuoso ornamento entre los magníficos de su Imperio, testimonio distintivo de la personalidad imperante de aquel hombre incomparable, como lo fueron las águilas de los estandartes de la Grande-Armée y de la Guardia, las abejas de oro del manto, la *N* solitaria y dominadora, el sombrero elástico de Marengo y el épico redingote.

Su carruaje fue triunfal como el de los generales romanos; circuido de prestigio quasi religioso como el de Atena; sobrecargado de preseas pomposas como las del Renacimiento: tallado en madera preciosa, sellado con columnas esculpidas, timbrado de oro, empenachado con lujosos pompones, tapizado de brocados y de ricas estofas, corrido de guirnaldas, resplandecientes vidrieras y tisús de oro; paramentado como para que fuese en él dignamente, en las grandes solemnidades, el hombre cuyo cejebro fue capaz para contener un mundo de dominio, el general cuya autoridad fue capaz de galvanizar cuatro millones de soldados, el capitán coronado cuyo brazo fue bastante fuerte para contener la energía rebelde de veinte y dos naciones, ó subyadas ó combatidas.

### Scala gigante

Los poderíos de la tierra, por opresores que hayan sido, parece que no pesen tanto sobre la desdicha de los pueblos que los han sufrido, cuando se revisten de cierto esplendor grandioso y magnífico. La soberbia humana se hace perdonable y como simpática, cuando en sus manifestaciones revela una constante y gigantesca aspiración á lo alto, á lo sublime, á lo maravilloso. Las piedras de los monumentos impercederos que se alzan levantando un himno al poder, al fausto, á la ostentación, han gravitado sobre los flácidos hombros del esclavo, están humedecidas por el llanto y por la sangre de la multitud en servidumbre, oprimen osamenta de parias, delatan crímenes y denuncian villanías; y, sin embargo, su contemplación no sugiere ninguno de los recuerdos de oprobio que las sellan, ni suscitan ninguno de los sentimientos de rebeldía que reclama la inevitable retaliación. Ninguno de nuestros lectores, al contemplar el grabado á que estas líneas se refiere, detendría sus meditaciones ni las haría motivo de protesta, al recordar que esta escalera prodigiosa es el acceso principal al interior de aquel terrible Palacio Ducal, epopeya perennal del señorío veneciano, cantora siniestra de una grande infamia de los tiempos antes que de los hombres. Y es, sin embargo, esa escala la que ha conducido ejércitos de mártires ignorados á aquellos departamentos de la Señoría, llenos de misterios pavorosos, que la historia y el destino conocen con los nombres de Consejo de los Diez, las Prisiones, la Sala del Tormento, la Horea y el Puente de los Suspiros.

El arte y la admiración saben solamente que esa escalera deriva su nombre de las dos estatuas colosales de Marte y de Neptuno que petrifican en su cima la leyenda de los dioses de la guerra y de las ondas; que ella resplandece de luz reflejada sobre mármoles riquísimos y de hermosura aprendida en los misterios de las acrópolis griegas; que domina todo el espectáculo laberíntico del palacio de los Duxs, y que su meseta lleva el perpetuo honor de que en ella se celebraba la ceremonia de la coronación de los soberanos de la ciudad conquistadora.

### La Venus de Canova

Dos vistas de esta obra célebre ofrecemos en este número. Una es la cabeza y la otra el dorso de la famosa estatua.

Fue ejecutada por Canova, siguiéndose por la actitud de la Venus de Praxiteles; y si á éste lo inspiró Friné, hasta el punto de que un adorador enloquecido pidió el mármol en matrimonio á los habitantes de Cnido, la de Canova fue también inspirada por otra mujer bellísima, de familia imperial, la admirable Paulina Bonaparte, la princesa Borghese, cuyo talento y cuya belleza hicieron imperecederos los encantadores recuerdos de su Corte de Neuilly.

### Vistas de Suiza

En ediciones de los años anteriores dimos comienzo á una serie de vistas de la Confederación Helvética, las cuales continuamos en el presente número.

Son paisajes, panoramas, aspectos de los lagos, de las montañas, de las ciudades de uno de los países más pintorescos de la tierra, políticamente uno de los pueblos mejor organizados, é históricamente una de las naciones más interesantes por los sucesos de orden trascendentalísimo que en ella se han efectuado.

Acaso en ninguno de los lugares de belleza y opulencia natural de Europa, hallen los viajeros mayor suma de sorpresas magníficas y de espectáculos tan variados como por la tierra helvética, tanto en su interior montañoso y abrupto, como en sus fronteras con la Francia, con Alemania y con Italia.

Los valles son abismos de verdura y de luz; los caminos son senderos hacia eminencias que ciegan con el perpétuo espejo de sus cimas encasquetadas de hielo eterno; todo ruído tiene eco múltiple de batallas por los repechos y por entre las quiebras; los lampos de la nieve y el azul de los lagos compiten con los resplandores y el esmalte de los cielos.

Las vistas que ofrecemos son: la del lago y cuenca de Flüela, el muelle de Lucerna y el lago de Lausana.

### Aguador

Para hacer *pendant* á la fotografía del señor Soto, publicada en uno de nuestros números anteriores, reproducimos otra que tiene por asunto el mismo tipo popular del aguador, en la capital del Zulia.

Tienen todas estas vistas de tipos populares, costumbres y escenas nacionales, un interés sociológico y etnológico que no será, sin duda, desdeñado por todos aquellos á quienes importe un estudio y observación exactos de nuestro actual estado; y á ese título las ofrecemos en especial á los estudiosos y observadores que se preocupen de nuestro momento psicológico é histórico.

### DE KEMPIS

#### DE LA PRIVACION DE TODO CONSUELO

No es grave cosa despreciar el consuelo humano, cuando tenemos el divino.

Gran cosa es, y muy grande, saber estar privado de consuelo divino y humano, y querer sufrir gustosamente desamparo de corazón por la honra de Dios, y no buscarse á sí mismo en cosa alguna, ni atender al propio merecimiento.

¿Qué tiene de admirable que estés alegre y seas devoto cuando viene la gracia?

Esta hora todos la desean.

Muy suavemente camina aquel á quien conduce la gracia de Dios.

Y ¿qué maravilla, si no siente carga el que es conducido por el Omnipotente, y guiado por el supremo Conductor?

2º Gustosamente tomamos cualquier cosa por consuelo, y con dificultad se desnuda el hombre de sí mismo.

El santo mártir Lorenzo venció al mundo y aun el afecto á su obispo, porque despreció todo lo que en el mundo parecía deleitable, y llevó con paciencia, por amor de Cristo, su separación de Sixto, sumo sacerdote de Dios, á quien amaba entrañablemente.

Pues con el amor del Criador venció el amor del hombre, y en lugar del humano consuelo, prefirió el beneplácito divino.

Así, aprende tú también á dejar por amor de Dios algún deudo y querido amigo.

Ni te aflijas mucho cuando tu amigo te abandona, sabiendo que es necesario que nos separemos al fin unos de otros.

3º Mucho y de continuo conviene que el hombre pelee consigo mismo, antes que sepa vencerse del todo, y poner en Dios todo su afecto.

Cuando el hombre pone su confianza en sí mismo, fácilmente se desliza á las consolaciones humanas.

Mas el verdadero amador de Cristo y cuidadoso imitador de sus virtudes no se arroja á las consolaciones, ni busca dulzuras sensibles; antes bien, procura hacer ejercicios de fortaleza y sufrir duros trabajos por Cristo.

4º Así, pues, cuando Dios te diere la consolación espiritual, recibela con hacimiento de gracias; más entiendo que es dón de Dios y no merecimiento tuyo.

No te engrías por ello, ni te alegres demasiado, ni presumas vanamente; antes bien, sé más humilde por el dón recibido, y más cauto y timorato en todas tus acciones; porque pasará aquella hora, y seguirá la tentación.

Cuando te fuere quitado el consuelo, no desesperes desde luego; sino espera, con humildad y paciencia, la visitación celestial; porque Dios es poderoso para volverte á dar mucha mayor consolación.

Esto no es cosa nueva ni extraña para los experimentados en el camino de Dios; porque en los grandes Santos y antiguos Profetas acaeció muchas veces semejante alternativa.

5º Por esto uno de ellos, sintiendo la presencia de la gracia, decía: *En medio de mi prosperidad había yo dicho: No experimentaré nunca jamás mudanza alguna (Ps. XXIX, 7).*

Ausente empero la gracia, añádele lo que experimentó en sí mismo, diciendo: *Apartaste de mí tu rostro, y al instante fuí trastornado (Ibid. 8).*

En este estado, lejos de desesperar, ruega á Dios con más instancia, y dice: *A tí, oh Señor, clamaré; y á tí, Dios mío, dirigiré mis plegarias (Ibid. 9).*

Finalmente alcanza el fruto de su oración, y atestigua que fue oído, diciendo: *Oyóme el Señor y apiadóse de mí: declaróse el Señor protector mío (Ibid. 11).*

*Más ¿en qué? Trocaste, dice, mi llanto en regocijo, y me revestiste de gozo (Ibid. 12).*

Si esto sucedió con los grandes Santos, no debemos desesperar nosotros, débiles y pobres, si unas veces estamos fervorosos y otras fríos; porque el espíritu viene y se va, según el beneplácito de su voluntad.

Por eso dice el bienaventurado Job: *Visitaste al rayar el alba, y de repente le atribulas (VII, 18).*

6º Pues ¿en qué puedo esperar, ó en quién debo poner mi confianza, sino en la sola gran misericordia de Dios, y en la sola esperanza de la gracia celestial?

Porque, ya sea que esté rodeado de hom-

bres buenos ó de hermanos devotos, ó de amigos fieles; ya que lea libros santos ó tratados excelentes; ya que entone dulces cánticos é himnos; todo esto me aprovecha y agrada poco, cuando estoy desamparado de la gracia, y dejado en mi propia pobreza.

Entonces no hay para mí mejor remedio que la paciencia y la conformidad con la voluntad de Dios.

7º Jamás encontré ninguno tan religioso y devoto, que alguna vez no tuviese intermisión de la gracia, y no sintiese disminución del fervor.

Ningún Santo fue tan altamente arrebatado y alumbado, que antes ó después no haya sido tentado.

No es, pues, digno de la sublime contemplación de Dios, el que por Dios no ha sido ejercitado en alguna tribulación.

Porque puede ser la tentación precedente señal de que vendrá el consuelo.

Porque á los probados en la tentación es prometido el consuelo celestial. *Al que venciere, dice el Señor, yo le daré á comer del árbol de la vida (Apoc. II, 7).*

8º Dase también la consolación divina, para que el hombre sea más fuerte en sufrir las adversidades.

Y también le sigue la tentación, para que no se ensorberzca del bien.

El demonio no duerme, ni la carne está aún muerta; por tanto, no ceses de aparejarte para el combate; porque á la diestra y á la siniestra están los enemigos, que nunca descansan.

## PRINCIPIOS DE MORAL

POR RAFAEL MONTORO

### EDUCACIÓN FÍSICA

Tiene el hombre deberes para consigo mismo. Cuidar de la salud, aseo y desarrollo del cuerpo, es un deber; porque sólo así podemos capacitarnos para el pleno desenvolvimiento de nuestras facultades.

*Mens sana in corpore sano*, dijo la sabia antigüedad por boca de Juvenal, el célebre satírico y observador penetrante de las flaquezas del siglo.

La robustez, la fortaleza, el normal ejercicio de los órganos, permiten al hombre aspirar al cumplimiento de todos sus fines morales y racionales, en la Familia, en la Escuela, en la Sociedad y en el Estado. El hombre débil, enteco y enfermizo,—aunque su voluntad sea enérgica y vigorosa,—no puede atender como quisiera á los deberes familiares y á los sociales; menos todavía á los grandes sacrificios que, en ocasiones supremas, demanda de los ciudadanos el Estado.

La educación física es la primera condición del bienestar individual y de la fuerza de las naciones.

### EL INSTINTO DE CONSERVACIÓN

El instinto de conservación es necesario en todos los seres vivos; pero el hombre no puede obedecerle en absoluto, sin perder á veces el sentimiento de su respetabilidad y desatender sus más sagradas obligaciones.

*El que busca el peligro, en él perece*, enseña la sabiduría; pero quien á todo trance huye de él, á riesgo de abandonar y sacrificar los objetos más venerandos, los seres queridos, la defensa de los

derechos del hombre, la honra nacional, incurre en despreciable egoísmo.

*Ni temeridad ni flaqueza; reflexiva entereza, y noble desinterés:* he aquí lo que demandan el sentimiento de la dignidad del hombre y el de la defensa social.

#### EL SUICIDIO

El *suicidio* es la muerte voluntaria, determinada por el egoísmo, la desesperación, la exaltación de las pasiones; ó bien por la debilidad ó falta de entereza para soportar la miseria ó las grandes contrariedades de la vida.

El deber que tenemos de velar por la *conservación de la salud* y de nuestras fuerzas,—dice Franck—exige á la vez, y aún más imperiosamente, la *conservación de la vida*; de donde se desprende que el suicidio es una violación de las leyes morales, un crimen, lo mismo para con la sociedad que para con uno mismo.

#### EDUCACIÓN MORAL

Debe el hombre velar escrupulosamente por su decoro y dignidad, procurando amoldar su conducta, en lo público y en lo privado, á los preceptos de la razón y de la prudencia. No es necesario, seguramente, ahogar la natural aspiración al bienestar y á la felicidad material que todos los hombres sienten; pero importa, sí, contenerla dentro de los límites de la reflexión y la templanza. La desapoderada afición á los placeres materiales degrada y envilece al sujeto; la discreta satisfacción de las necesidades de nuestra naturaleza, es, en cambio, un deber elemental.

Las *pasiones* no pueden ni deben condenarse indistintamente: las hay dignas de loa, como la generosa devoción á la familia y á la patria, el amor honesto, la amistad, la noble ambición del saber y de la gloria; pero si no se contienen y regulan, perturban el conocimiento y hacen imposible el orden en la familia y en la sociedad.

Llevadas al extremo, las *pasiones* son la perdición y la desgracia de muchos hombres. Aplicadas á objetos nobles y grandes, pueden ser y han sido, en ocasiones, fecundas en heroicas hazañas y en gloriosos empeños. Pero encaminadas á fines egoístas y bajos, como acontece de ordinario, ó estimuladas por sentimientos viles y despreciables, son las pasiones raíces poderosas del vicio y de la delincuencia.

#### NECESIDAD DEL TRABAJO

El esfuerzo continuado y útil, el *trabajo*, es el primer deber del hombre, que debe disciplinar su inteligencia y su voluntad para el mejor cumplimiento de su destino. El trabajo ennoblece, purifica, regenera. Sin el trabajo, no hay *independencia personal*, seguridad, decoro, cultura ni progreso: *Labor omnia vincit*. El trabajo todo lo vence.

#### EDUCACIÓN INTELECTUAL

Cada hombre tiene particulares aptitudes que debe cultivar con esmero.

#### EL HOMBRE ES UN SÉR SOCIABLE

*El hombre es un sér sociable*; no es posible concebirle sino en sociedad, por rudimentaria que ésta sea. Ligado con

sus semejantes por un sistema de deberes y derechos recíprocos, en todas las esferas de desenvolvimiento en que le observemos, se nos mostrará como un sér llamado á cumplir deberes para con los demás.

#### PRINCIPALES DEBERES PARA CON NUESTROS SEMEJANTES

Nuestros semejantes tienen el mismo derecho que nosotros á la vida, á la consideración pública, al perfeccionamiento, á la libertad y á la propiedad. Si estos no fueran respetables y sagrados en ellos, tampoco lo serían en nosotros mismos.

Debemos abstenernos, por lo tanto, de atentar á la seguridad ajena, al reposo de los demás, al respeto que se les debe en sus personas, en sus bienes ó en sus legítimas aspiraciones, coartando ó entorpeciendo el uso que hagan de su actividad. La Ley se limita á exigirnos esa abstención; la Moral nos exige mucho más: que, en cuanto de nosotros dependa, procuremos librar á nuestros semejantes de los peligros en que los veamos, y les prestemos toda la ayuda que esté á nuestro alcance, ejerciendo, por nuestra propia cuenta, la caridad y la beneficencia, ó asociándonos á otros para realizar obras benéficas de mayor importancia y amplitud.

#### LA HIPOGRESÍA

La *intención*, la verdadera disposición del ánimo, es lo que á la Moral importa: no las vanas apariencias propias de los que encubren sus designios con el manto de la *hipocresía: sepulcros blanqueados*, como los llamó Jesucristo. No basta parecer bueno: es preciso serlo en espíritu y verdad.

#### LA MENTIRA Y LA CALUMNIA

Uno de los más recomendables deberes del hombre para con sus semejantes es el no atentar á su dignidad con la *mentira*, ni perjudicar su reputación con la *calumnia* y el descrédito.

#### RESPECTO Á LA PROPIEDAD

Igualmente hemos de respetar y aun de favorecer, cuando á ello nos viésemos llamados, los bienes ajenos y el fruto del ajeno trabajo. La *propiedad* es el complemento natural de la personalidad humana; mediante esa institución de todos los tiempos y de todos los países civilizados, se exterioriza nuestra personalidad en las cosas, y las hacemos servir á la obra de nuestro destino.

La actividad del hombre tiene por objeto mejorar y elevar su condición. Merced á esa actividad, á ese trabajo, tiende á emanciparse de las más duras necesidades de la vida, á desarrollar sus facultades superiores, elevándose á la investigación de la verdad y á la realización del bien y de la belleza. La familia tiene su asiento más sólido en la propiedad, en el goce de los bienes destinados á su sostenimiento, bajo la autoridad del padre. Este se afana, no sólo para sí, sino también para sus hijos; y al esforzarse por dotar á éstos de las comodidades, independencia y cultura mayores que proporcionarles puede, coadyuva al bien general de la sociedad. El progreso no sería posible, sin las acumulaciones de riqueza que permiten emprender y llevar á cabo adelantos de importancia en todas las esferas.

## El Factor más Importante.

La Naturaleza ha dotado al aceite de hígado de bacalao como el factor más importante de la reconstitución del organismo humano. El arte de Scott & Bowne ha perfeccionado la obra de la Naturaleza enriqueciendo las admirables propiedades del aceite, haciéndolo

### Emulsión de Scott

de Aceite de Hígado de  
Bacalao con Hipofosfitos  
de Cal y de Sosa.

agradable, digerible y asimilable y completando su benéfica acción con el agregado de los hipofosfitos.

Siempre que el organismo esté debilitado, así como en su padecimiento resultante, la neurastenia y en el crecimiento y desarrollo lento y dificultoso de los niños, como en la convalecencia de casi todas las enfermedades, acúdase á la verdadera y legítima Emulsión de Scott, con toda confianza.

De venta en todas partes.

SCOTT & BOWNE, Químicos, New York.

10 A

**Doble manifestación.**—Y dos veces respetable es la siguiente firmada por los Dres. José I. Cardozo y José Enrique Cardozo, de Caracas:

“Hace mucho tiempo que en nuestra práctica profesional venimos usando la preparación conocida con el nombre de Emulsión de Scott, y en obsequio de la verdad tenemos el gusto de confesar que siempre hemos quedado satisfechos de los buenos resultados alcanzados con su aplicación, sobre todo como un gran vigorizador de los niños”.

# J. ROVERSI - ESTADOS UNIDOS DE VENEZUELA - CARACAS

De la Palma á S. Pablo N. 22-Teléfono N. 2159

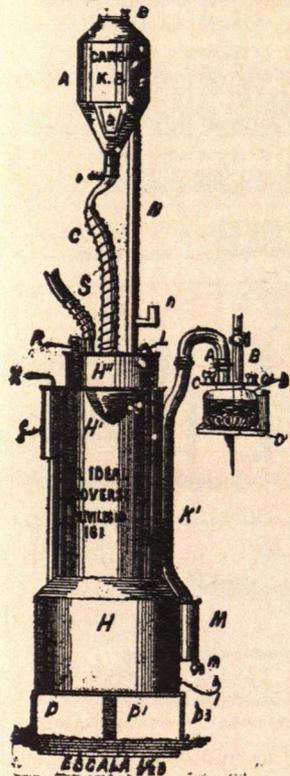
TELEGRAMAS: ROVERSI - CARACAS

### Departamento Acetileno

Aparatos sistema Roversi—Carburo de calcio de 7 á 12 el quintal de 100 lbs. según condiciones—Quemadores Bansen, Hornallas, lámparas, tuberías y accesorios de todas clases, instalaciones completas.—EL IDEAL á caída de carburo en el agua.—Privilegio N. 161.

### Departamento Mármoles

Nuevo surtido de mármoles artísticos y económicos—Referencias: Nuestros numerosos trabajos en el Cementerio del Sur de Caracas.



Referencias: Gran Ferrocarril de Venezuela—Ministro de España—General Bello—Faro de Puerto Cabello—Dr. Conde Flores—Dr. Lacavalerie—Ing. M. Pérez—Hotel León de Oro—Familia Rodríguez—Tipografía Vidal—Marmolería Roversi—Panadería Solís—General Quintero—Dr. Jávero Saádivia—Moutemayor, etc.

Más de 30 son los aparatos colocados  
Carga de k 1 á k 50 — Valor: de \$ 10 á \$ 250

### Varia

El metereólogo alemán M. Eydam ha venido á sacarnos del error en que estábamos muchos al suponer que el ruido que se oye acercando el oído á los postes del telégrafo era simplemente debido á la vibración de los alambres por obra de los vientos.

M. Eydam afirma que los hilos pueden vibrar en plena calma ó permanecer silenciosos en medio de un vendaval violento. Y añade que ese ruido anuncia siempre el mal tiempo, que llegará en dos días cuando el sonido sea grave y en unas horas cuando sea agudo.

Otro sabio alemán, el profesor Laska, ha buscado á esta teoría explicación científica.

Dice que siendo siempre el mal tiempo consecuencia de una depresión borométrica, produce en la tierra las vibraciones que se llaman «agitación sísmica» y que los hilos del telégrafo trasladan á cientos de kilómetros.

Francisco Colzi, una de las celebridades médicas de Italia, considerado como uno de los más hábiles operadores de su país, acaba de morir á consecuencia de una operación.

Días pasados verificábase en el parque Cascine un concurso de tiro de pichón. El doctor Colzi era de la partida. De improviso, un disparo mal dirigido hirió á Colzi en un brazo.

Con la mayor sangre fría el herido pidió una cuerda y practicó la ligadura del brazo para evitar la hemorragia.

Conducido al Hospital de Santa María

Nuova, dijo, dirigiéndose á sus amigos, que examinaban la herida:

«Es inútil hacerse ilusiones. Por desgracia, hay necesidad de llevar á cabo la amputación.»

El mismo dirigió á los operadores; pero después de cuatro días de agudísimo sufrimiento, se comprendió que no había salvación posible.

Contaba sólo cuarenta y ocho años, y se calcula que, durante el ejercicio de su profesión, había hecho unas 10.000 operaciones.

La primera cosa que los chinos examinan al tratar de casarse, es la igualdad de situación.

Otro objeto al que no dan menos importancia es el horóscopo de los futuros esposos, al que llaman los «ocho caracteres.»

Representan éstos el año, el mes, el día y la hora de ambos contrayentes.

Cuando todos están de acuerdo, el futuro esposo envía sus regalos á su prometida, la cual no aporta al matrimonio ni regalos ni dote.

El día de la boda

se elige cuidadosamente, procurando que coincida con alguna fecha memorable.

La primavera es la época preferida para el matrimonio, y la primera luna del año chino la más propicia para la consumación del sacrificio.

Esta época corresponde á nuestro mes de febrero.

Algún tiempo antes de la boda el novio se encasqueta solemnemente un gorro especial y toma un mote.

La novia recoge su pelo, que hasta entonces llevaba en trenzas, y los amigos del novio la envían regalos de todas clases, entre los cuales figuran patos vivos, embienda de la concordia que debe reinar en el hogar.

### Facecias de buen tono

Un literato desprecia de tal modo al público, que escribe, para el público, cosas que desprecia él mismo.

Para poder juzgar imparcialmente de un libro, tratad de cortaros las uñas, leyéndolo.—Si no podéis hacerlo, el libro es bueno; y si por fortuna os hacéis un piquete ó herida, el libro es excelente.

—«Me acuerdo que refiere Platón en cierta obra,» decíame un gran colega mío.

Mírolo yo como atónito; pero mi estupendo colega, agrega:

—Tranquilízate, querido.—Yo nunca leo á Platón.—He tomado esta frase en Caro, quien á su vez, la tomó de Voltaire, que las hacía de todos tamaños y palabras.—Y de la misma manera procedo con las sentencias ó máximas: cuando no sé de donde vienen, digo que son árabes!

### Multimillonarios de la antigüedad

Apicio gastaba en comida 13.200.000 bolívares.

Esopio pagó por un solo plato 2.600.000 bolívares.

Calígula gastó en una cena la misma suma. Heligábalo gastó en una comida 660.000 bolívares.

Lúculo pagó más de una vez esta misma cantidad por un almuerzo.

El filósofo Séneca tenía una fortuna de 82.500.000 bolívares.

Léntulo, el adivino, poseía 108.900.000 bolívares.

Antes de desempeñar ningún cargo oficial, César debía una fortuna que no bajaba de 66.000.000 de bolívares.

Tiberio dejó á su muerte 766.425.000 bolívares, que Calígula derrochó en menos de diez meses.

Creso poseía terrenos por valor de 52.800.000 bolívares, además de una inmensa fortuna en dinero, esclavos y otros bienes.

Antonio debía 9.900.000 bolívares en los idus de Marzo, pero las pagó en las calendas de Abril, aunque al mismo tiempo derrochaba 485.100.000 bolívares del tesoro público.

### La curación de la fiebre tifoidea

DESCUBRIMIENTO DE SU TOXINA.—LA VACUNA PARA CURAR Y PARA IMPEDIR LA TERRIBLE ENFERMEDAD

Honda sensación ha producido en Londres una Memoria que el famoso Lord Lister ha transmitido á la Royal Society y que acababa de serle entregada por el doctor Macfayden, director del Instituto General de Medicina Preventiva.

El doctor Macfayden es uno de los más eminentes bacteriólogos de Europa, y ha estado experimentando recientemente con las celdas microscópicas del bacilo de la fiebre tifoidea.

Inclínase á creer que en esas celdas debe encerrarse el secreto de la curación de tan

## POSTALES EL COJO ILUSTRADO

Colección artística de tarjetas postales ilustradas con vistas fotográficas de Venezuela: panoramas, monumentos, paisajes, calles, edificios, etc; cuadros de pintores venezolanos, sucesos de actualidad, tipos de raza, etc.

En las impresas hasta hoy hay 54 variantes, y están á la venta al precio de

4 ejemplares por B. 0,50

Precio por mayor (mínimum 100 piezas) á B. 10 el ciento.

Se atienden órdenes por correo, previo el abono de su valor, más B. 0,25 para el franqueo.



#### Propiedades del Avena-Cacao

El **Avena-Cacao** fabricado por los señores **Fullie & Ca.** marca **La India**, es un producto inmejorable é indispensable para todas las familias, es el mejor alimento para sanos y enfermos y un seguro preservativo contra las afecciones del estómago y del intestino, tan frecuentes y fatales en estos países tropicales. Es un producto cuidadosamente elaborado por medio de procedimientos científicos y que por su afortunada combinación de la flor de Avena con nuestro tan acreditado Cacao de Chuao y Ocumare, ha dado los mejores resultados como un alimento sano y completo, lo que certifican las recomendaciones de los mejores médicos de Caracas.

El **Avena-Cacao** marca **La India**, se vende en cajitas de 20 cubos ó sean veinte tazas grandes de esta sabrosa bebida. Su valor 4 reales.

LA

## Phosphadine Fullie

es un alimento completo  
DE FACIL DIGESTION  
para todas las edades de la vida

Producto recomendado por los  
primeros facultativos de Europa y de las Américas

Alimentación natural de los niños  
Nutrición de los convalecientes  
En el raquitismo y en la anemia  
Embarazos y dentición  
En las diarreas y afecciones intestinales

Precio en toda Venezuela:  
Pote grande Bs. 2,50  
Id pequeño " 1,50

## PHOSPHADINE FULLIE

es el alimento indispensable para niños, ancianos y enfermos  
De venta en los principales establecimientos de la República

## MAIZ-ORIZA



## CONDE H<sup>nos.</sup>

Es la mejor harina de maíz y arroz. Su feliz combinación la hace superior á las Maizenas conocidas.

Para postres, cremas y atoles, no admite competencia, y para el aplanchado de la ropa no tiene rival.

DE VENTA: Al detal en todas partes y al mayor en los principales almacenes y boticas de la capital.

Marrón al Dr. Paúl, N° 6, Caracas.—Teléfonos Ns. 1.022 y 1.023.

Conde Hermanos.

Agente General,

Carlos Orta Ibarra.

terrible enfermedad, porque es sabido que si los bacilos no encuentran alimentos frescos y nuevo medio ambiente, los jugos que expelen obran como veneno aun sobre ellos mismos, lo mismo que el aire ya respirado por un sér humano obra como veneno sobre el sistema cuando se le vuelve á respirar.

Fundándose en esa teoría, el doctor Macfayden empezó sus experimentos. Le era fácil obtener bacilos de la fiebre tifoidea, porque se les multiplica indefinidamente; pero el problema era descubrir la manera de extraer los jugos que hay entre las celdas del bacilo y utilizarlos para envenenar con ellos al germen de la enfermedad.

Ensayó varios sistemas para lograr su objeto; pero como no quería matar á los bacilos con ninguna sustancia química que entorpeciera las futuras operaciones, el problema que se había propuesto era bastante difícil de resolver. Por último, decidió utilizar el aire líquido. En él ha helado á las bacterias de la tifoidea, con lo cual consiguió pulverizar ésta, porque los bacilos congelados se ponen sumamente quebradizos. Metía en un mortero algunos miles de bacilos de tifoidea, los congelaba con aire líquido, y luego los molía por procedimientos puramente mecánicos.

Hecha esta operación los dejaba que se calentaran otra vez, pero las bacterias habían muerto ya, y el doctor había conseguido su objeto: extraer los jugos que hay entre las celdas de los bacilos de la tifoidea sin alterar sus cualidades químicas.

Así consiguió el investigador una sustancia que, aunque muerta é incapaz de producir, por lo tanto, la fiebre tifoidea, mantenía la suficiente vida química para constituir un veneno mortal para los bacilos tifoideos.

Había que probar si efectivamente aquella sustancia era venenosa para los bacilos. El

doctor Macfayden experimentó ininidad de veces en multitud de animales. En esas pruebas comprobó que inyectando la sustancia dicha en dosis pequeñas y frecuentes á un animal vivo, el suero de la sangre de éste se convertía en poderosa antitoxina. Los conejos de Indias tratados así se quedan inmunes contra todas las bacterias vivas de la tifoidea. Es decir, el doctor ha encontrado la antitoxina del bacilo de la tifoidea, ó sea el veneno que mata al veneno tifoideo en el organismo humano.

El procedimiento por el cual se fabricará el suero antitifoideo será parecido al que se sigue en la elaboración de la antitoxina contra la difteria, ó sea utilizando sangre de animales á los cuales se haya hecho inmunes con inyecciones de esos jugos del bacilo tifoideo que son venenosos para las bacterias vivas.

En la Memoria presentada á la Royal Society, el doctor afirma que su suero no sólo sirve para curar la fiebre tifoidea, sino también para impedir que las personas expuestas á la infección cojan la enfermedad. Ciertamente harán falta muchos más experimentos para probar esto de un modo definitivo; pero desde luego la persona del doctor Macfayden constituye una garantía de primer orden, porque su autoridad es reconocida en toda Europa, y sus anteriores investigaciones son las que le han valido el puesto de director del afamado Instituto á cuyo frente se halla.

El bacilo de la fiebre tifoidea no fue descubierto microscópicamente hasta el año 1884, en que lo encontraron Eberth y Koch. Forma unos cuerpos cortos y gruesecillos, con extremos redondos, y que frecuentemente están unidos á otros por medio de filamentos. Se mueve con mucha actividad y tiene lo que se

llaman flajelos ó latiguillos en los extremos y á los lados. Vive á la temperatura de la sangre, y come toda clase de alimento bacterial.



## AGUA DE FLORIDA CARTA BLANCA

CONTRAMARCA SIGLO XX

Hemos usado este magnífico perfume, cuyas cualidades higiénicas para el tocador y para el baño nos complacemos en recomendar.

Se encontrará en nuestra casa, á dos reales y medio el frasco, de 125 gramos.

EMPRESA EL COJO

### La plata y la tuberculosis

¿Tiene la plata la propiedad de evitar el desarrollo de los microbios en general y del que produce la tuberculosis en particular?

Así parecen demostrarlo algunos descubrimientos modernos, el del doctor Follet, por ejemplo, el cual ha observado que aislando pedacitos de patata impregnados con microbios dentro de un tubo de cristal, por medio de un hilo de plata, el cultivo no tiene resultado.

El doctor Strauss, por su parte, asegura que los microbios de la tuberculosis no pueden propagarse en recipientes de plata; y si estas no fuesen pruebas suficientes, tenemos otra en el hecho de que las heridas cosidas



**RECOMPENSA NACIONAL**  
de 16,600 fr.

Siete Medallas de ORO, etc.



*Males de Estómago, Falta de Fuerzas,  
Anemia, Calenturas, etc.*

**QUINA-LAROCHE**

EL MISMO  
**FERRUGINOSO**

**Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, etc.**  
*Linfatismo, Escrófula, Infartos de los Ganglios, etc.*  
Paris, 20 et 22, Rue Drouot, y Farmacias.

EL MISMO  
**FOSFATADO**

**VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D<sup>r</sup> FRANK**  
Purgativos, Depurativos y Antisépticos,  
Contra el **ESTREÑIMIENTO**  
y sus consecuencias.  
**JAQUECA, MALESTAR, PESADEZ GÁSTRICA**  
Sin cambiar sus costumbres ni disminuir la cantidad de alimentos, se toman con las comidas, y despiertan el apetito.  
Esjase el Rótulo adjunto en 4 Colores, impreso sobre las cajas azules metálicas y sobre sus envoltorios.  
Toda cajita de carton u otra clase, no será mas que una falsificación peligrosa  
Paris Farmacia LEROY 9 Ru<sup>a</sup> de Cléry y en TODAS LAS FARMACIAS.

EXIJAN Vds.  
sobre cada PILDORA BLANCA las palabras:  
DEHAUT A PARIS impresas en zigzag.  
Las **PILDORAS**  
Purgativas y Depurativas  
del Doctor  
**DEHAUT**  
se toman  
**al comer.**  
Ningun Regimen. No más Dieta.  
Las menos COSTOSAS  
puesto que son  
las mas activas.

APROBACIÓN DE LA ACADEMIA  
DE MEDICINA DE PARÍS

**RAQUITISMO - ANEMIA - CLOROSIS**

Exíjase el Nombre

el Sello de Garantía

**PILDORAS de BLANCARD**

al Ioduro de Hierro inalterable. 40, Rue Bonaparte, PARÍS

y la Dirección

**COLORES PÁLIDOS, ESCRÓFULAS, POBREZA DE LA SANGRE**

N. E. Los Niños y las personas que no pueden tragar Píldoras emplean el Jarabe de Blancard.

las calles por donde había de pasar la comitiva imperial, con el objeto de tomar vistas cinematográficas.

Antes de que la comitiva emprendiese la marcha, la policía prohibió que se tomasen las vistas, y todos los fotógrafos se vieron obligados a retirarse, excepto uno, que pasó desapercibido y pudo tomar casi

toda la comitiva. Cuando este hombre volvió a su casa, procedió a revelar el rollo de fotografías y, con el asombro consiguiente, entre los centenares de figuras retratadas, vió una mujer que, en vez de manifiestar entusiasmo como los demás, trataba de arrojar alguna cosa contra la carroza del Czar.

El fotógrafo corrió a comunicar su descubrimiento a la policía, que fácilmente reconoció en el retrato a una tal Theisa Akimova, esposa de un obrero de San Petersburgo que se sospechaba estaba en relación con los nihilistas. Marido y mujer fueron detenidos, y en su casa se hallaron numerosos documentos referentes al nihilismo, y un depósito de bombas y dinamita.

Un caso no tan dramático como éste, pero que demuestra igualmente la utilidad del cinematógrafo, se ha dado hace poco en Washington.

Un mecánico inventó una máquina para mondar guisantes, pero bastaba ver la máquina por fuera para comprender el mecanismo; de modo que pronto aparecieron una porción de falsificaciones. El inventor quiso llevar ante los tribunales a sus imitadores; más para demostrar que había efectivamente falsificación, era preciso hacer funcionar la máquina ante el tribunal, lo cual no era fácil, dado el tamaño y el peso considerable del aparato. Para arreglar el asunto se tomó una vista cinematográfica de la máquina funcionando, y los jueces quedaron satisfechos, resolviendo a favor del inventor.

**Arenas que cantan**

En ciertas regiones donde el suelo está cubierto de capas más ó menos espesas de arena fina y seca, esta arena, bajo la influencia del viento que arrastra las capas superficiales, produce extraños sonidos algunas veces muy intensos, que en ocasiones recuerdan los de una campana.

Esto se observa, por ejemplo, en algunos puntos de Egipto y al pie del Sinaí.

En Nubia un viajero, M. Lortet, ha presenciado tan curioso fenómeno en las arenas que separan el gran templo de Abu-Simbel del templo dedicado a la reina Nephertari. El suelo forma en este sitio una pendiente muy pronunciada, y desde lo alto del declive se deja uno resbalar sobre la arena movедiza, en la cual es fácil hundirse hasta las rodillas, provocando así la formación de remolinos, puede oírse distintamente un ruido sonoro que recuerda el de un tren lejano, ó más bien el de una dinamo funcionando.

Aun cuando la persona que hace el experimento se detenga, el ruido continúa durante algunos minutos.

La causa de estos sonidos no es aún bien conocida, pero desde luego es imposible que los ligeros choques recibidos por las partículas de arena puestas en movimiento puedan engendrar un ruido tan intenso. Lo más probable es que en las rocas sub-yacentes haya cavidades capaces de aumentar, por resonancia, la fuerza de los sonidos; sin embargo, esta es simplemente una hipótesis que no puede admitirse en definitiva hasta no tener pruebas en su favor.

**La embriaguez de los perfumes**

Casi todos los perfumes son en realidad excitantes que, cuando pasa su primer efecto, provocan en el organismo una debilidad igual a la cantidad de fuerza gastada en el momento de la excitación.

La acción de un perfume podría compararse a la del alcohol; se sabe que, sobre ciertos

con alambriillo de plata se curan más pronto que las que se cierran con cualquier otra clase de hilo, por antiséptico que sea.

En vista de esto, se comprende que el introducir plata en el organismo, por un medio cualquiera, sería muy beneficioso para el tratamiento de la tuberculosis. M. Follet ha conseguido hacerlo inyectando polvo de plata en suspensión en una solución salina.

La preparación se obtiene calentando en una cápsula un suero artificial, al cual se agrega cerca de un gramo de plata pulverizada previamente en un pequeño mortero. El todo se incorpora después a una mezcla de 60 gramos de suero artificial y 10 gramos de guayacol y eucalipto.

El doctor Follet experimentó primero esta mezcla en sí mismo, y luego en numerosos enfermos tuberculosos, sin que durante los cinco años que viene empleando el tratamiento haya muerto ninguno de ellos; por el contrario, todos aumentaron en peso a los pocos meses. Haciendo una ó dos inyecciones por semana, la tos y la expectoración desaparecen por completo.

En 1901, M. Thomas J. Mayo ha curado también a varios tuberculosos del Bush Hospital de Filadelfia, por medio de las inyecciones de las soluciones de plata.

**Delitos revelados por la fotografía**

Cuando el actual Czar de Rusia fue coronado, muchos fotografías se instalaron a lo largo de

# CREMA y POLVO CHARMERESSE HIGIENE y HERMOSURA de la T<sup>E</sup>

DUSSEZ, 1, Rue J.-J. Rousseau. PARIS  
Se vende en las principales Barberías, Perfumerías, Farmacias y Bazar

**POUDRE, SAVON & CRÈME SIMON**

Productos, maravillosos para suavizar, blanquear y aterciopelar el cutis.

Exigase el verdadero nombre Rehúcese 'os productos similares

**J. SIMON**  
13, r. Grange Buteau, París



**EXAMINSE LAS VERDADERAS PILDORAS SINTOMÁTICAS DEL D<sup>R</sup> GUILLIE**

Estas pildoras con base de Extracto de Elixir del D<sup>R</sup> GUILLIE, se emplea con éxito en las enfermedades del Hígado, del Estómago, del Corazón, Gota, Reumatismos, Fiebras Palúdicas, y Párricosas, la Gripe, ó Influenza, y todas las enfermedades ocasionadas por la Bilitis y las Fiemas.

Depósito General, D<sup>r</sup> Paul GAGE hijo, P<sup>o</sup> de 1<sup>o</sup> cl., 9, r. de Grenelle-St-Germain, París y en todas las farmacias

**ACRITUD DE LA SANGRE**

**ROB BOYVEAU LAFFECTEUR**

CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL prescrito por los Médicos en los casos de ENFERMEDADES DE LA PIEL. Vicios de la Sangre, Herpes, Aene.

El MISMO AL YODURO DE POTASIO TRATAMIENTO Complementario del ASM. Solamente en Gota, Reumatismos, Angina de pecho, Eritémla, Tuberculosis.

102, Rue Richelieu, París y en todas Farmacias del extranjero.

**SOLUCIÓN PAUTAUBERGE**

al Clorhidro-Fosfato de Cal Creosotado

El remedio más eficaz para curar las ENFERMEDADES DEL PECHO, las TOSES RECIENTES y ANTIGUAS, las BRONQUITIS CRÓNICAS

L. PAUTAUBERGE, 9 bis, Rue Lacuée, París y LAS PRINCIPALES BOTICAS.

Desconfiarse de las imitaciones y exigir la Firma L. PAUTAUBERGE.

Contra las **ENFERMEDADES NERVIOSAS**

VÉRTIGOS PALPITACIONES EPILEPSIA, etc.

no hay mejor Remedio que las **CÁPSULAS DEL D<sup>R</sup> CLIN** al Bromuro de Alcanfor

CLIN & COMAR - PARIS y en las Farmacias

**GOTA LICOR DEL D<sup>R</sup> LAVILLE**

REUMATISMOS

CLIN Y COMAR - PARIS EN TODAS LAS FARMACIAS

**PUREZA DEL CUTIS**

LA LECHE ANTEFÉLICA ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa PECAS LENTEJAS, TIZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARROUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.

Prepara y conserva el cutis limpio y sano

**VINO AROUD**

CARNE-QUINA-HIERRO

El más poderoso Regenerador.

INFLUENZA ANEMIA RACHITIS CLOROSIS

**EL APIOL de los Dres JORET y HOMOLLE regulariza los MENSTRUOS**

temperamentos, el olor de las flores produce una especie de embriaguez. Pero, aparte de esto, los perfumes tienen gran utilidad, habiéndose demostrado por un sabio bacteriólogo que los vapores emitidos por la mayor parte de las esencias son poderosos antisépticos. El microbio de la fiebre tifoidea queda muerto en doce minutos por la esencia de canela, en treinta y cinco por la de tonillo, en cuarenta y cinco por la de verbena de la India, en cincuenta por la de geranio, en setenta y cinco por la de orégano y en ochenta por la de patchuli. La lavanda y el eucalipto son también muy antisépticos.

Hay que reconocer, por consiguiente, que los perfumes son útiles, pero que es una imprudencia abusar de ellos.

**El agua tibia y el reuma**

Contra lo que hasta hoy se creía, el tratamiento «seco», la privación de toda clase de líquidos para curar el reuma, es más perjudicial que provechoso. Los reumas pueden provenir de muchas y muy distintas causas; pero todos tienen por base un enfriamiento y por primer síntoma una descomposición espasmódica de las vías digestivas. El aparato digestivo retarda unas

veces sus funciones, otras las acelera; pero el hecho es que durante el reuma nunca se hace bien la digestión. Esto vale tanto como decir que el reumático padece de dispepsia temporal; por consiguiente, debe curarse como se cura un dispéptico.

Si abusa de las bebidas en la comida, el enfermo irá de mal en peor, pues aumentará la perturbación del aparato digestivo. Las comidas, por consiguiente, deben ser lo más secas posible; pero entre comida y comida, entre horas, como vulgarmente se dice, hay que beber, aunque no sin cierto método. Por la mañana, en ayunas todavía, se toman una, dos ó tres tazas de agua tibia, y una hora antes de comer se repite la operación.

Esta no debe hacerse de cualquier manera; es preciso beber muy despacio, dejando pasar entre trago y trago unos minutos y teniendo cada trago en la boca por unos momentos, como si se hiciera un buche. Para hacer más eficaz el tratamiento, conviene aspirar de hora en hora cierta cantidad de ácido bórico pulverizado.

Otro de los requisitos indispensables para que desaparezca el reuma consiste en mas-

car muy bien cuando se está comiendo. Los alimentos líquidos sobre todo, las salsas, y muy especialmente la leche, no deben tragarse sin darles 15 ó 20 vueltas dentro de la boca. Esto es, en general, saludable para todo el mundo, pero en particular para los reumáticos y dispépticos.

En cuanto á los alimentos convenientes para estos enfermos, deben recomendarse ante todo las frutas y las patatas, á condición de que no estén con azúcar ni con salsas grasientas. Los frutos oleosos, como las nueces, las almendras y los cacahuets, son excelentes en caso de reuma, y también la crema y la manteca. La carne no es mala; pero durante algunos días conviene reemplazarla por yemas de huevo. De lo que hay que privarse por completo es de azúcar, de dulces, de licores ó de cualquier otra sustancia azucarada, evitando también el comer demasiadas farináceas. La cena debe ser ligera: unas patatas, un poco de pan, un poco de leche ó manteca, y para postre, nueces.

# PATE ÉPILATOIRE DUSSEZ

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millones de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el PILLOVEZ DUSSEZ, 1, rue J.-J. Rousseau, París



## LEON XIII

† 20 de julio.—4 p. m.

Noblemente, amablemente, cayó en la sombra de la muerte su frágil cuerpo de lirio eucarístico; y su alma, «ciudadana del cielo,» como cantan sus últimos versos, su bella alma de lirio eucarístico como su cuerpo, es hoy suave y milagroso perfume de inmortalidad en todos los altares y en todas las conciencias.

Su alma blanca de santo radió como alba inextinguible en el ara de la cristiandad, fortaleciendo en los espíritus la llama de la fe, de aquella fe que, al decir del Maestro, mueve las montañas; su alma luminosa de sabio

radió como alba inextinguible en la infinita zona de la idea, atrayendo afectos, voluntades y veneraciones; y también cual un alba inextinguible radió su alma diáfana de poeta en la cumbre ingente del pensamiento y en el fondo de todos los corazones.

«Ya el sol poniente despide el último fulgor y se envuelve en oscura sombra.» Así cantaste ¡oh santo! ¡oh sabio! ¡oh poeta! y en el seno de la sombra en que se hundió tu frágil cuerpo de lirio eucarístico, resplandeció una nueva aurora:

¡La bella aurora de tu alma!

\*\*\*

Joaquín Vicente Pecci nació en Carpineto, diócesis de Anagni, el 2 de marzo de 1810, y á los 8 años de edad entró como alumno al Colegio de Jesuitas de Viterbo. Seis años después ingresó en el Colegio Romano de los Jesuitas, establecido en la Ciudad Eterna, y aunque allí alcanza á los pocos meses el primer premio de física y de química, sus gustos literarios se sobreponen á sus aptitudes científicas. Desde ese momento se familiarizó con la lengua latina; y desde ese momento

## EL PAPA

hasta sus últimos días vino hablándola y escribiéndola con rara elegancia. Singularizábase dándole los más variados ritmos á sus elevadas concepciones poéticas.

Al comenzar sus estudios de teología, fue encargado, á pesar de su corta edad, de los repacios de filosofía en el Colegio Germánico. En 1831 recibe el grado de doctor en teología, sigue luego el curso de derecho en la Universidad de Roma, allí recibe el grado de doctor *in utroque jure*, ordénase sacerdote el 23 de diciembre de 1837, y al propio tiempo asume la delegación, como protonotario apostólico, de las provincias de Benevento, Spoleta y Perusa. Preconizado arzobispo *in partibus* de Diameta en 1843 y nombrado Nuncio en Bruselas, permanece tres años en las principales ciudades de Bélgica, y antes de regresar á Roma recibe el gran cordón de la orden de Leopoldo.

Nombrado arzobispo de Perusa en 1846, Monseñor Pecci toma posesión de su sede el 21 de julio siguiente, la cual ocupa durante treinta y dos años, hasta el día de su elevación al trono pontifical. Ya en 1850 había sido creado cardenal de la orden de los sacerdotes. En el consistorio de 21 de septiembre de 1877, el cardenal Pecci fue nombrado camarlingo de la Iglesia Romana, y con este título tuvo á su cargo la preparación del conclave de febrero de 1878 que siguió á la muerte de Pío IX. Después de treinta y seis horas de conclave y en el tercer escrutinio, fue elegido papa el 20 de febrero y tomó el nombre de León XIII.

\*\*\*

¿Su obra?—Vasta como el mar, purificadora como el mar, y, como el mar, profunda.

Sin ella, disminuiría en trascendentalismos la diplomacia de estos últimos tiempos; sin ella, no hubiera cobrado impulsos progresivos el concepto de la generosidad en los dominios donde se confederan la ciencia política y la ciencia social; y sin ella, por último, no peregrinaran incesantemente á la Casa de Pedro esas muchedumbres inmensas que salen de todos los pueblos de la tierra á inclinarse reverentes ante una cabeza sin diadema.

Su obra está escrita en los libros, en los cerebros y en los corazones: está escrita con lágrimas de amor en sus sandalias y con besos de veneración en la esmeralda simbólica de su mano de ensueño. Porque supo adaptarse sabiamente á las exigencias de la época, sin menoscabar su autoridad apostólica: porque fue tolerante, porque fue abnegado, porque fue persuasivo.

Un cisma tras otro cisma separa las iglesias griega, luterana y anglicana de la católica romana. Caían los siglos en el abismo de esta separación; parecía inegable aquel abismo; pero bastó á colmarlo el polvo de aquellas sandalias, y el antro fue altura, y la altura adquirió el verde esperanza de aquella esmeralda simbólica. Y el Czar de todas las Rusias y los Emperadores de Alemania y de la Gran Bretaña, cabezas visibles de las iglesias disidentes, caminaron luego hacia Roma Vaticana y depositaron toda su regia grandeza ante la humildad atrayente del santo, del sabio y del poeta.

Aquellos poderosos conductores de pueblos se inclinaron ante aquel apacible conductor de almas, se despojaron de sus coronas para reverenciar aquella luminosa cabeza alba, y abandonaron el cetro para besar aquella frágil mano de ensueño, que no conoció otro cetro que el cayado del pastor.

¿Esa tu mejor obra: esa tu mayor gloria, Ciudadano del Cielo!

No ha sido solamente el mundo católico; no el universo creyente en las doctrinas y las promesas del Salvador; no la egregia multitud que se contiene en los ámbitos inmensos de la Iglesia Romana, sino el orbe civilizado—por la palabra de los estadistas eminentes, por la voz de los escritores mag-nos, por la lira de los poetas eximios, por el duelo de los pensadores y de los artistas,—es el que ha tocado,—reverente de sincera reverencia y compungido de simpático dolor,—á las puertas del palacio Vaticano, para decir en él, por boca de los Embajadores y de las delegaciones que ha diputado el alma contemporánea, con qué religioso y profundo respeto ha visto el mundo la lenta y suave agonía de ese anciano por todo él, en espíritu y en figura, venerabilísimo; y con cuánto solemne y altísimo silencio de intensa emoción le ha visto disiparse, cual una nube perfumada de holocausto grato al Eterno, desde la altura eminentísima del sólio supremo de la Cristiandad.

Todos los cultos; todas las iglesias; los pontífices de todas las religiones espiritualistas; los sacerdotes de todas las creencias civilizadoras; los pueblos, las razas, saben y sienten que se ha hundido en la sima irremediable, una de las cabezas albas de piadosa sabiduría, que ascendiendo hacia las regiones por donde se cierne la infinita y angustiosa aspiración, señalaban el camino del excelso decoro de la vida y decían prácticamente la enseñanza de la única incontrastable dignidad de la existencia.

Rey sin corona deleznable; monarca sin trono temporal; sacerdote de una fe acosada por todas las hostilidades; representante político de intereses mundanales ante las Cortes y los Gobiernos en cuyas preocupaciones iban desapareciendo los cuidados de la conducta y rumbos del jefe de los Estados Pontificios; Pontífice á su vez, que ha recogido de las sienas augustas de Pío IX la tiara que le han desceñido la tristeza y la muerte, que ha recogido en su corazón el rumor de las marchas victoriosas de los soldados de Marsala y de Gaeta y en sus oídos el eco de los cañones sitiadores de la *Porta Pia*; él, grácil de aspecto bajo la investidura cardenalicia, humilde de primitiva humildad cristiana bajo la túnica papal, sonriente de ingénito convencimiento de la honda vacuidad de toda cosa humana, suave de modales como un mesiánico pescador de almas, suave y lento de gestos humanos y litúrgicos como un sembrador espiritual, sabio de profana y de sagrada sabiduría; blanco de años, todos ellos ilustres; blanco de alma, toda ella luminosa; blanco de albas sacerdotales, todas ellas immaculadas por virtud de su ingénita majestad de Príncipe espiritual, él sabe colocarse suavemente, con lenta dignidad, la diadema pontificia; él sabe recluirse, con una dulce fiera, á su dominio material del Vaticano; él sabe purificar la atmósfera de las torres de Pedro, cuando frente á ellas, por sobre la silueta del castillo de San Angelo, truena de cólera y se envuelve en nubes airadas el Quirinal; él sabe conceder á la fuerza triunfante el orgullo de sus grandes generales victoriosos, y al derecho humano la razón de sus vigorosos estadistas; y, sobrio en poder temporal, suavemente, lentamente, como una creciente blanca nube invasora, él va saturando con su espíritu risueño y albo los ambientes del nuevo Cristianismo; él va extendiendo su inmenso poder moral por las latitudes que señorean todos los poderes terrenos; él

va acercando el frescor de sus ideas por las ardientes atmósferas que sofocan las aspiraciones espirituales, hacia los términos del Oriente y del Levante, á Jerusalem, á Constantinopla, á Moscú.

Hombre de Estado, veterano en las lides de aquella agitada diplomacia que en tiempos de su Nunciatura enardecen los Bismarck, los Cavour y los Cánovas del Castillo, él ha sido tertuliano de los potentados, él conoce los protocolos ceremoniales de las Cancillerías, él sabe de la vida fastuosa de las Cortes; maneja asuntos que vinculan á la estructura del Derecho *inter nationes*; está en relación erudita con los grandes tratadistas; es amigo de todas las eminencias intelectuales de su época; lee la prensa universal; conoce los grandes poetas contemporáneos; ha estado en el taller de los grandes artistas; sus lucientes zapatillas de fúlgidas hebillas de oro de príncipe Vaticano han oprimido el sordo tapiz de los salones aristocráticos; y, tonsurado insigne de la Iglesia romana, docto en antigüedades clásicas, sabio en teología, recibido doctor en ambos derechos, erudito en letras divinas y humanas, uno de los gobernadores del mundo católico bajo el Pontificado de Pío, llama en su valimiento todo su saber, acude á todos los consejos de su gran vida por Europa y por el Asia, se ase á todos los elementos de su experiencia de hombres y de su experticia en sucesos, y tras el fracaso de la temporalidad papal, levanta paulatinamente hasta las cimas más serenas y brillantes de la historia, este Pontificado, que parece una restauración apostólica de los tiempos evangelizadores de Pedro y de Silvestre.

Emperadores y reyes, magnates y patriarcas y peregrinos van á Roma, cuando este Vicario del Crucificado alza su mano infantil en un movimiento manso de mesiánica dulzura, y van sin zozobras, sin temores, sin expiaciones;—no son los tiempos de las investiduras; no los días de Hildebrando; ni son un Farnesio ni un Mastai los que pasan en la silla gestatoria por entre la multitud universal arrodillada en penitencia; no es—ha dicho un sacerdote católico en estos días—un Papa de la Edad Media;—es el Siervo de Dios y Pastor de sus rebaños; es un Pontífice—Poeta, en su figura, en su vida y en su obra, como en su arpa lo fue el rey de los Psalmos; es el diplomático que va recogiendo tradiciones de la cancellería romana para sustituirlas con un nuevo Derecho pontifical, extraído de los cauces de la vida moderna; es el Papa estadista, amigo de Humberto, que sabe sostener erguida y suave su blanca figura en el mismo nivel de concepto respetuoso por ante Guillermo, el descendiente de los viejos Emperadores contrapuestos á Roma; por ante el Czar Nicolás, pontífice también de la iglesia moscovita; por ante el rey Eduardo, el papa protestante; y por ante la República Francesa, revolucionaria y socialista.

El Eterno mantiene los destinos de la Comunidad cristiana, y el Conclave habrá sabido escoger, para confiarle las llaves de la Iglesia, al Príncipe apostólico que haya de sentarse en el trono leontino con la misma altísima dignidad cristiana del Sumo Sacerdote que ha desaparecido, dejando fundado el Pontificado de la nueva edad espiritual del mundo.

Este será, sin duda, el voto de las conciencias ahora huérfanas de la suave é inteligentísima potestad del papa LEÓN DÉCIMOTERCERO.

